

# LORD DUNSANY



## LA MONTAÑA ETERNA

Lectulandia

*La Montaña Eterna*, publicada por primera vez en 1944, es una ficción sobre los partisanos de la resistencia durante la Segunda Guerra Mundial y su lucha contra los ocupantes nazis. «Cuando los alemanes conquistaron La Tierra, Srebnitz dejó la escuela para unirse al grupo guerrillero de Hlaka en la Montaña. La Tierra es presumiblemente Grecia, pero podría ser cualquier tierra que luchase por su libertad. Los hombres de la Montaña no son individuos sino figuras arquetípicas de una leyenda poética. En cualquier caso, la última invención de Lord Dunsany es aventura en estado puro» (*Time*, 16 de octubre de 1944).

**Lectulandia**

Lord Dunsany

# **La Montaña Eterna**

ePub r1.0

Cervera 15.01.2018

Título original: *Guerrilla*  
Lord Dunsany, 1944  
Traducción: Raquel W. de Ortiz  
Portada: Partisanos griegos de la Resistencia Nacional

Editor digital: Cervera  
ePub base r1.3

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## Palabras Previas

*El hombre que narró esta historia arribó a Londres luego de padecer sufrimientos de los que nunca habló. Estaba lleno de esperanzas, de esperanzas tan firmes que le inculcaban una suerte de alegría, y, en verdad, una espléndida energía. Era tío del muchacho de quien la historia se ocupa principalmente. Y la historia era así: sin detalles, con escasos nombres de personas o lugares, ni siquiera el nombre del país donde se desarrollaba. Algo le había enseñado a no mencionar nombres y a creer que los oídos alemanes están siempre alertas, aun en Londres.*

*Pero no son los nombres o los lugares o los detalles menores lo que importa. Y no estoy seguro de que esta violenta historia mía acerca de la pequeña fracción de la ira de un año furioso perdurará hasta ser leída en los apacibles días que sobrevendrán después de esta guerra, para ponerme a describir con más exactitud esta narración magnífica en su espíritu, su esperanza y su valor.*

L. D.

## I

**E**l ejército se había rendido; los alemanes se esparcían por las montañas; y lo que siempre fuera conocido por La Tierra, como si en realidad no existiera ningún otro país del que ocuparse, habíase convertido en un escenario más del pillaje alemán. Para los hombres acostumbrados a los caballos, los alemanes habían arribado con asombrosa rapidez; para los hombres que jamás hablaban de distancias en términos matemáticos, sino tan sólo del tiempo que les llevaba trasladarse de un lugar a otro, el ritmo de su avance era desconcertante. Un día habían celebrado con alegre repiquetear de campanas las buenas noticias de la firme resistencia que oponía una división en el frente. Al día siguiente los alemanes descendían la calle principal de la pequeña capital.

Los confundidos ciudadanos caminaban lentamente por la plaza central; y, cuando un hombre se encaramó a una tarima donde se acostumbraba servir té por las tardes, muy pronto se formó un corro a su alrededor. Unas pocas palabras corteses y encomiásticas, e inmediatamente pasó a explicar la situación. Inglaterra había iniciado la guerra, explicaba el orador, atacando a Polonia. En consecuencia, los alemanes tuvieron que adoptar una posición defensiva allí y, con el objeto de hacerla invulnerable, se vieron forzados a ocupar varios países como una medida puramente temporaria. A estos países llegaban por el propio bien de sus habitantes, pues de lo contrario Inglaterra los ocuparía, y esto era en particular lo que acontecía con La Tierra. El mismo Hitler había designado un Protector para La Tierra, y, si éste era debidamente obedecido, su protección sería igualmente compartida por todos, y La Tierra gozaría del privilegio de ganar para sí la más alta cultura posible, que sólo les estaba reservada a aquellas naciones que se plegaran al nuevo orden europeo establecido por Adolf Hitler. La resistencia sería castigada muy severamente y era por lo demás inútil, porque ellos no poseían fusiles y no tenían posibilidad de luchar en las llanuras, donde serían impotentes frente a los enormes tanques alemanes. Cualquiera que se internara en las montañas cometería una locura, pues los aeroplanos alemanes, de los que había cientos de miles, podían sobrevolar las montañas con la misma facilidad con que los tanques se deslizaban sobre la llanura, y aun más velozmente. El ejército se había rendido y era deber de todos los civiles el mantener el orden y observar la compostura debida. Los alemanes no les deseaban más que el bien, y él se lo agradecía pidiendo a los congregados tres hurras por Adolf Hitler. Obtuvo la respuesta de unos pocos; el resto permaneció en silencio; y tres hombres que no habían dado los hurras fueron separados del grupo por la policía alemana e inmediatamente fusilados.

El eco de la descarga proveniente de un bosquecillo cercano, donde los hombres fueron fusilados, llegó, como se lo proponían, hasta la plaza central. Pero en lugar de causar el efecto que los alemanes habían planeado, causó en cambio, dos efectos. Uno de ellos fue el que los alemanes deseaban: atemorizar; pero sobre la mayoría de

la multitud causó el efecto que los alemanes nunca han podido comprender.

No hubo protestas: todos los congregados en la plaza estaban inermes. La multitud se alejó prestamente del orador y abandonó con más lentitud los alrededores de la plaza.

Entre los dispersos se encontraba Srebnitz, el sobrino del anciano que narró esta historia en Londres. Srebnitz acababa de terminar sus estudios secundarios y no había ingresado aún en la Universidad, donde debía presentarse dentro de dos semanas a cursar el primer ciclo. Se alejó del lugar apesadumbrado y su ánimo fluctuaba entre los dos estados que hemos mencionado. Regresó a la casa donde vivía con sus padres en una calle no lejos de la plaza. Entró en la habitación en la que se hallaban sentadas sus mayores. Su madre levantó rápidamente la vista al oírlo entrar, pero no dijo nada. Su padre ni siquiera lo miró. Por fin, Srebnitz habló:

—¿Acabarán con La Tierra? —inquirió el muchacho.

Su padre sonrió tristemente.

—Eso es imposible —exclamó.

—¡Oh, no! —fue la respuesta de la madre.

—¿Por qué es imposible? —preguntó el muchacho.

—Después de tres mil años de libertad —dijo el padre—, no puede estar perdida.

—Pero ¿por qué no? —quiso saber el hijo.

—Tú no sabes lo que significan tres mil años —replicó el padre—. En todo ese tiempo la libertad se endurece tanto que llega a semejarse a una roca en el corazón de una montaña, que no puede destruirse y que no desaparece jamás.

—No tenemos fusiles —dijo el muchacho.

El padre suspiró y se encogió de hombros, mas no abandonaba su punto de vista. La mujer no decía nada, pero aceptaba su temperamento y deseaba que su hijo compartiera la opinión del padre. Pero el hijo sólo repetía los argumentos acerca de las montañas y los tanques y las llanuras que el hombre había usado en su discurso de la plaza. Y su padre no tenía nada que decir contra esos argumentos, porque los tanques y los aviones eran una novedad para él, o mejor, para su mente: él había oído hablar de ellos desde hacía más de veinte años, pero no había pensado mucho en esas cosas. Del fondo de sus pensamientos surgía claro el de La Tierra y sus tres mil años de historia, y él sentía que los aeroplanos pasan y se van, así como otras invenciones que hoy nadie recuerda, mientras que La Tierra debe seguir viviendo eternamente. Pero eso tan sólo era lo que podía repetir, que La Tierra era eterna, y no tenía otra cosa que decir a Srebnitz cuando éste preguntaba qué podía hacerse por salvarla. Srebnitz poseía un rifle de aire comprimido al que durante los últimos cinco años consideraba el principal tesoro de su vida. Acostumbraba ir con él a las montañas detrás de la ciudad, y a veces, muy raras, cazaba un conejo.

—Tengo mi rifle de aire comprimido —exclamó.

Mas su padre se limitó a sonreír. «¿Por qué?», pensó el muchacho, y sintió que la sonrisa era injusta. Su padre no podía ofrecerle como ejemplo ninguna proeza actual,

nada material que pudiera ser de uso práctico. Y cuando él mencionaba algo, pequeño, pero al menos efectivo, lo enfrentaba con la indiferencia. Casi se rebela, para defenderse a sí mismo y a su rifle; pero observó el aspecto abatido del rostro de su madre, y la suerte del país le parecía tan desesperada, que se alejó descorazonado de la sala y subió a su cuarto.

En una atmósfera que vibraba con los acontecimientos, cada sonido parecía magnificarse. Escuchó golpear el llamador de bronce contra la puerta de calle y enviar sus ecos a través de toda la casa, y ese hecho trivial alteró su ánimo de la misma manera que un guijarro puede alterar la quieta superficie de una casa. Y esa momentánea alteración tuvo un efecto benéfico sobre el muchacho, pues sus esperanzas se encontraban en ese instante en el nivel más bajo y cualquier cambio era conveniente para su espíritu.

Descendió la escalera con la impaciencia de un hombre que está aguardando a un visitante, aunque no esperaba a nadie, y al abrir la puerta halló a su amigo Gregor, un joven que había ido a la escuela con él y que ingresara en la Universidad el año anterior. Allí estaba parado, con su hermoso rostro meridional, cabellos oscuros y ojos penetrantes, y Srebnitz descubrió en seguida que esa expresión de angustia que se observaba ahora en todos los rostros no era la de Gregor. Dos mujeres pasaban por la calle, ambas con lágrimas en los ojos, pero los ojos de Gregor irradiaban destellos luminosos, como lo hacían siempre que hablaba con Srebnitz, y el ánimo de éste se elevó ante la presencia de su amigo. En su mirada había un rayo de esperanza, era como una luz en la oscuridad completa. Quizá Srebnitz fuese voluble, pero éstos eran tiempos en los cuales todos los hombres eran volubles.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Gregor.

¿Hacer? Parecía que no hubiese nada que hacer. Asimismo, la sola pregunta alentó a Srebnitz. Gregor debe pensar que algo puede hacerse. Srebnitz sentía por Gregor la admiración que todos los muchachos sienten por un joven mayor, escogido entre otros muchachos mayores como uno que se destaca aún entre ellos. Todos los jóvenes de más edad son maravillosos para los muchachos menores: en verdad, medio año es un fenómeno que marca una real, casi misteriosa diferencia, que raramente existe entre los hombres adultos. Y, agregada a esos pocos meses de edad extra, se hallaba la propia superioridad de Gregor, que lo hacía descollar aún entre sus exactos contemporáneos. O al menos, así le parecía a Srebnitz. El mundo sabe poco de las grandes figuras entre los dieciocho y los diecinueve años de edad, tal como son vistas por aquellos entre los diecisiete y los dieciocho años. A veces un muchacho así cumple su promesa y asombra al mundo de la misma manera que asombrara a los demás jóvenes que lo conocieron: con más frecuencia, las oportunidades de la vida y su propio carácter, entretejidos, producen algo que pronto se esfuma en la luz de los años, mientras que un muchacho de quien nadie se acuerda, recibe al fin de la humanidad la clase de honores que hubiesen correspondido al capitán del once futbolístico. Pero no era en el fútbol donde Gregor más se destacaba, deporte este que

practicaban por mera curiosidad, ni tampoco en el propio juego nacional: no era precisamente por los deportes que Gregor conseguía despertar la admiración de Srebnitz, sino por la intensa luminosidad de su mente, la que podía llegar hasta el corazón de la poesía como el picaflor llega hasta el corazón de las flores.

Era en las conversaciones de Gregor que Srebnitz hallaba mundos totalmente nuevos. Era para Srebnitz todo lo que Chapman fue para Keats. Le citaba pasajes de Byron, de quien ya Srebnitz tenía conocimiento, y le explicaba que existían también otros poetas en el mundo ajeno a La Tierra. Lo había asombrado con Coleridge. Le había narrado, toscamente, en su propio idioma, la historia de Kubla Khan. El propio Gregor no dominaba mucho el inglés y su relato lo vertía en prosa, pero su ardiente entusiasmo lograba transmitir el encanto. Extraños fragmentos del poema se anidaban en la mente de Srebnitz y crecían en ella como flores de semillas exóticas.

«Se oían allí voces muy viejas —había dicho Gregor— que profetizaban la guerra». Ésa era una de las imágenes de una escena rara y oscura que la imaginación de Srebnitz guardaba con mayor celo.

Otro fragmento decía del canto de una joven. «Ella cantaba del Monte Abora», habíale repetido Gregor con la mirada encendida. Si Srebnitz hubiese tenido alguna idea acerca de dónde se encontraba el Monte Abora, su influencia sobre su imaginación y sobre todos los recuerdos de su vida hubiera sido más débil. Empero, así como él lo sentía, los jardines y bosques de una nueva y maravillosa tierra se agregaban a las fantasías que su mente había elaborado, y allí reposaban entre los hechos y las ilusiones que contemplaba cada vez que volvía la mirada hacia su interior. Y en aquellos jardines cantaba siempre una muchacha; y muy lejos, detrás de los jardines y sobre los bosques, como una figura gris recortada en el pálido cielo, se erguía la cresta del Monte Abora. Marcada sobre un mapa, era tan sólo una montaña. De haberla podido ver con sus propios ojos, seguiría siendo una montaña, una cosa material, privada de encanto. Pero un Coleridge hablaba de ella, y si la traducción ajaba el relato, Gregor le inyectaba nueva vida, y todo ello era tan maravilloso como para convertirse en el tema de una canción. Y la joven abisinia la hacía más cercana, proclamándola a todos los ámbitos del mundo con una fuerza negada al mismo Mahoma.

Y he aquí a Gregor preguntando a Srebnitz qué pensaba hacer, como si una elección libre fuese todavía posible; como si, después de todo, la libertad no hubiese abandonado La Tierra. ¿Qué podía hacerse?

—Y tú, ¿qué piensas hacer? —preguntó Srebnitz.

—Me voy a la Montaña —fue la respuesta.

Oyóse un golpear de botas contra el pavimento. Los muchachos entraron en la casa. Mientras subían al cuarto de Srebnitz, Gregor explicó que se estaba reuniendo un ejército, encabezado por Hlaka, un veterano de una guerra pasada, quien había huido a la Montaña y se hallaba ya entre sus más altos picos cuando los alemanes entraron en la capital, y sus secuaces se plegarían a él uno por uno. Al principio

Srebnitz escuchaba con ardiente entusiasmo, pero en su cerebro pronto comenzaron a retumbar como truenos los argumentos del traidor de la plaza: ellos no tenían cañones ni fusiles. Toda luz desapareció de los ojos de Srebnitz mientras atravesaban la habitación en dirección a la ventana.

—No tenemos fusiles —dijo Srebnitz.

—Allí hay muchos —exclamó Gregor indicando la ciudad.

El ruido de la marcha se aproximaba: era un batallón de infantería alemán que descendía la calle. Gregor abrió la ventana y agitó su pañuelo al paso de la columna, gritando al mismo tiempo: *Sieg heil!*

—¿Qué significa eso? —preguntó Srebnitz, confundido.

—No lo sé —dijo Gregor—, pero es algo que gritan los alemanes.

—¿Por qué lo haces?

—Porque quiero uno de sus fusiles —replicó Gregor.

Srebnitz miró con asombro su rostro y no vio más que una firme determinación. La confusión de Srebnitz no afectó esa determinación, y allí quedó como grabada en piedra. Entonces Srebnitz supo que Gregor tenía realmente un plan y que algo podía hacerse. Gregor se volvió nuevamente hacia la ventana, donde continuó agitando el pañuelo y gritando: *Sieg heil!* Transcurrió un tiempo antes de que abandonara la ventana.

—Todo hombre que traiga consigo un fusil —dijo— será admitido en el ejército de Hlaka.

—¿Un fusil alemán? —preguntó Srebnitz.

—Un fusil alemán —asintió Gregor.

Gregor abrió de nuevo la ventana y vio alejarse la retaguardia del batallón alemán. Ya no agitaba más el pañuelo y ahora había un nuevo fulgor en sus ojos. Luego cerró las hojas de la ventana y volvió a dirigirse a Srebnitz.

—Y hay que traer algunas balas, si se puede —continuó—. Los fusiles no son útiles sin balas.

—¿Te vas en serio?

—Parto esta misma noche.

—¡Qué interesante! —exclamó Srebnitz.

—De ninguna manera —respondió Gregor—. Es verdaderamente terrible. Cuando yo me haya ido habrá represalias, y ellos matarán a mucha gente.

—¿Matarán a gente inocente? —preguntó Srebnitz con voz entrecortada.

—No sé qué significa eso de «gente inocente» —dijo Gregor—. Ellos matarán a gente que no ha hecho nada, todo porque yo he cumplido con mi deber. Es terrible. Será como si yo mismo hubiera clavado un puñal en sus corazones. Pero nuestro pueblo debe ser libre. O morir. Muchos han muerto en tres mil años. Pero todos los que han vivido han sido libres. Tenemos que ser libres.

Srebnitz miró a su amigo, y la esperanza le llegó entre ensueños, como cierta vez Gregor había hecho llegar el Monte Abora a su imaginación.

Gregor continuó:

—Dirás *Heil Hitler!* en todas partes donde vayas. Al monito le gusta, y sus esclavos insisten en ello. Dilo cada vez que hables con alguien, así como al terminar una conversación. Yo agité mi pañuelo desde ta ventana y lancé uno de sus gritos, de modo que no vendrán aquí al principio cuando anden en busca de gente para fusilar. Pero algún día vendrán, asimismo, y es preferible morir en la Montaña. Ellos matarán a tus padres cuando vengan.

Srebnitz tragó con dificultad.

—¡Ellos no harán eso! —exclamó.

Gregor observó de arriba abajo a su amigo, parándose frente a él.

—Tienes que entender a los alemanes —dijo—. Aclárate bien la mente. Si ellos son hombres decentes e inofensivos, entonces tú no sentirás deseos de matarlos, al menos de la manera que lo haremos nosotros. Debes descubrir de qué clase de gente se trata antes de saber cómo tratarlos. Tú no matas al perro de tu vecino, sino que matas al zorro. Descubre por ti mismo quienes son y entonces sabrás cómo compórtate con ellos. Cuando estés listo, ven a la Montaña.

La Montaña se hallaba próxima a la ciudad. Desde la misma ventana podían divisar los altos picos y observar unas manchitas movedizas, que eran cabras: no se veía allí otro signo de vida.

—Ya estoy listo —dijo Srebnitz.

—No —replicó Gregor—. Tú crees simplemente en lo que yo te digo. Eso está muy bien. Pero aguarda hasta que lo sepas por experiencia. Pelearás mejor entonces: lo harás como tenemos que hacerlo. Esta no es la guerra, tú sabes. No habrá batallas, ni medallas, ni gran estrategia. Será una lucha de guerrillas. Mataremos, como matamos a los animales, es decir, como lo hacen los matarifes en el pueblo y los cazadores en la montaña.

Para mayor asombro, Srebnitz vio que su amigo se disponía a partir. Lo miró sin saber qué hacer. Gregor no le había dado instrucciones muy precisas y para ello no podía confiar en nadie más que en él. Esperando aún que le dijese cómo actuar, le preguntó:

—¿Pero dónde conseguiré un fusil?

—Tú tienes un cuchillo, ¿no es cierto? —preguntó a su vez Gregor.

—Sí —respondió Srebnitz.

Y al decir esto vio que el rostro de su amigo se iluminaba con una encantadora sonrisa que permaneció en él mientras atravesaba el cuarto y brillaba todavía al volverse para cerrar la puerta.

## II

**S**REBNITZ bajó a la habitación donde se hallaban sentados sus padres con el corazón pleno de esperanzas.

—Hay un ejército allá en la Montaña —anunció—. Pronto libertará a La Tierra.

Media hora antes su padre le decía que había esperanzas, cuando él no tenía ninguna. Ahora se encontraba informando a su padre sobre el mismo asunto, como si se tratase de algo nuevo. Naturalmente que no estaban del todo de acuerdo: aquel hombre no iba a quedarse sentado en su silla recibiendo instrucciones de su hijo, especialmente acerca de una cuestión en la que unos minutos antes había sido el instructor.

—¿Quién te ha contado eso? —preguntó el padre.

Y cuando el muchacho dijo que había sido el brillante Gregor, encontró tan sólo que su amigo no significaba nada para su padre y que éste no creía en tal ejército. Entonces mencionó el nombre de Hlaka, y eso sí impresionó al padre. ¿Pero dónde estaba Hlaka? ¿Cómo podía llegarse hasta él? De pronto surgió en la mente de Srebnitz el recuerdo de las horribles palabras de Gregor de que ellos matarían a sus padres. Srebnitz no le creyó, y eso era lo que quería significar Gregor cuando decía que él no estaba listo todavía para ir a la Montaña. No lo había creído, y aun así aquellas palabras le causaban ahora una angustia jamás experimentada. Porque era algo terrible de pensar, aunque no fuese verdad. Mientras conversaban, se oyó llamar a la puerta con golpes extrañamente distintos a los de Gregor.

Parecían tan impacientes que Srebnitz corrió a abrir la puerta. Había en ella un mayor prusiano.

—*Heil Hitler!* —dijo Srebnitz.

—*Heil Hitler!* —replicó el mayor.

Era cierto entonces, ellos hablaban así.

—*Sprechen Sie Deutsch?* —dijo el mayor.

—*Nein* —respondió Srebnitz, porque las palabras cambiadas hasta ahora eran las únicas que éste sabía del alemán. Entonces el oficial prusiano comenzó a hablarle en su propio idioma con un acento bastante puro.

—Me hospedaré en esta casa —dijo el oficial.

—¿No desea entrar? —dijo Srebnitz, porque pertenecía a una raza que, aunque era vehemente, conocía los buenos modales. Hizo pasar al oficial a la sala. La madre de Srebnitz se incorporó tímidamente de su silla, pero su marido rehusaba moverse. Este hombre no era su invitado y él descendía de un pueblo de libres.

—Me hospedaré aquí —dijo el oficial prusiano.

El anciano asintió con la cabeza; ahora era ya imposible desligarse del alemán.

—Hemos venido a salvaguardar nuestras fronteras contra la agresión —comenzó el oficial—, y por el bien de vuestra propia Tierra.

El anciano se movió ligeramente en su silla, tratando de alejarse del intruso.

—En todas partes es lo mismo —dijo el alemán a Srebnitz—. Los viejos no han aprendido todavía, pero los jóvenes están todos con Hitler.

Srebnitz quedó en silencio por un instante, y luego exclamó:

—*Heil Hitler!*

—*Heil Hitler!* —repitió el alemán.

El padre de Srebnitz enarcó una ceja; la madre se sentó en silencio.

—Muéstrale tu dormitorio al oficial —dijo el padre—. Tú dormirás aquí en el suelo.

Srebnitz obedeció a su padre. Al alemán pareció agradarle la habitación o la amabilidad de Srebnitz para con él y casi sonreía. Por un momento permaneció en silencio, pensando evidentemente en lo que podía hacer por el muchacho. Luego dijo:

—Aconseja a tus padres que cambien de idea mientras todavía hay tiempo. Ahora me iré y haré que manden mis avíos.

Y bajó despreocupadamente la escalera.

«Un oficial —pensó Srebnitz—, un oficial». No tendría su fusil. Y decidió aguardar un tiempo más.

Cuando Srebnitz bajó a la sala, su padre volvió a hablar para preguntarle:

—¿Por qué dijiste eso?

Hablaba en un tono sombrío y extraño que era nuevo para Srebnitz. Le pareció oír la voz de un juez. Interrogaba a su hijo como si lo hiciese en nombre de muchos vivos y muertos.

Y el hijo replicaba con las palabras que Gregor le había dicho:

—Ésta no es una guerra, padre; es una guerra de guerrillas.

Y su padre pareció comprender al instante y no habló más, pero permaneció en su asiento contemplando el fuego de la chimenea y sus labios dibujaron una sonrisa. En ese momento Srebnitz recordó que guardaba su cuchillo en el cuarto que ahora correspondía al oficial y corrió a esconderlo antes de que llegara el alemán. Era un cuchillo de hoja delgada, de casi veinte centímetros de largo, envuelto en una vaina de cuero rojo. Es costumbre común de las gentes de La Tierra mantener sus cuchillos tan afilados como relucientes navajas de afeitar, y el cuchillo de Srebnitz era como todos los demás, pero en esta ocasión extrajo el acero y lo repasó con una pequeña piedra, asentándolo luego sobre una lonja de cuero, todo para estar bien seguro, antes de que el alemán estuviera de regreso y asestara sus nerviosos golpes contra la puerta de la calle. Luego Srebnitz envainó el cuchillo y lo ocultó entre sus ropas; y desde ese momento siempre lo llevó consigo, sujeto a una correa de cuero pegada a su cuerpo. Corrió hacia el piso bajo y echó una mirada a la sala antes de abrir la puerta de entrada a la casa. Tal vez su madre supiera el por qué de su ida precipitada al cuarto superior, o quizá solamente fuesen las de ella puras conjeturas.

—¿Subiste a ordenar el cuarto para el oficial? —preguntó ella.

—Sí, madre, para el oficial o para cualquiera de ellos —dijo Srebnitz—. Subí a buscar esto.

Y abriendo su camisa dejó en descubierto el mango del cuchillo, una pieza grabada sobre asta de camero, con incrustaciones de hilos de plata. Su madre asintió con la cabeza, pero no pronunció palabra alguna. Su padre lo vio también, y tampoco dijo nada. Los llamados a la puerta se dejaron oír nuevamente, esta vez más impacientes y prolongados, y Srebnitz corrió a abrir.

—*Heil Hitler!* —dijo Srebnitz.

—*Heil Hitler!* —replicó el oficial.

Sí, habían transcurrido algo más de cinco minutos desde que se separaran, y era perfectamente correcto pronunciar esas palabras de nuevo.

El alemán traía con él un ordenanza con los brazos cargados de avíos. Srebnitz notó que entre todo el equipo no había ningún fusil. Esto significaba que debía obtenerlo en otro lugar, y en parte se alegró por el bien de sus padres.

En ese momento recordó que no había transmitido a sus padres el «amistoso» consejo del oficial. Acompañó al oficial hasta el pie de la escalera, y dejándolo subir solo con el ordenanza y todo su equipo, entró en la sala. Le pareció extraño no poder hallar palabras para explicarles su misión y sólo repitió las empleadas por el oficial, aconsejándoles cambiar de actitud mientras todavía había tiempo. Pero el anciano lo recibió con una sonrisa y movió ligeramente la cabeza. Lo mismo habría hecho si lo hubiesen invitado a jugar un partido de fútbol. Estaba demasiado viejo para tales cambios. Su mujer también sonrió y suspiró una vez, y entonces oyeron los pasos del mayor que descendía la escalera.

A menudo oímos hablar de personajes típicos; un soldado típico, un conductor de ómnibus típico, pero escasas veces logramos contemplarlos de cerca, y en el momento que lo hacemos nos parecen ligeramente absurdos. Un hombre típico es en verdad una caricatura. Pero este militar era un típico oficial prusiano; su rostro grande y colorado estaba cubierto de una infinidad de pequeñas venas rojizas, y su cuerpo era abundante, aunque no gordo, excepto en el cuello, donde la grasa se extendía hasta perderse en la nuca. Su cuello era tan rojo como el resto de la cara, y el bigote tenía aspecto de estar celosamente cuidado. Las pupilas, profundamente azules, estaban rodeadas de brillantes venitas rojas. A primera vista impresionaba como un natural de una isla de caníbales que hubiese estado bebiendo sangre toda su vida; pero esta era una impresión que duraba sólo un instante, porque una observación detenida mostraba que, lejos de ser un salvaje, ese hombre había pasado su vida efectuando marchas y ejercicios militares, y estaba tan alejado de un ser primitivo como un gorila amaestrado que ha visto transcurrir su vida bajo la lona de un circo lo está de sus felices hermanos que todavía se hallan Ubres en las selvas. Aun cuando ahora impartía órdenes durante todo el día, continuaba efectuando sus movimientos como si el domador estuviese aún detrás de él agitando el látigo sobre su cabeza.

La comida se cocinaba en las ollas, y cuando el alemán vio los preparativos de la dueña de casa, las venitas de sus ojos brillaron con un fulgor escarlata. La Tierra no conocía aún la amarga escasez de alimentos que afligía a otros países. Srebnitz no se

hallaba en la habitación cuando los demás se sentaron a cenar. Había subido a coger un puñado de ropas de su antiguo dormitorio para arrojarlo al rincón en el cual dormiría ahora. Estuvo ausente durante tres minutos escasos, y cuando regresó con su atado la disputa ya se había producido. La anciana dio gracias a Dios antes de sentarse a la mesa, y el alemán lo toleró, pero agregando el nombre de Hitler. No fue eso lo que ocasionó la discusión; esto consiguió tan sólo exasperar al oficial. El verdadero altercado se suscitó acerca de si la procedencia de los alimentos debía agradecerse a Dios o a Hitler. Estaban sentados muy silenciosos cuando Srebnitz entró en el comedor, y de inmediato tuvo la sensación de que algo había ocurrido, sintiendo ansiedad por la suerte de sus padres. Era solamente el temor despertado por las palabras de Gregor, porque aún no conocía bien a los alemanes.

La comida transcurrió en silencio. El anciano dueño de casa, mudo, alcanzó al oficial una botella de cerveza. Sólo en ese momento aflojó el alemán su tensa actitud. Descansaba como puede hacerlo un tractor que ha trepado a la cresta de una loma; sus movimientos eran más suaves, menos embarazosos.

—Después de todo —se dirigió a la madre de Srebnitz en tono conciliador—, ¿qué sabemos nosotros de esas grandes figuras? Nuestro deber es obedecer.

Aun así no obtuvo respuesta.

—¡Qué gente curiosa! —exclamó en alta voz, pero en alemán, para no inferir ofensa.

Srebnitz miraba pasar cada minuto y deseó que llegara el final de la tarde antes de que su padre o su madre pudiesen decir algo que el alemán no les perdonaría nunca, si no lo habían hecho ya. Tan pronto como comenzaron a caer las primeras sombras de la noche fue a su rincón y se acostó sobre el atado de ropas, no obstante permanecer el alemán aun en la mesa. Con todo, el simple movimiento produjo más que el efecto deseado por él, pues la pequeña reunión se disgregó, subiendo el alemán a su cuarto, mientras los padres de Srebnitz se retiraban a sus habitaciones.

Todos los ruidos callejeros cambiaron afuera: se oían más pasos y menos voces. A veces Srebnitz podía percibir un grito a la distancia. El propio volumen de los sonidos era distinto; era la voz de la ciudad la que había cambiado. Como ninguna de las voces a las que prestaba oídos, ni los ecos distantes de los ruidos que llegaban hasta él significaban algo para su razón, Srebnitz escuchaba con atención redoblada, llevando su imaginación en ayuda de sus oídos y permaneciendo largo tiempo despierto en la noche triste de la ciudad. De pronto la voz de la noche cambió de nuevo, y esta vez fue tan aguda que hizo despertar a Srebnitz. ¿Qué decía ahora? Todavía no podía comprenderlo. Pero la voz alarmaba y horrorizaba al mismo tiempo.

A la mañana siguiente el oficial prusiano abandonó la casa sin desayunar.

—Madre —dijo Srebnitz mientras tomaban su desayuno—, anoche casi reñiste con él. Por favor, trata de no hacerlo más. Él te perdonó; pero si no lo hubiese hecho, Gregor cree que...

—Insultó a Dios —dijo la madre.

—¿Qué es lo que dijo anoche? —preguntó Srebnitz, pensando que tal vez así podría explicárselo mejor.

—Dijo que Él no era europeo —respondió la mujer.

—¿Pero lo es? —volvió a preguntar Srebnitz.

—No fue sólo eso —siguió la mujer—, sino que afirmó claramente que él era europeo, y mejor aún, prusiano.

—Pero eso es verdad —dijo Srebnitz.

—Y por lo tanto se cree superior a Dios —continuó la madre.

—Eran todas bromas —dijo el muchacho.

—Nosotros no jugamos con esas cosas —replicó la madre.

—No —dijo Srebnitz—. Pero no discutas con él si ves que no piensa como nosotros. Porque Gregor dijo...

—¿Qué es lo que dijo Gregor? —exclamó la madre, aunque no en tono de voz que pareciera querer hallar explicaciones en las palabras de Gregor.

—Gregor dijo... —Pero de alguna manera lo dicho por Gregor parecía absurdo y no se atrevió a repetirlo.

—Dejemos eso —exclamó—, cuando regrese tendrá hambre. Brindémosle un buen desayuno. Hay que hacer que se sienta cómodo mientras esté aquí. Quizá se vayan pronto...

—Quizá —dijo la madre.

El alemán regresó en seguida. Srebnitz había estado pensando que su impresión de que el rostro del oficial era rojo no podía ser cierta. Era de un rojo vivo. Entró en la habitación y comenzó a hablar. Dijo, como si estuviese frente a un inmenso auditorio, que el pueblo de La Tierra era un pueblo salvaje.

—Llegamos a este país para protegerlo —dijo—, y para librarlo de las garras de Inglaterra. Y ¿cómo nos muestran su gratitud? ¿Qué es lo que han hecho? —Hizo una pausa y luego preguntó con más fuerza—: ¿Qué es lo que han hecho?

Entonces Srebnitz vio que era necesaria una respuesta, y dijo:

—No lo sabemos.

—No lo sabéis —repitió el alemán—. No podéis saberlo porque es increíble. Vuestro maldito pueblo ha asesinado a un centinela alemán.

—Es increíble —asintió Srebnitz.

Era la palabra justa. Pero su madre no dijo nada. El prusiano la miró esperando una palabra de ella. Aun así la mujer continuó callada.

—Perfectamente —dijo de pronto el oficial y salió de la casa caminando a grandes trancos.

—Muy bien —dijo Srebnitz cuando se hubo ido—. Tuve miedo de que dijeras algo que pudiera disgustarlo. Debemos tener mucho cuidado cuando se encuentra de ese ánimo. Dentro de un par de días se le pasará.

En eso entró su padre a tomar el desayuno: había estado arriba ordenando el lecho

del alemán. Cuando oyó los gritos supo lo que pasaba abajo. Al entrar guardó silencio, pero su cara denotaba resignación.

—Gregor ha dado muerte a un centinela —dijo Srebnitz.

Y el anciano asintió con la cabeza. Se sentó a la mesa del desayuno y pareció estar esperando que algo sucediera. De improviso entró el mayor en compañía de tres hombres armados. Marchaba adelante, seguido por los soldados. El prusiano traía un papel en la mano e inmediatamente empezó a vociferar. En esencia, sus palabras expresaban que la vida de un ario era sagrada; que el pueblo alemán, el más culto del mundo, lo sabía bien, pero que existían razas inferiores que aún lo ignoraban. Con esas razas los alemanes debían proceder como padres, enseñándoles la sencilla lección; como padres enérgicos, hasta que la lección fuese aprendida. Cuando así lo hubiesen hecho, todo el mundo sería feliz; mientras tanto debían tomarse represalias. Cincuenta personas serían fusiladas para compensar la muerte del centinela. La conducta de su anfitrión no daba lugar a queja; era, por lo tanto, un placer pasarlo por alto. El joven Srebnitz, como todos los jóvenes del mundo, ya aprendería a amar a Hitler, si aún no lo hacía. El comportamiento de la madre había sido incorrecto.

Giró sobre sus talones y marchóse fuera de la casa, mientras los soldados arrastraban a la anciana mujer. Su marido salió detrás del grupo. Srebnitz corrió hasta alcanzar la puerta de calle. Por un instante los tres soldados estuvieron dándole la espalda. Contempló esas figuras que se alejaban con una atención jamás puesta sobre objeto alguno. En ese momento no comprendió que nunca más volvería a ver a sus padres. Todavía ahora no entendía del todo a Gregor.

Su madre fue fusilada esa misma tarde. Su padre había insistido en acompañarla hasta el muro ante el cual iba a ser ejecutada. Al principio, los alemanes se habían reído, y luego lo fusilaron a él también. Al anoecer, cuando Srebnitz se enteró de lo ocurrido, sintió que la desesperación del día anterior lo había abandonado; apenas había amargura en su corazón y no experimentaba miedo ni emoción alguna, excepto aquella que, inundando todo su ser, despertaba en él un ansia honda y ardiente de apoderarse de un fusil.

### III

**H**AY un relato de Kipling acerca de un hombre cuyo mono predilecto destrozó, por celos, a la esposa de su amo y, sabiéndose culpable, se mantuvo alejado del hombre durante algunos días hasta que éste supo atraerlo de nuevo a su lado, y finalmente lo mató.

La situación entre Srebnitz y el mayor prusiano al día siguiente de las ejecuciones fue, en sus recíprocas actitudes, algo parecida a la del hombre y el mono de nuestro cuento, luego que el mono hubo dado muerte a la mujer. ¿Estaría Srebnitz resentido con él?, se preguntaba el oficial. El muchacho no parecía estarlo, y aun así el oficial, por sus conocimientos de psicología que una vez adquiriera en una universidad alemana, sospechaba que Srebnitz podía guardarle rencor, aun cuando fuese razonablemente imposible.

En la guerra, le explicaba al muchacho, ciertas cosas eran necesarias y lógicamente seguidas de otras. Y narraba a Srebnitz el empleo de las ejecuciones represivas con la exactitud de un jugador de ajedrez que explica una apertura complicada. Srebnitz comprendía al punto. La situación era bastante clara para el mayor, pero se encontraba un tanto sorprendido de ver que fuese también clara para un hombre que carecía de los beneficios de la cultura germana. Y así se lo explicó todo de nuevo, que era evidentemente lo que debía haber hecho si Srebnitz no le hubiese entendido, mas no en el caso de mostrar éste tanta comprensión. Bueno, nunca estaba de más asegurarse, y la clara razón de sus explicaciones causaba un efecto sedante en la propia mente del mayor, la cual, de tiempo en tiempo, sufría ataques de dudas sobre la aparente buena disposición de Srebnitz para con él. Si uno pierde su reina en el ajedrez a cambio de una pieza importante del lado contrario, uno no se resiente con aquella pieza.

Srebnitz no parecía actuar de manera tan torpe, y por lógica no debía hacerlo; de manera que ¿para qué suponer que lo hacía? Así y todo restaba el hecho de que nadie podía decir cómo pensaba alguien, fuera de Alemania, acerca de cualquier tema. Y este hecho, no obstante absurdo, debía tenerse siempre presente, porque un hombre razonable no debe nunca descuidar un hecho. En Alemania, al minuto de hablar el Führer por radiotelefonía, uno sabía qué pensaban todos los alemanes acerca del asunto propalado; en un país de orden debe ser así. En él todos los hombres actúan de la misma manera porque piensan de un mismo modo, y sus acciones caen con el peso de un solo golpe, el peso de ochenta millones de alemanes golpeando al unísono, y tal golpe debe resultar siempre victorioso. Todo era bien sencillo, era la diferencia entre la organización y el desconcierto, la diferencia entre la cultura y la barbarie, e incidentalmente la diferencia entre la victoria y la sumisión. Los países ahora ocupados debían aprender esto, como los niños en la escuela; aquellos todavía no ocupados lo aprenderían por la derrota.

Srebnitz sonreía. ¿Era una sonrisa natural? Todo lo aprendido por el mayor y sus

antepasados en un lapso de tres generaciones afirmaba que no era una sonrisa fingida, pues ¿de qué otro modo pueden reaccionar los demás pueblos frente a los prusianos? Pero otros, más viejos y más simples, que no habían estudiado psicología, parecían estar dudando de aquella sonrisa. Debía decirle algo más a Srebnitz.

Pero éste se le adelantó:

—Ahora tendré que prepararle el almuerzo. No será tan sabroso como antes.

—Naturalmente —convino el prusiano.

Entonces Srebnitz se dirigió a la cocina.

fue una observación tonta aquella acerca de la comida. ¿Cómo podría un hombre cocinar tan bien como una mujer? Sólo gente inculta —pensó el mayor— puede preocuparse por destacar semejante tontería. ¿Creía acaso el muchacho que el oficial lo castigaría por sus escasas virtudes culinarias? Los alemanes no son irrazonables.

Srebnitz apareció con la comida y, como lo esperaba el alemán, la carne estaba cruda. No se quejó. Sabía muy bien que el lugar que corresponde a una mujer es la cocina. Ni siquiera un alemán podría competir en ella con posibilidades de éxito, y menos todavía un hombre inculto. La madre del muchacho había sido buena cocinera, pero tales cosas no debían tomarse en cuenta en la guerra. Primero estaban las ejecuciones. En verdad, sería solamente por las represalias que los alemanes podrían afianzar su posición en los países ocupados. Luego vendrían los placeres de la buena mesa.

El mayor y Srebnitz comieron juntos. A menudo la mano de Srebnitz descendía a la altura de la cintura y quedaba allí por un momento.

—¿Te duele el estómago? —interrogó el prusiano.

—No, no —exclamó Srebnitz y de inmediato agregó, dando muestra de nerviosidad—: sí, me duele un poco.

Acababa de comprender que había estado acariciando descuidadamente el mango del cuchillo que escondía bajo sus ropas.

Pudieron ser veinte minutos embarazosos los que tardaron en liquidar la comida, de no haber sido por las frecuentes sonrisas del joven. Una sola cosa impedía a la infalibilidad militar del alemán el descubrir cualquier rastro de falsedad en esas sonrisas; era la absoluta sinceridad de las mismas. Cada vez que Srebnitz sonreía lo hacía pensando en el fusil que conseguiría de alguna manera y que llevaría consigo a la Montaña. La Montaña y su deslumbrante libertad y los hombres libres que encontraría en ella llenaban su mente de esperanza como se inundan de gozo las flores cuando las acaricia el sol. Después del almuerzo el mayor salió de la casa y Srebnitz quedó en la estancia solitaria, sentado junto al fuego de la hornalla y tratando de dar forma concreta a sus planes. Y cuanto más planeaba tanto más difícil le parecía, hasta que el acto temerario que le permitiría adueñarse del fusil se le antojó el paso más fácil de todos. En primer término los alemanes habían impuesto el toque de queda a partir de media hora después de la puesta del sol, como uno de los castigos por la muerte del centinela. Ello significaba ser arrestado por el solo hecho

de encontrarse en medio de la calle durante la noche, aun sin estar en posesión de un fusil alemán. Habría que recorrer además un largo trecho antes de llegar al sitio donde estaría apostado un centinela. Por otra parte, la luna, que ya llevaba cuatro días de vida nueva, no lo ayudaría tampoco. Los planes de Srebnitz no habían progresado mucho cuando oyó un golpecito a la puerta. No era la terrible Gestapo; en realidad, era evidente que no se trataba de un alemán. Srebnitz no pudo imaginar quién podría ser y, de haberlo pensado mucho, el hombre que vio en el vano de la puerta hubiese sido el último en caer dentro de sus especulaciones. Era Gregor.

—¡Gregor! —exclamó Srebnitz.

Gregor lo miró sonriendo.

—Ellos mataron a mis padres —dijo Srebnitz.

—Sí, y también a los míos —dijo Gregor—. Nuestros padres ya estaban sentenciados cuando arribaron los alemanes. Es probable que todos estemos sentenciados. Pero La Tierra será libre.

—Conseguiré mi fusil —exclamó Srebnitz.

—Está bien —prosiguió Gregor—. Será hermoso cuando llegues con tu fusil a la Montaña. Los guardias alemanes usan cartucheras. Acuérdate de llevar una.

—Han impuesto el toque de queda —se lamentó Srebnitz.

—De eso he venido a hablarte —dijo Gregor—. Deberás ir cuando brille la luna para que el centinela pueda reconocerte. No podrías aproximarte en la oscuridad. Lleva una hoja de papel blanco en la mano, di *Erlaubnis*, que significa «permiso», y entrégasela al centinela.

—Pero ¿y cuando la lea? —inquirió Srebnitz.

—Jamás deberá leerla —prosiguió Gregor.

—No —asintió Srebnitz—. ¿Y después?

—Después le quitas el fusil y la cartuchera, y tú te sacas los zapatos y te ocultas hasta que baje la luna. No habrá nadie cerca en ese momento, porque tú entregarás el permiso al centinela cuando éste se encuentre solo. Atate los zapatos alrededor del cuello; mucho los necesitarás en la Montaña.

—¿Y dónde me ocultaré? —preguntó Srebnitz.

—Los sitios más seguros son el bosque y la plaza del pueblo —dijo Gregor—. De modo que elúdelos a cualquier costa. Los alemanes comenzarán a buscar por allí tan pronto noten la desaparición del centinela. Hay muchos jardincitos que circundan las casas, tú los conoces bien; podrás correr de uno a otro toda vez que la calle esté tranquila.

Srebnitz no habló, pero fijó pensativamente su mirada en el fuego, pues habían llegado hasta la cocina.

—¿Y bien? —exclamó Gregor.

—Estaba pensando en el fusil y en la bayoneta —dijo Srebnitz.

—No traigas la bayoneta —replicó Gregor—. A Hlaka no le gustan. Los alemanes nos atacarán en la proporción de veinte, y hasta de cincuenta a uno; de

manera que no podremos cargar a la bayoneta.

—¿Cincuenta contra uno? —preguntó Srebnitz, azorado.

—Tal vez sean cien contra uno —continuó Gregor—. Pero eso no le preocupa a Hlaka. Él elimina la desproporción usando de su inteligencia. Pero tú también debes hacer uso de ella si no quieres ser castigado por el jefe.

Quizá apareció en el rostro de Srebnitz un gesto de intranquilidad, porque él sabía que no era tan inteligente como Gregor, y temió no poder serle útil al indomable Hlaka.

—Tú has cazado conejos, ¿verdad?

—Algunos —respondió Srebnitz—. Pero únicamente con un rifle de aire comprimido.

—Eso es todo lo que necesitas saber —exclamó Gregor—, es más que suficiente. Nosotros no abrimos fuego desde una distancia muy grande.

—¿Desde cuántos metros disparan? —preguntó Srebnitz.

—¿A qué distancia has sido capaz tú de matar un conejo? —quiso saber a su turno Gregor.

—Una vez maté uno desde setenta metros —dijo Srebnitz—. Yo mismo los medí con mis pasos.

—Entonces nunca dispaes contra un alemán a más de setenta metros —le aconsejó Gregor—. Los primeros cinco cartuchos dedícalos a tu madre, y los otros cinco, a tu padre. Y no malgastes ninguno. Nosotros no libramos batallas. Si un oficial diera orden de abrir el fuego a una distancia de trescientos metros, Hlaka lo haría ejecutar. Recuerda: nada de batallas, solamente hay que matar.

—En cuanto al fusil... —dijo Srebnitz para recordar a Gregor el punto del cual se habían alejado.

—Harás lo que tú creas más conveniente —le respondió Gregor—. En verdad, eso es lo que debes hacer siempre desde ahora en adelante. Yo mismo atravesé las calles mientras todo estaba en calma, pero llevaba una pequeña sierra conmigo, de manera de poder separar la culata del fusil en caso de correr riesgo de ser visto, ocultando el caño bajo la pierna del pantalón. Pero no tuve necesidad de emplear la sierra. Si tú piensas llevar tu fusil de ese modo, será mejor que uses un bastón y finjas ser un poco cojo. Aquí tienes la sierra.

Y le entregó a Srebnitz una sierra pequeña y filosa de unos pocos centímetros de largo.

—No traigas la culata —dijo—, si llegases a tener que cortarla. Podrás improvisar otra de la rama de algún árbol. Ahora toma tu rifle de aire comprimido y veamos cómo disparas.

Mientras Srebnitz iba en busca de su arma, Gregor cogió una caja de fósforos vacía, y abriéndola para hacerla más visible caminó fuera de la casa y travesó la calle colocándola en la acera, junto a la pared de la casa de enfrente. El efectuar una práctica de tiro, aun con un arma de tan humilde condición, en las calles de una

ciudad conquistada y nada menos que por dos de los conquistados, causó enorme sorpresa a Srebnitz tan pronto como vislumbró el plan de Gregor. Pero éste dijo:

—Así es como debemos vivir de ahora en adelante; haciendo lo que se nos ocurra, pero sabiendo elegir el momento de hacerlo. Yo vigilaré desde esta ventana. En cuanto oigas que la cierro, esconde el rifle.

Gregor asomó la cabeza fuera de la ventana, mirando la calle de arriba abajo, en tanto que Srebnitz efectuaba cuatro disparos de su arma contra la caja de fósforos desde el interior de la casa, acertando en el blanco con cada uno de ellos. Entonces Gregor salió a la calle y levantó el pequeño blanco y tornó a entrar en la casa, asegurándose primero de que nadie los había estado observando.

Al ver a su amigo cruzar la calle con la caja de fósforos acribillada en la mano, a Srebnitz le asaltó la idea de que todo sería más fácil de lo que había pensado, aunque no sabía aún por qué ruta arribaría a la Montaña.

—¿A qué lugar de la Montaña debo ir?

—Cualquier lugar es bueno —afirmó Gregor—. Nosotros ya te encontraremos. Serás observado durante todo el trayecto. Si llevas el fusil en la mano, hazlo de modo que el caño mire hacia atrás.

Entonces levantó el rifle de aire comprimido y lo analizó con detenimiento.

—Es una linda arma —dijo—. Podrías intentar darle a una moneda desde setenta metros con esto. ¿Te gustaría tenerla en la Montaña?

—¡Oh, sí! —exclamó Srebnitz—. ¿Crees que podré llevarla conmigo?

—No. Tendrás suficiente trabajo con el fusil —respondió Gregor—. Deja que yo te la lleve. Nos vendrá muy bien a todos.

Y allí mismo la deslizó a través de la camisa abierta, con la culata hacia arriba. Y Srebnitz le alcanzó varios cientos de municiones de plomo en una pequeña lata redonda. Gregor las volcó en los bolsillos de su pantalón y le devolvió la cajita. En ese momento se encaminó hacia la calle.

—Hasta la vista —le gritó, y se alejó presuroso.

Srebnitz retornó a su silla junto a la hornalla y volvió a sumirse en sus pensamientos. No necesitaba de la tibieza aqucias nerras, y la lumore ardía allí solo para cocinar; contemplaba el fuego para ver su pasado reflejarse en el marco luminoso de las llamas. Le hubiese agradado colocar algunas flores sobre las tumbas de sus padres; pero, pensándolo mejor, decidió que debía elegir entre eso y la venganza.

Una vez efectuada la elección, salió a caminar por las calles de la pequeña capital para ver dónde estaban apostados los centinelas; y lo hizo en la dirección de la Montaña. Habiendo averiguado lo que deseaba, regresó a la casa, deteniéndose en una esquina en la que siempre vendían flores y donde todavía ahora las continuaban vendiendo. Adquirió un ramillete al precio de una libra entera de té, porque comprendió que el dinero no le sería de mucha utilidad durante un largo tiempo. Volvió con las flores a la casa y se puso a preparar la cena. El mayor no había llegado

aún.

No pasó mucho tiempo en esos quehaceres cuando oyó un furioso golpear a la puerta y encontró en ella al mayor que regresaba para la cena.

—*Heil Hitler!* —exclamó Srebnitz.

—*Heil Hitler!* —replicó el mayor con el mismo rostro solemne de siempre.

«¿No se cansará nunca de decir esas palabras?», se preguntaba para sus adentros.

Srebnitz mantenía ahora sus cinco sentidos alertos, sabiendo que en esos momentos, más que nunca, necesitaba de ellos. Porque había decidido huir esa misma noche, antes de que la luna se ocultara tras de la Montaña. No podía mostrarse muy locuaz con el mayor, pero sonreía con más frecuencia que durante el almuerzo.

«Se está acostumbrando a la idea de haber perdido a sus padres», pensó el prusiano.

Después de cenar, cuando volvió a la cocina cargado de platos para lavar. Srebnitz colmó sus bolsillos con todo el té y el azúcar que encontró en la casa, distribuyó entre sus ropas unas cuantas rebanadas de tocino y llenó un pequeño saco con las sobras del pan del día. ¿Se acostaría el mayor antes de ponerse la luna? No podría observarlo de cerca sin denunciar algún rastro de su ansiedad, de modo que permaneció la mayor parte del tiempo en la cocina, donde el alemán lo oía fregar las sartenes y enjuagar las fuentes. A través de una ventana pudo ver a la luna muy baja en su camino hacia la Montaña. ¿Lo ayudaría la cerveza? Abrió dos botellas y las colocó en la mesa frente al mayor, quien se mostró muy complacido. Luego retomó a la cocina. Halló una hoja de papel y confeccionó su salvoconducto. Sobre ella escribió: «La Tierra es libre». Por un instante dudó acerca de la firma que estamparía en ella, y finalmente puso su propio nombre.

Luego de lo que le pareció un largo tiempo, pero que sólo fueron diez minutos, oyó un bostezo seguido de un prolongado silencio. El vetusto reloj de pared de su padre anunció estridentemente la hora. De improviso surgió en él una esperanza y miró con cautela hacia el interior de la sala: como él lo deseara, el mayor se había quedado dormido. Colocó algunas flores dispersas en los cuartos, muebles y rincones que estaban especialmente ligados al recuerdo de sus padres, y se deslizó fuera de la casa cuidando de cerrar la puerta desde el exterior y arrojando después la llave a un costado de la calzada.

La luna se hallaba aún en el firmamento, pero acercándose ya a la Montaña. La calle estaba desierta; él se encaminó tranquilamente en dirección a una pequeña plaza pública con dos portales que daban sobre la acera, junto a cada uno de los cuales los alemanes habían instalado un puesto de vigilancia, que se interponía en el camino que Srebnitz había escogido, por hallarse más próximo a la Montaña. Ello significaba que tendría que efectuar un desvío, una cuadra hacia la derecha y otra hacia abajo, con el objeto de llegar hasta el centinela más alejado sin ser visto por el primero. El trecho de jardín era de sólo cien metros de largo, y la distancia que separaba los dos puestos no era mayor que la de aquél; pero los hombres la recorrían de arriba abajo,

encontrándose en el centro y distanciándose entre sí unos doscientos metros desde los extremos de la guardia.

Srebnitz avanzaba sin hacer ruido, aunque con las botas puestas, y lo invadía una sensación de extraña libertad. Sentía, aun cuando el sentimiento no había cristalizado en su mente, que el Hombre era el enemigo de la noche, que todas sus puertas y cerraduras y leyes estaban en contra de ella. Afuera, en la calle silenciosa, ninguna ley ni cerradura lo sujetaba. La noche no era ya más su enemiga; era su aliada, y él estaba de parte de ella. En las casas no existía ahora la libertad: todos los que vivían dentro de la ley en esa tierra, lo hacían ahora bajo el imperio de las leyes alemanas. Sólo en la noche y en la Montaña moraban aún los hombres libres.

Oyó los pasos de tres hombres que marchaban, y la noche le hizo creer que se trataba de un número mayor. En eso percibió el haz de luz de una linterna eléctrica que dibujaba círculos sobre el pavimento. Retroceder significaría una pérdida considerable de tiempo, y la luna estaba ya muy baja. A unos cincuenta metros del lugar en que se encontraba había una callejuela lateral, a la que pensó poder alcanzar si se daba prisa, antes de que los hombres llegasen a oír el leve sonido de sus veloces pisadas.

Se deslizó con sigilo y ganó la oscura calle, escalando los peldaños de una casa ubicada sobre la acera opuesta y aplastándose contra la puerta, no de la primera casa, sino de la segunda, con objeto de sacar suficiente ventaja si la patrulla doblaba la esquina. Si los pasos de sus seguidores abandonaban la acera para atravesar la calzada, él dispondría de un amplio margen de tiempo para tomarles la delantera. Pero la patrulla no torció la marcha.

Srebnitz abandonó la puerta y continuó su camino. Ahora más que nunca le parecía que la noche era su amiga. Entonces el silencio fue roto de nuevo, esta vez por una voz, una voz aguda que profería gritos incoherentes. Era un borracho que cantaba, haciendo llegar sus ecos desde las sombras. Por un momento Srebnitz se asombró de oír un canto festivo en la ciudad caída; luego comprendió que se trataba de algún pobre diablo ansioso de ahogar las penas de Europa en un vaso de vino. La voz descendía la calle en el sentido contrario al seguido por la patrulla, y Srebnitz escuchó, al hacerse más cercana, las rimas del canto de su país. Se detuvo en silencio mientras el borracho pasaba frente a él por la acera de enfrente, para no ser visto y eventualmente descubierto por el temulento infeliz. Y así se alejó el cantor arrojando fragmentos de las canciones de La Tierra en la negrura de la noche. Durante un largo tiempo siguió Srebnitz oyendo la voz; luego hubo una descarga de dos o tres fusiles y todo se aquietó otra vez.

Dobló hacia la izquierda y atravesó una serie de pequeños jardines familiares, en los que los árboles apoyaban sus oscuras copas sobre las verjas de hierro, árboles que a Srebnitz le parecieron amigos y libres, árboles que jamás habían exclamado *Heil Hitler!* La libertad había muerto para los hombres de La Tierra, pero parecía palpitar aún entre aquellos follajes.

En eso viró de nuevo hacia la izquierda. Al hacerlo oyó los pasos de la patrulla perderse en lo alto del ancho camino. Aguardó un minuto, y luego caminó despreocupadamente hacia el centinela. Estaba ahora muy cerca de él. Al aproximarse desde esa dirección daba la impresión de haber enfrentado a la patrulla. Había calculado, además, el momento exacto en que el centinela se hallaba en el punto más alejado de la imaginaria.

Ahora distinguía la silueta del gendarme, a la escasa luz de la luna, y extrajo de su bolsillo la hoja de papel. Antes de que el centinela le ordenara detenerse, Srebnitz gritó *Erlaubnis*, y agregó la palabra «doctor» en su propia lengua, esperando que los alemanes conocieran el significado del término en el idioma de los países que habían avasallado. Si tenía un aspecto demasiado joven para ser un médico, la palabra podía ser interpretada en el sentido de que andaba en busca de uno. Agitó el papel en la dirección seguida por la patrulla, implicando que ya había sido visto por ella, y luego se lo alargó al centinela repitiendo la palabra *Erlaubnis*, porque encontrarse en la calle después del crepúsculo sin un permiso especial significaba la muerte.

Srebnitz pertenecía a una estirpe que había poseído su pequeño territorio desde mucho antes de la era cristiana. Ello fue posible mediante ejemplos sobrenaturales de coraje, y desde luego por la agricultura, pero asimismo por la relevante sagacidad de sus hijos. La astucia era venerada entre ellos, probablemente porque sabían, o tan sólo intuían, que era uno de los pilares sobre los que descansaba su nación y sin cuyo apoyo su propia raza habría perecido en el polvo de los siglos.

Srebnitz entregó el papel al centinela con la misma mano que ocultaba la hoja de acero de su cuchillo; el mango se adhería a lo largo de la muñeca. El soldado trató de leer, mas ya no lo auxiliaba la claridad lunar. Entonces Srebnitz habló de su madre en su propio idioma. Si las palabras surgían espontáneamente de sus agitados pensamientos o si hablaba para distraer la atención del gendarme, Srebnitz no lo sabía.

—Mi madre fue siempre bondadosa —dijo.

Y al mismo tiempo clavó el cuchillo en el corazón del alemán. El fino acero se introdujo con facilidad. El centinela tosió y Srebnitz lo aferró del cuello con la mano izquierda para impedir que gritara. Con la derecha cogió el fusil antes de que tocara el suelo, porque sabía que el ruido de la caída de un fusil despertaría a todo el vecindario de la cuadra.

Olvidó desatarse los cordones de los zapatos, de manera que ahora los cortaba con el afilado cuchillo, en tanto que el otro centinela marchaba ya hacia el punto en que acostumbraba encontrarse con su compañero de guardia. El centinela de Srebnitz parecía estar bien muerto cuando éste retiró la mano de su garganta. Hizo deslizar la bandolera por encima de la cabeza del muerto y la arrojó sobre sus propios hombros. Quitándose los zapatos, echó a correr, recogiendo el pequeño saco que contenía el pan que dejara sobre el pavimento antes de acercarse al centinela. El resplandor de la luna sobre la hoja de la bayoneta le recordó que Hlaka no necesitaba bayonetas en la

Montaña. La separó del fusil y con un hábil movimiento de la mano la disparó contra una puerta, donde quedó clavada. Un aviso, pensó Srebnitz, por si los moradores de la casa fuesen traidores; en caso contrario, sería un mensaje de esperanza.

Pronto volvió a oír los pasos de la patrulla, pues ahora les iba dando alcance. Se detuvo a pensar y a descansar, no porque estuviese exhausto, sino porque quería conservar todas sus energías para cuando tuviera que emplearlas en circunstancias extremas. El otro centinela no parecía haber abandonado la guardia, y hasta ese momento no había señales de una persecución organizada. Entonces se le ocurrió que un lugar bien seguro sería el más cercano posible a la patrulla. Si ellos volvían sobre sus pasos tendría que echar a correr nuevamente; entretanto le servirían de señuelo para enterarse de la proximidad de otro centinela. Detrás de ellos no vendrían más patrullas.

Por un largo trecho siguió al pequeño batallón, hasta que éste tomó por una calle que se alejaba de la Montaña. Srebnitz siguió avanzando en línea recta, ahora más cautelosamente.

## IV

**L**A luna se hallaba muy cerca de la ladera izquierda de la Montaña, pero aún reflejaba demasiada luz, y Srebnitz buscó, mientras avanzaba, un lugar donde esconderse. Si descubrían la muerte del centinela antes de que se pusiera la luna, lo que era muy probable, sería conveniente estar bien lejos de los peligros que dejaba ahora atrás, los que con seguridad eran mayores que los que le aguardaban.

Atravesó un pequeño jardín totalmente iluminado por la luna y pensó que ése no era refugio seguro. Los árboles abundaban a lo largo de la calle, pero eran árboles de escaso follaje y delgados troncos. La clase de refugio que buscaba no parecía encontrarse allí, y no había nubes cerca de la luna. Las casas que cruzaba a su paso tenían jardines al frente, pero eran demasiado pequeños para dar cabida a gruesos árboles, excepto almendros, naranjos o durazneros. Ninguno de ellos ofrecía suficiente protección.

De pronto descubrió un jardincito tan apacible y prolijamente cuidado, con los canteros inundados de luz lunar y con algo más que no podía definir, pero que lo arrobaba como los ecos de una campana que ha cesado de tañer en un atardecer de verano... tan prolijo y apacible y encantador, que le hizo despertar la idea de que en esa casa hallaría refugio. Sin detenerse a pensar más y con paso decidido se encaminó hacia la puerta y golpeó con los nudillos. No había tiempo para titubear, pues ya hacía mucho que permanecía en la calle iluminada sin haber sido descubierto, para tener esperanzas de continuar avanzando sin ser visto. Y en efecto, al golpear a la puerta volvió a oír los pasos de marcha ya familiares, esta vez entre él y la Montaña. Golpeó nuevamente, ahora con mayor intensidad. La puerta fue abierta por alguien que llevaba un chai tejido sobre la cabeza. Era una mujer.

Srebnitz entró en la casa sosteniendo el fusil con la mano manchada de sangre.

—Es para La Tierra —exclamó, sin saber qué decir.

La figura oculta por el chal asintió, y con un movimiento de la mano indicó hacia una puerta interior. Luego cerró la entrada de la casa, mientras Srebnitz, todavía con el fusil en la mano, se introducía en la habitación que la mujer le señalara. En él vio a dos viejecitas tejiendo. Las dos hermanas miraron despreocupadamente en dirección al fusil de Srebnitz y su mano ensangrentada, y continuaron con sus labores.

—La noche es hermosa —dijo una de ellas a modo de recibimiento.

—Sí —respondió Srebnitz, y luego agregó lo que había dicho en el umbral de la puerta—: Es para La Tierra.

—Naturalmente —terció la otra viejecita—. ¿Vas a la Montaña?

—Sí —contestó Srebnitz, y luego aclaró—: Voy a unirme a las fuerzas de Hlaka.

—Tomarás un poco de té antes de irte.

Todos oyeron el paso de una patrulla que en esos momentos atravesaba la calle.

—La luna se pondrá pronto —expresó la viejecita que había ofrecido el té. Se llamaba Isabella.

—Hablando con corrección —corrigió su hermana—, la luna se esconderá tras la Montaña. Pero eso le servirá lo mismo.

—Desearía lavarme las manos —dijo Srebnitz presa de confusión cuando observó la gran mancha de sangre que le cubría la mano derecha.

—Como tú quieras —dijo Isabella—. Pero si vas en busca de Hlaka serás mejor recibido con las manos así. Eso es lo que todos dicen, ¿no es cierto. Angélica?

—Eso es lo que he oído —apoyó ésta.

—Sofía —llamó Isabella—, alcánzanos una taza de té para este caballerito. ¿El nombre es...? —preguntó volviéndose hacia Srebnitz.

—Mejor será que no le preguntes eso —intervino Angélica.

—Muy bien, entonces, así será mejor —dijo Isabella.

De esta manera Srebnitz continuó en el anonimato.

—Estimado jovencito —dijo Isabella—, observo que tú no llevas una frazada. Nadie sube a la Montaña sin una frazada. Hace mucho frío allá arriba una vez que se pone el sol.

—Sí —asintió la hermana—, debe llevar una frazada.

Y ahora Srebnitz percibía un bullicio que provenía de la parte baja del camino que había andado. Eran los síntomas que había estado aguardando, y él y las dueñas de casa supieron que los alemanes habían encontrado el centinela muerto.

—No puedes seguir por ese camino —exclamó Isabella, indicando hacia la puerta de calle—. Sofía te mostrará un sendero que lleva directamente a la montaña.

Todavía oían los ruidos que llegaban desde la ciudad cuando Angélica entró con una frazada que entregó a Srebnitz cuidadosamente doblada, junto con dos correas de cuero para asegurar a los extremos. Srebnitz pronunció algunas palabras de agradecimiento y echó el bulto sobre su hombro derecho.

—Ese hombro no —le explicó Angélica—. Ellos nunca lo llevan así.

Y Srebnitz comprendió, avergonzado, que en la forma que pensaba llevar el bulto sobre su hombro no tendría dónde apoyar el fusil. Muy pronto apareció Sofía con el té, esta vez con el rostro descubierto.

—Esta es nuestra sobrina —dijo Isabella.

Srebnitz la miró y no dijo nada.

—¿Cómo se llama? —preguntó Sofía cuando el silencio se hacía ya embarazoso.

—Su nombre es *Monsieur de la Montagne* —dijo Angélica.

—Buenas noches, *Monsieur de la Montagne* —saludó Sofía.

—Buenas noches —respondió Srebnitz.

Luego tomaron el té.

—Las flores de la Montaña son hermosas —dijo Isabella.

—Hermosas, es la palabra —asintió Angélica.

Las pesadas botas de los soldados pasaban a la carrera frente a la casa, remontando la calle que ya comenzaba a inclinarse en dirección a la montaña, alejándose de la ciudad.

—¿Y tus padres se encuentran bien? —preguntó Angélica.

—Sí —contestó Srebnitz, meditando la respuesta.

Y las dos ancianas suspiraron elocuentemente.

Al cabo de unos instantes oyeron el zumbido de un avión que sobrevolaba los alrededores, y el ruido de más alemanes que corrían por las calles.

—¿Crees que irán a bombardearnos? —interrogó Isabella a su hermana.

—Es muy difícil que lo hagan —replicó ésta—; la ciudad está llena de alemanes.

—Lo mismo pienso yo —dijo Isabella—. Pregunté por preguntar.

—Desde luego, uno nunca conoce del todo a los alemanes —agregó Angélica.

—Es verdad —afirmó Isabella.

El avión se alejó hacia la Montaña, pero el bullicio de los hombres de la calle no disminuía.

De improviso se oyó un furioso golpear en la puerta de entrada.

Isabella arrojó dos de las cuatro tazas de té y sus correspondientes platillos sobre la parrilla del hogar, donde sus pedazos se confundieron con las cenizas. Luego se dirigió hacia la puerta de la sala.

—¡Rápido. Sofía, a la Montaña! ¡Y al salir cierra con llave la puerta del fondo!

Srebnitz quiso detenerse para agradecerles y despedirse, pero no había tiempo que perder.

—Ya nos veremos otra vez —le dijo Isabella—. Entonces nos lo podrás agradecer. O quizá tomen represalias a lo largo de nuestra calle. En ese caso nos encontraremos donde no hay alemanes.

—¡Querida mía! —exclamó Angélica—. ¡Beethoven!

—Es cierto —replicó Isabel—. Debía haberlo exceptuado.

Los golpes se repitieron, haciendo temblar toda la pared y desprendiendo trozos enteros de yeso junto al marco de la puerta. Isabella caminó lentamente los pocos metros que le separaban de la entrada, y preguntó en voz alta:

—¿Quién es?

—La policía —vino la impaciente respuesta—. ¡Abrid inmediatamente!

—¡Ya mismo! —exclamó Isabella dando vueltas la llave.

Sofía y Srebnitz se encontraban ahora en la cocina, y la puerta que daba a los fondos de la casa quedó bien pronto cerrada detrás de ellos, no sin antes haber recogido Sofía un gran pedazo de jamón que halló encima de la alacena. Estaban en medio del jardincito reluciente de frutales. Sofía alcanzó a Srebnitz el jamón, y éste lo deslizó dentro del saco que ahora contenía también los zapatos. Atravesaron el jardín. Ella caminaba de prisa, pero sin ansiedad, porque todos los caminos hasta el fondo de la casa eran largos, excepto por la puerta trasera. Arribaron a una pequeña portezuela, que Sofía abrió, y se encontraron con un estrecho sendero flanqueado de limoneros, naranjos y durazneros.

Por un instante la luna brilló tenuamente sobre los blancos azahares; luego Sofía y Srebnitz se hundieron en la oscuridad que proyectaba el macizo de la Montaña.

—Traje otra frazada para ti —dijo la muchacha.

Y Srebnitz observó que la joven se envolvía el cuerpo con ella. Se alegró de que así fuera, pues había decidido que, con toda esa sangre sobre su brazo, no tenía ahora objeto esconder el fusil como lo había hecho Gregor. Si lo encontraban a la luz del día estaba seguro de que lo fusilarían en el acto: si lo detenían en la noche sin llevar un permiso especial, ocurriría lo mismo. Así que era más práctico tener el fusil bien a mano, y la frazada le serviría para ocultarlo a la vista de los aeroplanos. Estaba preocupado por Sofía. En realidad, lo estuvo desde el primer momento que la vió, algo vagamente al principio; pero ahora, en medio de la noche oscura, en una ciudad plagada de alemanes, sus temores aumentaban. Hubiese deseado que ella emprendiera el camino de regreso a la casa, pero los alemanes estaban todavía allí. También le preocupaba la suerte de las dos ancianas, cuya actitud bondadosa parecía demasiado frágil pra soportar la dura prueba.

—Tus tías —empezó—; ¿no debería esperar y ver si necesitan ayuda?

—Ellas nunca necesitan ayuda.

—Pero... —murmuró Srebnitz.

—Ellas viven sólo para La Tierra —continuó Sofía.

—¿Qué les harán los alemanes? —preguntó Srebnitz, mientras avanzaban por el sendero.

—¡Oh, ellas saben cómo tratar con los alemanes! —dijo Sofía—. Ya han estado otras veces en nuestra casa.

—¿Qué les dicen tus tías?

—Primero dejan que los alemanes digan todo lo que tienen que decir.

—¿Y después? —volvió a preguntar Srebnitz.

—Después ellas hablan de sangre —prosiguió Sofía—. Sangre de cerdo, quiero decir, y de todas las cosas que se hacen con esa sangre, como las salchichas llamadas *blut-wurst*. Ellas conocen todos los secretos de la cocina, y además dominan el alemán.

—¿Y los alemanes las escuchan?

—De rodillas —explicó Sofía.

^ Srebnitz miró de reojo a la joven por temor de que se estuviera burlando de él. Pero la oscuridad era intensa y no pudo descubrir ningún indicio en el rostro de Sofía Srebnitz exhaló un largo suspiro.

—¿Y tú qué harás ahora? —le preguntó.

—Regresaré a la casa cuando se hayan ido —respondió Sofía.

—¿Cómo podrán tus tías explicar tu ausencia en estos momentos?

—Ellos no deben saber que yo vivo allí. Había sólo dos tazas sobre la mesa. Si descubren que yo existo, creo que tía Angélica sabrá despistarlos. Ella conoce muy bien el dialecto de los pastores y puede hablarlo tan ligero que sería capaz de

confundir a un propio montañés.

Entretanto se acercaban cada vez más a la Montaña.

Al principio habían atravesado los fondos de las casas con jardines que daban sobre el costado izquierdo del sendero; hacia la derecha estaban los que parecían ser huertos o plantíos de naranjos, pero la oscuridad era ahora muy intensa para distinguirlos.

—¿Tienes mía caja de fósforos? —preguntó Srebnitz—. No puedo ver tu rostro con esta oscuridad.

—Ya pudiste verlo cuando estábamos en la casa.

—Hace mucho tiempo de eso —exclamó Srebnitz, desilusionado.

—¿Y tú no tienes fósforos? —preguntó a su vez Sofía.

—No.

—Hlaka tendrá algo que decirte si llegas hasta él sin fósforos.

—¿Crees que se enfadará conmigo?

—Espero que no.

—¿Por qué piensas entonces que tendrá algo que decirme?

—Porque él exige que sus hombres tengan sentido común —respondió Sofía.

Srebnitz pensó un momento lo que acababa de decirle la joven y comprendió que Hlaka tenía razón.

—¿Cómo es Hlaka cuando se enoja?

—Dicen que las cosas se ponen malas en la Montaña cuando Hlaka está de mal humor.

—¿Cuánto tiempo hace que está en la Montaña?

—Ya hace más de una semana —siguió diciendo Sofía—. Se dirigió a la Montaña cuando los alemanes rompieron la línea del frente. Era demasiado viejo para ser un soldado regular, y no había luchado en esta guerra hasta que estuvo en la Montaña.

—¿Ha sostenido ya alguna gran batalla?

—Él no libra batallas —dijo Sofía, extrañada de ver que no sabía esas cosas tan simples—. Da muerte a los alemanes cuando y donde los encuentra.

Era lo mismo que le dijera Gregor.

—Al final morirá luchando —prosiguió Sofía—, pero primero quiere matar a muchos alemanes.

—¿A cuántos ha dado muerte ya?

—No lo sé —contestó Sofía—. Dicen que primero quiere matar a doscientos alemanes con sus propias manos antes de arriesgarse mucho, y que no se dejará ver demasiado por la Montaña hasta tanto no lo haya conseguido. Y eso es lo que exige de cada uno de sus hombres: matar un número igual de alemanes y no dejarse ver por nada del mundo. Hlaka se pone fuera de sí cuando oye muchos disparos, porque sabe que sus hombres se han estado exponiendo inútilmente, y en castigo ordena que los azoten. A veces él mismo baja a la ciudad. Pero eso es diferente. Entonces no va como Hlaka.

—¿Quieres darme una caja de fósforos? —le pidió Srebnitz, sabiendo de antemano que ella tendría una en su poder.

—Sí —exclamó Sofía—, siempre que sepas usarlos convenientemente. —Y extendiendo la mano, agregó—: Ahora no, todavía no los necesitas.

El oscuro sendero se alejaba ahora de las construcciones, virando hacia la derecha entre campos y huertos en flor. Caminaban en silencio. Otros muchachos le habían hablado de largas caminatas en compañía de alegres muchachas a lo largo de estrechos senderos como éste, y Srebnitz se había entusiasmado con los relatos; pero, en lugar de las estrellas y los frutales en flor que les servían ahora de techo, parecían batir sobre sus cabezas las enormes alas de la muerte. Pensaba en la belleza del rostro de Sofía y deseaba poder contemplarlo de nuevo, pero ella no le dejaría encender un fósforo sólo para eso. Ya se disponía a pedirle nuevamente los fósforos cuando ambos divisaron el reflejo de una luz delante de ellos, pues ahora estaban otra vez sobre el límite de la calle. Todas las casas estaban sumidas en las tinieblas y los destellos provenían de las linternas eléctricas de los alemanes.

—No debes seguir más adelante —dijo Srebnitz.

—Tú solo no podrás hallar el camino. Regresaré cuando atravesemos aquellas casas —replicó Sofía.

Doblaron hacia la izquierda y allí estaban las casas. Detrás de ellas se erguía la majestuosa figura de la Montaña, bañada por la luz de las estrellas. De pronto se encontraron rodeados de montones de desperdicios y de latas vacías arrojadas desde las viviendas. Se abrieron camino por entre las piedras diseminadas en el suelo y finalmente arribaron a la calle pavimentada. Una avenida más ancha la cruzaba un poco más arriba, y era allí de donde provenían las luces que agitaban los alemanes. En este punto Sofía le entregó la frazada y la caja de fósforos, describiéndole, con voz susurrante, el resto del camino. Debía atravesar dos cuadras más una vez cruzada la avenida, y entonces se encontraría en campo abierto. Más adelante hallaría un bosquecillo y, luego, la Montaña.

—¿Crees que podrás hallarla solo? —le preguntó la joven.

Debido a la oscuridad, Srebnitz no pudo saber si ella se estaba realmente riendo de él. De modo que le aseguró que ahora la distinguía nítidamente. Entonces llegó el momento de decirse adiós, y Srebnitz meditó un instante acerca de las palabras que emplearía para despedirse de su acompañante. Se volvió para hablarle, pero Sofía ya había desaparecido.

## V

**D**URANTE unos minutos Srebnitz permaneció escuchando, pero todo estaba tranquilo a lo largo del sendero que Sofía había retomado. Luego comenzó a caminar cautelosamente por la angosta calle y pronto alcanzó la ancha avenida de donde procedían los haces de luz. Todavía andaba descalzo. Las luces barrían de izquierda a derecha el ancho de la calle, y Srebnitz pudo observar que estaba plagada de alemanes. Se apresuró a cruzar la esquina y le pareció que la calle por la que ahora avanzaba estaba desierta. La cuesta era muy empinada y, visto desde abajo, el pavimento semejaba ser el ruedo de un manto que cubría los pies de la Montaña.

No oía ningún ruido sospechoso delante de él, y a pesar de ello caminaba con toda precaución, pues los alemanes de la ciudad estaban excitados, como lo demostraba el bullicio que dejaba a sus espaldas. Esperaba que hubieran apostado centinelas en todas las salidas, especialmente en aquellas que conducían a la Montaña. Atravesó otra intersección sin novedad, pero ahora percibía el sonido de pisadas detrás de él. Una patrulla dobló la esquina de la avenida y remontó la calle por la que él huía. Srebnitz aceleró el paso, sin echar a correr por temor de tropezar con algún centinela que podría estar estacionado al final del camino. Por otra parte, la oscuridad era su aliada y se sentía tan libre de los pasos que lo seguían como puede estarlo un halcón de la proximidad de un cazador en una noche sombría como ésa. Cruzó una calle más, la última, y aún no había hallado oposición. Disminuyó el ritmo de la marcha; la patrulla germana quedaba todavía bastante atrás y lo único que temía ahora era por la existencia de alguna barricada, o un grupo de soldados, al final de la calle.

Sus temores no se confirmaron. Muy probablemente los hombres que venían detrás de él eran los mismos que marchaban a guardar el extremo del camino. En efecto, la patrulla se detuvo en el lugar donde concluía el pavimento.

La calle tenía ahora el aspecto de un camino rural. Srebnitz dejó de avanzar y aguardó a que transcurriera el tiempo que Sofía tardaría en llegar hasta su casa. Al no oír ningún disparo, estuvo seguro de que la muchacha había arribado sin novedad. Entonces miró a su alrededor para ver qué clase de obstáculos bordeaban el camino, y descubrió una doble hilera de setos cuya baja altura le permitiría vencerlos de un salto.

Siguió caminando lentamente y de pronto se encontró en el límite del bosque que le mencionara Sofía. Era un bosque de pinos, oscuro y misterioso; pero pensó que con sus pies descalzos y su fusil él era más peligroso, en apariencia al menos, que cualquiera de los misterios del bosque. Las puntas de los árboles reflejaban tenuemente la luz de las estrellas; abajo, ningún resplandor iluminaba el suelo. Srebnitz experimentó una sensación de seguridad mayor que en cualquier otro momento de esa noche, pues sabía que si se enfrentaba con algún alemán en el

bosque podría hacer uso de su arma y aun alcanzar la Montaña, sin posibilidad de ser atrapado. Sobre todo eso: debía llegar sano y salvo a la Montaña, porque tenía mucho que hacer por La Tkrra. El camino atravesaba el bosque y desembocaba en un campo cubierto de brezos. La Montaña se levantaba frente a él pero el camino se volcaba hacia la izquierda, en lugar de seguir hacia arriba. Aun así, Srebnitz siguió marchando por él, pues había oído a menudo hablar de personas que se extraviaban en la Montaña.

Cuando estuvo lejos de la ciudad se sentó y calzó sus botas, asegurándolas con varios nudos, pues había cortado los cordones un rato antes. Se calzó, no tanto para proteger sus pies de las asperezas del camino, como para el caso de que tuviera que trepar alguna ladera. El camino no presentaba ahora más obstáculos, y se sentía casi totalmente seguro, pues ninguna patrulla que pudiese encontrar lograría alcanzarlo de noche en esa abrupta región. Sólo tendría que correr unos pocos metros hacia la izquierda, y la noche y la Montaña se encargarían de ampararlo.

De modo que caminó lentamente mientras pensaba en Hlaka y en la victoria de La Tierra, de la que muchos dudaban y la que los alemanes ni siquiera consideraban posible o una eventualidad digna de merecer la molestia de ser negada por cualquiera de sus líderes, pero que para Srebnitz era una vivida realidad. Por lo demás, Hlaka, allá en la Montaña, jamás pensó de otra manera. Pero para Srebnitz la victoria era una fe, en tanto que Hlaka, con su banda de hombres libres, veía todo a su alrededor como los santos ven el Paraíso. Las estrellas del oriente palidieron y la luz comenzó a descender en el cielo. La noche parecía hacerse cada vez más fría.

Srebnitz se alegró de contar con esa segunda frazada que le diera Sofía, la que le cubría el cuerpo en forma de capa. Era demasiado joven para saber que el insomnio y el hambre son otras tantas causas de frío, aparte de la más obvia: el viento que precede al alba en la montaña; pero un instinto elemental lo constreñía a alimentarse, y se sentó a la vera del camino y cortó un trozo del jamón que Sofía le había entregado en la casa y una rebanada de pan, ambos con el cuchillos con que diera muerte al centinela. El afilado acero le recordó su sueño cumplido, y el fusil que tenía ahora en sus manos le hizo nacer un deseo vehemente de besarlo.

Mientras comía, sentía avanzar el lento y frío amanecer, primero con un susurro apagado, luego con los acentos familiares que acompañan el alba en Europa, llegando hasta sus oídos, desde la ciudad distante, los golpes secos y rítmicos de las descargas de fusilería. «Comenzaron las represalias», pensó Srebnitz. Un sentimiento de terror lo poseyó por un momento. Y entonces recordó las palabras de Gregor, de que todas esas gentes estaban perdidas de antemano. Hoy, mañana o al siguiente día, ellos morirían: sólo La Tierra estaría a salvo. A cierta altura sobre el nivel de la ciudad moraba la Libertad. Abajo, en las calles, él era un fugitivo, un hombre sin salvoconducto, y en la casa de sus padres, era uno más de la raza conquistada. Pero a la altura en que se encontraba ahora, algo en el hálito de la brisa le decía que ésa era la frontera de la Libertad. Cerca de allí, o más arriba, donde Hlaka luchaba por ella, la

Libertad tenía su trono. Sus estandartes comenzaban a mostrarse sobre la Montaña, mientras el sol, aunque todavía oculto, perseguía a las nubes en el cielo y las alondras levantaban el vuelo para cantarles odas. El techo de su palacio era el vasto espacio azul; su poderoso bastión, la Montaña, se extendía hasta más allá de donde la vista podía alcanzar. Él iba a unirse a sus celosos guardianes. Entonces la mente del muchacho, llevada en alas de la fantasía, trató de imaginarse qué clase de uniformes debían usar los centinelas de la Libertad, y por instantes se los representó resplandecientes de oro y encajes, desfilando gallardamente por las calles de la capital al llegar la victoria. Y de improviso una mirada, desviada de sus sueños, cayó sobre sus propias ropas y comprendió que los guardias de la Libertad estaban envueltos en una frazada desteñida y usaban ropas vulgares, parecidas a las suyas, con una manga manchada de rojo.

## VI

**L**OS sueños comenzaban a tornar a la realidad y Srebnitz, incorporándose y viendo la claridad del día comprendió que había llegado la hora de reanudar la marcha, antes de que alguna patrulla llegara desde la ciudad. Echó una punta de la frazada sobre su hombro y agachóse para recoger el fusil. Sobresaltado, dio un paso hacia atrás, giró sobre sus talones y miró en derredor, presa de inquietud. ¡El fusil había desaparecido! Si un terremoto hubiese hundido la Montaña en la tierra, allí, a sus pies, no habría quedado más estupefacto. En realidad, la Montaña le parecía desvanecerse ahora ante sus ojos. No podría llegar hasta Hlaka sin un fusil. Mas tampoco podría regresar al pueblo con esa mancha de sangre sobre su manga. ¿Qué hacer? Al cabo de un momento se planteó otro interrogante. ¿Por qué lo despojaron del fusil alemán y lo dejaron a él con vida? Un hombre que realizara una excursión en medio de la selva difícilmente esperaría que su taza de té fuera bebida por un tigre, y al mismo tiempo ser despreciado como festín por la fiera. Si alguien bebió la taza de té, no fue precisamente un tigre. ¿Quién, entonces, lo despojó de su fusil? El sol no había salido todavía cuando él quedóse dormido. Andar por las calles entre la puesta y la salida del sol significaba la muerte. Y también significaba la muerte ser hallado en posesión de armas. Y muerte era robar al ejército alemán. Y la manga tinta en sangre... ¿Acaso otro hombre quería unirse a Hlaka con su fusil? fue ese pensamiento el que lo hizo ascender el sendero de la Montaña, en lugar de torcer en la otra dirección. Iría hasta donde se hallaba Hlaka y se quejaría de haber sido robado.

Se apresuró, subiendo por el camino durante cerca de una hora. Luego, en el lugar donde crecían los últimos rastros de vegetación salvaje, antes de que los arbustos y las flores se transformaran en montaña rasa, vio pacer unas pocas ovejas de aspecto miserable, y a un viejo pastor parado cerca de ellas, no lejos del camino, vestido con la amplia capa que los pastores de esa tierra usan habitualmente, confeccionada con los cueros de varias ovejas. El pastor era de alta estatura y parecía ser todavía fuerte, y observaba a Srebnitz con una expresión fija que más semejaba una mirada de enojo.

Srebnitz le gritó los buenos días, pero el cuidador del rebaño no le respondió ni cambió su expresión. De manera que Srebnitz siguió camino adelante, pero tenía la sensación inequívoca y embarazosa de que aquellos ojos cubiertos por las enarcadas cejas continuaban observándolo con disgusto.

Después no volvió a ver a nadie más, y al cabo de una hora arribó al final del camino, en plena montaña, entre rocas tan grandes como casas alineadas bajo una escarpada pendiente. Las pequeñas sendas ascendentes surgían desde ese punto, apenas angostos caminitos, y Srebnitz se preguntó qué había querido significar Gregor cuando le dijo que podría dirigirse a cualquier parte de la Montaña y asimismo hallar a Hlaka. Con voz clara y aguda gritó el nombre de Gregor. La única respuesta que tuvo fue el eco.

La desesperación estimuló en él una energía afiebrada y trepó por una de las

estrechas sendas empinadas, tratando de llegar aún más arriba. A su derecha la Montaña se elevaba en enhiestos picos, pero sobre su cabeza la línea del cielo no se hallaba muy distante. Pronto alcanzó la altura deseada y frente a él vio un espacio llano y circular de escasamente cien pasos de ancho, con pequeñas colinas cortadas a pico a su alrededor. Descendió a esa superficie aplanada por entre dos colinas en miniatura y la atravesó, encontrando que había llegado a la cima de esa parte de la Montaña. Llamó otra vez, pero hasta el eco parecía responder menos allí.

Miró en dirección a las planicies que se extendían al norte de la Montaña, y habiéndose ocultado el sol tras una nube, las vio sumidas en sombras. «Toda Europa está bajo las sombras», pensó Srebnitz, y como su espíritu hallaba respuesta en la naturaleza apagada, creyó ver un oscuro presagio en esas tristes sombras alargadas.

Al volver sobre sus pasos notó un pedazo de tierra floja a un costado, un reducido círculo de menos de un metro de diámetro. Se dirigió hacia el lugar para observarlo mejor y removió la arena con el pie. Al hacerlo así dejó en descubierto los rescoldos y cenizas de un fuego que no hacía mucho había dejado de arder. Oyó una voz que en un tono ordinario de conversación le decía:

—¡Deja eso quieto!

Levantó los ojos y al principio no divisó a nadie. En eso un jovenzuelo caminó hacia él por entre las salientes rocosas de la ladera de una colina que no era más alta que el nivel de las casas de una buena calle. Llevaba un fusil en la mano y usaba bandolera.

Srebnitz lo miró en silencio. Mientras lo hacía, notó que otros hombres aparecían detrás de las piedras que lo rodeaban. Eran cerca de diez, vestidos con ropas humildes como las suyas. Srebnitz le dijo al muchacho que vio primero:

—He venido a unirme a Hlaka.

El joven avanzó hacia su interlocutor antes de responder, y cuando habló, le dijo:

—Hlaka no recibe a cualquiera.

En la desesperación, Srebnitz hizo valer su fortuna:

—Tengo seis rebanadas de pan —repuso— y un jamón y veinticinco cartuchos.

En el rostro del joven creyó Srebnitz hallar cierto reconocimiento del peso de su argumento cuando mencionó el pan, y casi una leve sonrisa despectiva cuando nombró los cartuchos. Pero el muchacho guardó silencio hasta que estuvo sobre la superficie plana en que se hallaba parado Srebnitz. Acercándose más al intruso le dijo, mirándolo fijamente:

—Hlaka está furioso contigo. —¿Hlaka?— preguntó azorado—. ¿Por qué? Los demás hombres se estaban aproximando ahora al sitio donde él se hallaba, y entre ellos distinguió a Gregor. Su cara se iluminó por un instante al reconocerlo, pero la expresión de Gregor no era de buenos amigos y en los demás rostros no era más cordial la bienvenida, como si una sonrisa o un recibimiento alegre no fuesen posibles en la Montaña bajo la ira de Hlaka. Srebnitz abrió el pequeño bolso y extrajo de él el jamón y las rebanadas de pan, murmurando al mismo tiempo:

—He traído esto...

Abriendo la pechera de la camisa sacó el tocino que guardaba junto a su cuerpo y de sus bolsillos extrajo los paquetes de té y azúcar, depositándolo todo dentro del saco que contenía el jamón y el pan. Los ojos de todos los presentes mostraron interés. Luego Gregor se adelantó y llevándolo de un brazo hasta separarlo del grupo, le dijo en voz baja y grave:

—¿Por qué no traías el fusil con la culata hacia adelante, como te dije?

—Estaba tan oscuro que nadie pudo haberme visto. Debí recordarlo cuando comenzó a clarear.

—Hlaka puede ver en la oscuridad —le reprochó Gregor.

—Lo siento de veras —musitó Srebritz.

—Y para colmo —prosiguió Gregor—, te quedaste dormido. Hlaka no deja que ninguno de sus hombres se duerma antes de estar bien seguro del refugio elegido. ¡Y tú te duermes en el camino!

—A un costado del camino —corrigió Srebritz.

Pero Gregor no le prestó atención. Su rostro tenía una expresión grave, y por unos momentos caminaron en silencio.

—¿Quién me quitó el fusil? —inquirió Srebritz.

—Debes preguntárselo a Hlaka —le contestó Gregor—. Él es el amo de la Montaña.

—¿Pero cómo lo sabrá? —insistió Srebritz.

—Nada sucede en la Montaña sin que lo sepa Hlaka —afirmó Gregor.

—¿Qué crees tú que hará ahora?

—Está muy disgustado —prosiguió Gregor. Luego mirando la mano derecha y la manga manchada en sangre de Srebritz exclamó—: ¡Ya está; acabo de tener una idea! Tan pronto como veas a Hlaka trata de darle la mano. Él te la estrechará cuando vea esa sangre. Y entonces, quizá...

—¿Pero dónde está Hlaka? —quiso saber Srebritz.

—Ya te lo he dicho —exclamó Gregor—. Está en la Montaña. Tú sólo tuviste que llegar a la Montaña para hallarlo.

—¿Pero en qué parte de la Montaña?

—Aquí mismo —dijo Gregor.

Y descendiendo la ladera de una pequeña colina rocosa Srebritz volvió a ver al viejo pastor, esta vez más alto y erguido que la primera, y aún más fiero. Como todos los demás, él llevaba un fusil, y Srebritz pensó que reconocía en ése al suyo; al menos tenía una mancha de sangre del mismo tamaño en la misma parte de la culata. Al acercarse Hlaka a la pequeña planicie, Srebritz caminó hacia él y estiró su mano derecha, como le aconsejara Gregor, en dirección a la adusta figura. Hlaka le dirigió una mirada penetrante.

—¿Es la sangre de un hombre? —le interrogó, cambiando el fusil de mano y señalando la manga de Srebritz.

—Sí —respondió éste.

—Entonces te estrecharé la mano —dijo Hlaka, y una sonrisa fría apareció en sus labios.

—¿Podría devolverme el fusil? —preguntó Srebnitz, animado por esa sonrisa.

—¡No! —exclamó Hlaka—. Tú tienes las manos de un hombre, pero el cerebro de una oveja. —Luego se dirigió a Gregor y dijo—: Enséñale a tener más sentido común. Sólo entonces tendrá su fusil.

Gregor comenzó al instante:

—No debes gritar en la Montaña —le explicó—. Si nos necesitas en cualquier momento durante las horas del día, enciende un fuego y aléjate de él tan rápido como puedas por espacio de diez minutos a favor del viento. Siempre hay algo de viento en la Montaña. Y alguno de nosotros llegará hasta ti, a diez minutos de camino del lugar del fuego. Si necesitaras de nosotros en las horas de la noche, enciende dos fogatas, distantes varios metros entre sí, y la segunda, que debe ser la más pequeña, mostrará la dirección en la que has huido. Camina durante un cuarto de hora y después aguarda a que alguien llegue hasta ti. Y debes obedecer las órdenes. Ya te dije que llevaras el fusil con la culata hacia adelante. Cualquier hombre desconocido por Hlaka que llevara su fusil de otra manera podría ser muerto en la Montaña.

—¿fue Hlaka quien me quitó el fusil? —preguntó Srebnitz.

—Hlaka nos enseña lo mismo a todos —fue lo único que respondió Gregor.

—¿Todavía hay algo más que aprender? —se asombró Srebnitz.

—Escucha —empezó Gregor—. Ahora hay solamente una cosa que aprender en Europa. Tú llevabas tinta y pluma a la escuela, y el maestro te enseñaba a usarlas y te explicaba todo. Ahora tienes un cuchillo y te hallas bajo la dirección de uno de los más grandes maestros de este pedazo de Europa, y de esto no sabes nada. Pero ya aprenderás lo suficiente como para acostarte en un lugar donde nadie pueda encontrarte. Sabrás que no hay que gritar cuando el enemigo nos rodea por doquier. Aprenderás a no remover las cenizas de fuegos que han sido ocultados. Te enseñaremos cien cosas más, y cuando las hayas asimilado tú salvarás a La Tierra juntamente con nosotros, y marcharás de vuelta a la ciudad cuando la bandera ondee otra vez, o quizá vivirás para siempre en un bronce en el centro de la plaza. Has traído una cartera llena de excelentes libros —exclamó Gregor, señalando el bolso que contenía el pan, el jamón y los paquetes de té y azúcar—. Ya aprenderás.

—También traje estos cartuchos —dijo Srebnitz, mostrando su bandolera, porque su reputación había caído muy bajo y quería compensar un poco su torpeza.

—Ya veo —asintió Gregor—. Cuéntame cómo los conseguiste.

Srebnitz le narró la historia, recorriendo de punta a punta el aplanado terreno entre los diminutos picos. Gregor escuchaba con la atención de un maestro que oye la lección de un niño. Cuando Srebnitz hubo terminado, su interlocutor movió la cabeza.

—Lo hice bien, ¿no es cierto? —preguntó Srebnitz.

—No —respondió Gregor—. No debiste haber clavado la bayoneta en aquella

puerta.

—Pero ¿por qué no?

—Ésa es otra de las cosas que debes aprender —continuó Gregor—. De ese modo señalaste la dirección en que te encaminabas. Y esa calle desemboca directamente en la Montaña.

—Ya comprendo... —reconoció Srebnitz.

—Debes estudiar estas cosas —dijo Gregor—. Hay sólo una materia de estudio para toda Europa, y no existe mejor maestro que Hlaka. Pero es muy severo.

—Trataré de hacerlo lo mejor posible —prometió Srebnitz.

—¿De qué lado está soplando el viento? —dijo Gregor.

—No sé —replicó Srebnitz.

—Debes saber siempre la dirección del viento —le indicó Gregor.

Se oyó un silbido apagado, y todos los hombres de la pequeña planicie comenzaron a dispersarse entre las rocas.

—Se acerca un avión —dijo Gregor.

—¿Dónde está? —preguntó Srebnitz.

—No podemos verlo todavía —dijo Gregor—. Tenemos un detector de sonidos que nos anuncia su proximidad. Vayamos a esas cuevas. —Y señalando hacia las cavidades abiertas al pie de las rocas, donde a veces se detenían a descansar los rebaños, Gregor se encaminó hacia una de ellas seguido de cerca por Srebnitz.

—No debes abandonar tu saco con las provisiones en el suelo —le observó Gregor.

Srebnitz corrió a recogerlo, mientras Gregor caminaba hacia el refugio de las rocas. Srebnitz estuvo nuevamente a su lado cuando aquél alcanzaba la entrada.

—Allí viene —dijo Gregor, indicando con la mano una manchita en el cielo. Ambos se hundieron en la oscuridad de la cueva. El avión rugía encima y lo oyeron avanzar hacia el norte. Cuando hubo pasado, Srebnitz comenzó a arrastrarse fuera de la cueva, pero Gregor le ordenó esperar—. Si está registrando la Montaña —dijo—, pronto volverá nuevamente. Pero el avión no retornó. Tenía otra misión que cumplir.

—¿Dónde está el ejército? —preguntó Srebnitz, sorprendido al descubrir que el avión nada había visto.

—Algunos de ellos están entre aquellos picos —contestó Gregor. Pero el tono de voz de Gregor le trajo una sospecha a Srebnitz.

—¿Dónde está el cuerpo principal de ese ejército?

—Es lo bastante numeroso para llenar su misión —dijo Gregor—, y crece día a día.

—¿Somos nosotros el cuerpo principal? —preguntó Srebnitz.

Gregor sonrió, pero nada dijo, y más tarde en el día Srebnitz se enteró de que el ejército total de la Montaña sólo consistía de quince hombres. Sus esperanzas de verse admitido crecieron. De pronto Gregor habló nuevamente.

—No creas que somos demasiado pocos. Cada hombre tiene doscientos cartuchos

y todos nosotros usamos la cabeza sensatamente. La Tierra será libre, y nosotros seremos quienes le daremos esa libertad.

Ahora Hlaka y todos sus hombres, pues cinco más habían descendido la Montaña, estaban reunidos en el centro de la pequeña planicie, donde la tierra arenosa había sido arrojada sobre las cenizas del fuego.

—Tenemos un día nublado —observó Gregor—, comeremos una cena caliente.

Srebnitz, que en el momento no entendió lo que Gregor quiso significar, continuó en silencio. Pero tan pronto como se encendió el fuego comprendió lo que su imaginación no veía: que las laderas circundantes ocultarían la columna de humo y que las ligeras nubes que flotarían sobre la fogata sólo serían visibles contra un cielo claro.

Un montón de arbustos secos bastó para encender el fuego, y uno de los hombres permaneció a su lado con un puñado de pasto seco en sus manos que colocaba bajo las ramitas que producían mucho humo, convirtiendo a éste en llamas. De la cueva sacaron un trípode y un caldero en el que cocinaron la carne de oveja. A un costado del fuego yacía un bulto que Gregor explicó a Srebnitz era una frazada húmeda lista para ser arrojada sobre el fuego si aparecía el avión. Parecía que había tanto que aprender en la Montaña como en el día en que un niño entra por vez primera en contacto con las matemáticas, y Gregor le explicó que los bordes de la frazada habían sido cortados en forma de ondas, pues pocas cosas en la naturaleza son rectas y angulares, y todas las que lo son se destacan de inmediato y atraen la atención. Y Gregor continuó diciendo que cuando la frazada era usada los hombres pisaban encima de ella y arrojaban sobre la misma puñados de tierra para disimular su color.

El cocinero había sido, sólo unos días antes, chef de uno de los mejores hoteles de la ciudad, al que abandonara antes de la llegada de los alemanes. Al enterarse de que el gerente se disponía a recibir oficiales alemanes, llevóse consigo todas las ollas, sartenes y cuchillos que necesitaría para cocinar. Era un hombre bondadoso, de rostro rubicundo en el que había una expresión alegre, ensombrecida a veces por una inexorable determinación. Él, como todos los demás a excepción de Hlaka poseía un hirsuto mentón. Hlaka, tal vez orgulloso de su bigote renegrido, no permitía que crecieran pelos grises a su alrededor, y, por consiguiente, se afeitaba la barba. O quizá pensara que su rostro era tan conocido en La Tierra que al alterar su aspecto cometería un delito, como si falsificara la efigie de una moneda.

Todos los hombres emplearon para cortar la carne los filosos cuchillos parecidos al que Srebnitz usara para conseguir el fusil que ahora había perdido. Se sentaron formando un círculo alrededor del fuego, ocupando Hlaka la cabecera; es decir, mirando hacia la ciudad.

Un destello de genialidad apareció en su rostro inflexible, sentado ahí junto a sus hombres; y aunque todos tenían aspecto de bandidos por sus armas y ropas, y de forajidos por su situación, había en los ojos de esos proscriptos algo que no condecía con tal apariencia. Tampoco era ése el aspecto de la gente de un país caído; parecían

hombres escapados de la prisión, no criminales, sino más bien gorriones alegres sobre el alféizar de la ventana de una casa de tormentos. La libertad nunca les había parecido tan preciada en esa tierra como lo era ahora cuando se hallaban tan lejos y todos ellos gozaban por completo del lujo de ser libres. La derrota en que estaba sumida allá abajo la ciudad, que yacía bajo la sombra de Hitler, no impedía a los hombres de la montaña gastar bromas mientras se servían el dulce y resinoso vino. Xo importaba el pasado, pues el presente era alegre, y el futuro, para ellos, radiante.

Aunque a Srebnitz no se le había devuelto todavía el fusil, le era, en cambio, permitido unirse a estos hombres, y pronto ellos supieron cómo llegó a perder a sus padres. Hlaka alzó la vista y le preguntó el nombre del mayor prusiano que había juzgado incorrecta la actitud de su madre. Srebnitz se enteró del nombre del oficial antes de abandonar la ciudad, mientras éste dormitaba en un sillón de la casa: era el mayor von Wald, y así se lo hizo saber a Hlaka. Éste ordenó al hombre que se hallaba próximo a él:

—Tráeme el libro.

Y el hombre se introdujo en uno de los huecos que quedaban entre las grietas de las rocas, apareciendo luego con un libro de cuero en la mano, en tanto que otro le alcanzaba a Hlaka tinta y lapicera. El jefe tomó la lapicera, hecha de la pluma de un águila, y la mojó en la tinta al mismo tiempo que explicaba a Srebnitz:

—Significa la muerte para quien tenga su nombre escrito en este libro.

Al terminar de escribir arrojó un poco de arena sobre el nombre anotado y entregó el libro a uno de sus hombres para que volviera a colocarlo en sitio seguro.

Las nubes que se juntaran por la mañana se volvieron más negras al promediar la hora del almuerzo, y antes de terminar de comer cayó uno de esos aguaceros que desbordan por unas pocas horas los cursos de agua de las montañas; cursos que por lo general se hallan secos, a excepción de algunos charcos que yacen en los pozos más profundos y dan vida a mariposas y ovejas, y a otras vidas de las que poco conocemos. La lluvia se desprendió repentinamente de las nubes del norte y auxilió a ese pequeño grupo de hombres libres a apagar su fuego, y a Srebnitz a lavarse la mano derecha. Dos hombres retiraron el caldero y su trípode, el cocinero se alejó con sus ollas y sartenes, mientras otros arrojaban arena húmeda sobre las cenizas, y todo ellos buscaron refugio en las bajas cavernas. Y pronto no quedaron ni rastros de hombres en la Montaña, ni señal de que hubiera hombres libres viviendo en La Tierra.

## VII

**E**N la pequeña caverna, refugiándose de la lluvia, las lecciones de Srebnitz continuaron. Gregor le explicó que había cinco mil alemanes en el pueblo y que, uno por uno, éstos debían ser muertos. Lo principal —dijo— es no dejarse ver, y le enseñó cómo esconderse tanto delante como detrás de los obstáculos naturales, y le mostró dónde estaría el horizonte para cualquier observador de abajo, para que nunca se colocara entre los ojos de un alemán y el cielo. Le explicó acerca del montecillo de robles, del brezal y de las distintas maneras de ocultarse. Nunca debería disparar un tiro a más de cien metros de distancia. Tal vez Hlaka lo hiciera desde doscientos metros, pero a nadie más le estaba permitido hacer fuego desde una distancia mayor de los cien metros. La infantería a veces dispara desde mil metros —afirmó Gregor—; pero eso ocurre en la guerra, y en la guerra se necesita una tonelada de plomo para matar a un hombre. Éstas eran guerrillas, y no podían disponer de una tonelada de plomo. Si no malgastaban un solo cartucho y no se dejaban ver, con el tiempo aniquilarían a los alemanes.

—Pero, ¿no harán los alemanes lo mismo, y nos matarán a nosotros? —preguntó Srebnitz—. Y ellos nos sobrepasan en trescientos a uno.

—No —repuso Gregor—. No tienen cabeza para eso. Planes maravillosos son elaborados para ellos por hombres muy capaces de hacerlos. No hay planes mejores en el mundo. Planes que han sido estudiados y ejecutados durante años, mientras nosotros dormíamos. Y no hay mejores hombres que los alemanes para llevarlos a cabo.

—Entonces, ¿por qué no dan resultado? —inquirió Srebnitz.

—Dan resultado —replicó Gregor—. Cruzaron la línea Maginot y conquistaron a Europa y se han apoderado de toda La Tierra, menos de la Montaña. Eran planes brillantes, bien ejecutados. Pero no elaboraron ningún plan para pelear en un monte de robles, en una montaña; y ahora, ya es muy tarde.

—¿Por qué es muy tarde? —volvió a inquirir Srebnitz.

—No lo sé exactamente —dijo Gregor—. Pero todos los planes fueron trazados hace muchos años, cuando Hitler hablaba de paz, y ahora tienen que seguirlos. Todo lo que han hecho estaba previsto. Y nosotros, por supuesto, que no habíamos previsto nada, perdimos donde ellos ganaron. Pero lo que no vieron no lo planearon; y sin planes... nada puede hacer un alemán. Ellos previeron todos los acontecimientos para el curso de dos años, pero esos dos años están llegando a su fin, y los planes no siguen más allá. Pronto serán como niños perdidos en la oscuridad. Hlaka hará sus planes de hora en hora. Ellos pedirán más planes a sus grandes generales, y éstos buscarán entre sus papeles y no encontrarán ya lo que buscan.

—¿Y podemos pelear contra cinco mil hombres? —interrogó Srebnitz.

—¿Y por qué no? —respondió Gregor—. Cinco mil hombres no pueden dar muerte a un conejo. Algunos hombres han nacido cazadores. Los alemanes son

organizadores de nacimiento. Buenos organizadores; pero nosotros somos mejores cazadores.

—¿Venceremos entonces? —dijo Srebnitz, aunque no muy convencido de sus palabras.

—Desde luego que sí —afirmó Gregor—. Pero debes obedecer a Hlaka.

Entonces Gregor levantó el pequeño rifle de aire comprimido que se hallaba en la caverna y le alcanzó una pala a Srebnitz, a quien ordenó que lo siguiera para practicar el tiro al blanco.

—Pero puedo disparar desde aquí... —opuso Srebnitz.

—No —dijo Gregor—. Jamás abrimos fuego hasta no estar escondidos.

—Pero es que aquí no podrá verme nadie.

—No; así resulta muy sencillo. No siempre puedes dirigirte a una cueva cuando quieres disparar tu fusil. Debes aprender a esconderte en la Montaña donde quiera que estés.

—¿Para qué necesitamos la pala? —preguntó Srebnitz, mientras abandonaban la cueva.

—Todos llevamos palas o azadas —dijo Gregor—. Es necesario por si tenemos que escondernos. Y no nos es permitido disparar hasta no haber hecho esto primero.

Gregor lo encaminó hacia el final de la ladera que miraba hacia la ciudad.

—¿No pueden vernos aquí? —preguntó Srebnitz.

—Hlaka quiere que nos hagamos ver un poco en la Montaña hoy —repuso Gregor y siguieron hasta alcanzar el brezal y el montecillo de robles. Allí ordenó esconderse a Srebnitz.

—¿Dónde? —preguntó éste azorado.

—En cualquier parte —respondió Gregor.

Y Srebnitz se acostó detrás de un arbusto y tomó el rifle de aire comprimido de manos de Gregor. Luego éste colocó una caja de fósforos sobre una piedra a setenta pasos de allí, al pie de la ladera. Después volvió al lado de Srebnitz.

—Desde aquí te divisó claramente —le dijo—. Sólo tienes la cabeza y los hombros escondidos.

Y le hizo cavar más hondo para poder ocultarse mejor. Cuando se aseguró que no podría ser visto desde ese punto por un hombre en pie, hizo una señal a Srebnitz. Y éste comenzó a disparar con su arma, mientras Gregor corregía su puntería a cada disparo. Srebnitz disparó cerca de cuarenta perdigones, y su amigo estuvo satisfecho con la demostración.

—Todo lo que debes hacer ahora —dijo— es aprender a esconderte.

—Me temo que haya sido sólo con el rifle de aire comprimido —dijo Srebnitz, sintiendo que debía despreciarse un poco después de los elogios de Gregor.

—Un rifle de aire comprimido es lo mejor después de un fusil militar —dijo Gregor—, porque la mira es oscura. Los rifles para deporte no son buenos, pues tienen las miras brillantes. Nadie puede divisar con precisión un blanco brillante a

través de una mira reluciente. Pero los nuestros son todos fusiles militares y son perfectos.

Luego regresaron a la pequeña planicie descubierta, la cual, con las cuevas cavadas en la roca a su alrededor, constituía el hogar que los guarecía.

Todavía llovía cuando entraron en la cueva; pero Gregor explicó a Srebnitz que ellos no prestaban atención a la lluvia, pues, como se decía entre los pastores, y como los hombres de Hlaka lo atestiguaron, las enfermedades eran inadmisibles en la Montaña. Antes de acostarse se arroparían con mantas secas y calentadas junto al fuego.

Hlaka había estado inspeccionando los alrededores, observando las nubes, las que antes del atardecer desaparecieron, lo que permitió a Hlaka enviar un mensaje, por medio de los reflejos del sol, a la ciudad.

—¿Qué mensaje está enviando? —preguntó Srebnitz.

—Les indica los nombres de oficiales alemanes que están anotados en ese libro —le contestó Gregor—. Tal vez ahora está dando el nombre del mayor von Wald.

Por tres veces envió Hlaka sus señales a distintas partes del pueblo.

—¿Les ha dado la dirección del mayor? —interrogó Srebnitz, pues los reflejos proyectados le parecieron muy pocos.

—No —dijo Gregor—, no envía las direcciones. Ya sabrán dónde encontrarlo, allá.

—¿Qué clave usa? —dijo Srebnitz.

—Ninguna —respondió Gregor—. Solamente envía los nombres usando el alfabeto Morse.

—¿No tomarán precauciones contra ello? —preguntó Srebnitz.

—Sí —dijo Gregor—, tomarán muchas, pero serán de escaso valor contra nosotros.

Y desde ese momento Srebnitz comenzó a experimentar la sensación de que había una extraña fuerza oculta en Hlaka, con su reducido grupo de hombres en la Montaña, una fuerza que desde sus comienzos había tenido la audacia de desafiar el poder de los alemanes, una fuerza creciente de la que la esperanza musitaba que algún día llegaría a liberar La Tierra.

No había hecho las señales desde la cercanía de las cavernas, sino desde el límite de la Montaña que quedaba más al oeste. Cuando regresó a la cueva, uno de sus hombres se acercó a Gregor, portador de un mensaje, y Gregor le informó a Srebnitz que antes de la puesta del sol se trasladarían a otra zona de la Montaña. Le explicó que los demás ejércitos se alinean antes de iniciar la marcha, pero que los hombres de Hlaka hacían lo contrario; se dispersaban y luego se reunían con Hlaka al caer la noche en un determinado lugar.

Las nubes de tormenta del poniente se tornaron doradas y los hombres de Hlaka vieron en ellas reflejarse una gloria profética. En la ciudad los alemanes también observaron el mismo áureo esplendor; mas si entre ellos hubieran contado con

augures capaces de profetizar el futuro, con seguridad hubieran adivinado una amenaza en aquel atardecer, que para los hombres de la Montaña sólo significaba la gloria.

## VIII

**L**OS pájaros sobrevolaban la Montaña hacia el silencio y el crepúsculo, y uno tras uno, los hombres de Hlaka salieron de sus cuevas, caminando un trecho hacia el oeste y desapareciendo luego. Todos conocían el punto de reunión excepto Srebnitz que siguió sigilosamente a Gregor. Avanzaron por entre el campo de brezos hasta cerca del lugar donde terminaba, sobre las rocas desnudas de la Montaña. Caminaban en medio de una huella que Srebnitz apenas podía distinguir, casi oculta por los agrestes arbustos, siguiendo los pasos de Gregor, hasta que éste no fue más que una negra sombra en la noche. Finalmente arribaron al punto de reunión, donde hallaron a Hlaka rodeado de algunos de sus hombres, mientras los demás aparecían silenciosamente de distintas direcciones. Todos traían atados de leña bajo el brazo, que arrojaban a los pies del jefe. Con el auxilio de unos manojos de paja seca, encendieron el fuego, y pronto las grandes llamaradas dibujaban fantásticas imágenes en la Montaña. Los hombres se quitaron los sacos y los pusieron a secar junto al fuego.

Srebnitz miró hacia la ciudad, pues se hallaban cerca de la parte más alta del cerro y podían divisar claramente las calles del pueblo.

—¿Por que no enciende el fuego del otro lado de la Montaña? —interrogó Srebnitz.

—Eso lo decide Hlaka —fue la respuesta de Gregor.

Éste, seguido de Srebnitz, se encaminó hacia el fuego, donde el cocinero ya estaba ocupado con sus sartenes. Todos los hombres, menos uno que se mantuvo de pie para vigilar, se sentaron; no en círculo alrededor del fuego, sino en semicírculo, mirando hacia el oeste. El cocinero había preparado tajadas de jamón que pronto estuvieron listas y distribuidas en platos de latón. Cuando el jamón fue comido se sirvió una botella de vino. Luego uno de los hombres, Iskander, comenzó a ejecutar una música en un instrumento de cuerda con arco, y se disponía a cantar cuando el hombre que se hallaba vigilando gritó:

—¡Fogonazo!...

Se levantaron rápidamente y dos de los hombres ayudaron al cocinero, abandonando el fuego y dirigiéndose al punto de donde habían venido.

Después oyeron el estampido de un cañón cuyos ecos se introducían en los pequeños valles que cortaban a la Montaña, oyéndoselos al fin en los picos, saltando de roca en roca, para luego perderse en la noche. Más tarde oyeron el zumbido de una granada que se dirigía hacia ellos, cayendo a doscientos pasos del fuego, estallando y haciendo volar los fragmentos por la Montaña.

Cuando el último de los ecos de la explosión hubo descendido de los picos de los cerros, como montañeses muertos hacia el silencio y las tinieblas, Srebnitz vio el resplandor de un nuevo disparo en la ciudad.

Los hombres que se habían arrojado al suelo cuando oyeron llegar la primera

granada se incorporaron ahora y se alejaron aún más del fuego, para volverse a estirar sobre la tierra al oír el silbido de la segunda granada, que estalló cerca de la cima del cerro.

De nuevo retomaron la marcha, y Srebnitz divisó un tercer fogonazo y oyó el estampido del cañón enviar sus ecos a través de la Montaña. La granada estalló en el lugar donde habían estado reunidos hacía unos minutos, lanzando destellos de oro y de rubí, y los hombres de Hlaka prorrumpieron en exclamaciones entusiastas, pues admiraban la buena puntería.

Después todos regresaron a las cuevas que utilizaban para dormir.

—Hlaka quiere que nos vean un poco aquí arriba —Gregor le explicó a Srebnitz—, porque necesita más fusiles.

Srebnitz, que comenzaba a aprender algo de la vida en la Montaña, empezó a darse cuenta de la estrategia de Hlaka.

—¿Vendrán aquí a buscarnos? —dijo.

—Sí —respondió Gregor—, vendrán, ya lo verás.

—¿Me devolverá Hlaka mi fusil?

—Todos los fusiles son de él en la Montaña —dijo Gregor—. Pero le diré que acertaste en el blanco a setenta pasos y tal vez te lo entregue.

—¿Vendrán los alemanes mañana? —preguntó Srebnitz.

—Sí —dijo Gregor—, con toda seguridad vendrán mañana. De ese modo nos haremos de más fusiles.

En la llanura se sentía el calor del verano, pero en la Montaña las brisas frescas del día se convertían en vientos fríos durante la noche.

Srebnitz llegó a saber que el fresco de la noche venía tanto de arriba como de abajo, del oeste como del este, y Gregor le aconsejó no echarse las frazadas por encima del cuerpo, sino que se envolviera en ellas.

Además de frazadas, Srebnitz tenía un colchón de cerca de un pie de espesor, confeccionado de paja, que todos los hombres usaban en lugar de camas y que los protegía no sólo de la dureza del suelo, sino también del frío.

Los vientos que soplan en la noche y susurran a su paso, los perros que ladran a lo lejos, las voces de la noche, y todos los demás ruidos que mantienen despiertos a los que por primera vez duermen bajo las estrellas, fracasaron al intentar mantener despierto a Srebnitz por mucho tiempo. Al principio sintió las incomodidades de no tener cama, ni casa donde guarecerse, y hasta encontró en todo ello un motivo de gozo; más tarde la idea de que se hallaba en la Montaña para colaborar en la liberación de su pueblo se hizo grande en su cerebro, hasta que, atravesando la frontera del país de los sueños, brilló fulgurante entre los demás pensamientos de su excitada mente.

## IX

**G**REGOR y Srebnitz se encontraban en la misma cueva, en la cual se introdujo, temprano en la noche, el hombre que había estado de guardia. Nada parecía molestar a Srebnitz, hasta que un rayo de luz y el canto de un pájaro lo despertaron. Eso al menos le pareció a Srebnitz; mas se notaba una perturbación en el pequeño campamento, y cierto presentimiento que a todos embargaba era tal vez lo que llenaba el ámbito del refugio, y la causa del despertar de Srebnitz.

Gregor, que ya se había levantado, llamó a Srebnitz para anunciarle que el desayuno estaba preparado, y éste salió de la cueva y caminó junto a Gregor sobre la pequeña planicie hacia donde se hallaba el fuego encendido y el cocinero preparando las tajadas de tocino. Hlaka y la mayor parte de los hombres estaban sentados junto a las llamas. Srebnitz, entusiasmado por la nueva vida que estaba viviendo, y ansioso de saber lo más posible, preguntó a Gregor, mientras caminaban hacia el grupo de hombres, qué harían esa mañana.

—Primero desayunaremos —dijo Gregor.

Pero ya se oía el siseo del tocino en las sartenes, y Srebnitz quería saber más.

—¿Y después? —preguntó éste.

—Después —agregó Gregor— iremos al brezal. Los alemanes vienen hacia aquí.

—¡Los alemanes! —repitió Srebnitz.

Hlaka, que estaba junto al fuego mirando hacia la ciudad, escuchó la conversación sostenida por los dos amigos y le gritó a Srebnitz:

—Anoche vieron nuestra luz. Fueron buenos observadores. Ellos no pueden distinguir el fuego que se anida en los corazones de los hombres libres, pero vieron nuestro fuego en la Montaña. Dieron en el blanco; por lo tanto, sabemos que no son del todo ciegos. Pero se acercarán más para investigar.

Y después Srebnitz dijo inconscientemente, sin pensar en las palabras que estaban más cerca de su corazón:

—¿Tendré mi fusil?

—¿Tu fusil? —exclamó Hlaka, reflexionando. Y al cabo de un instante, dijo—: Sí, si puedes quitármelo mientras duermo.

—Nunca lo hallaré durmiendo —dijo Srebnitz suspirando.

Estas palabras parecieron causarle placer al jefe.

—No —dijo seriamente, y luego agregó—: Toma tu fusil —y se lo entregó a Srebnitz, que se encontraba a su lado—. Y puedes poner los cartuchos en tu bandolera —continuó—. Pero si malgastas más de cinco, nunca te daré más. —Y Hlaka volvió a su desayuno.

Srebnitz llegó a saber por la conversación entre los hombres a su alrededor que un avión había evolucionado sobre el lugar a la mañana temprano, sin despertarlo, y había registrado cuidadosamente la Montaña; que más tarde unos cincuenta hombres fueron vistos marchando hacia la Montaña, pero que ahora habían desaparecido de la

vista. Escuchaba a los hombres que hablaban acerca de lo que iba a suceder. Entretanto miraba con cariño a su fusil.

Cuando los hombres terminaron el tocino, se sirvió el café, en el que había de uno a dos dedos de arena depositados en el fondo de las tazas de latón, pero así y todo era el mejor café que Srebnitz había probado hasta entonces, y mientras los hombres lo bebían, Hlaka les explicaba la tarea a realizar. Los alemanes vendrían, dijo, por el único camino, con guías al frente; si traían también guías a cada lado, caminando por entre los arbustos y brezales, la marcha de las fuerzas sería tan lenta que resultaría fácil terminar con ellos. Pero no tendrían paciencia para eso, y todos irían por el camino. Donde la ladera se erguía empinada sobre el camino, a unos setenta pasos hacia la retaguardia, oculto entre los brezos, estaría Iskander, que mataría a cuantos pudiera. Si lo atacaban en la Montaña, se apartaría de ellos corriendo de arbusto en arbusto, y mataría a muchos más en su camino. Pero obrarían con más sentido, rodeándolo a la izquierda y derecha, donde se encontrarían con otros de los hombres de Hlaka en acecho. Siete de los hombres se apostarían en esa forma, y Hlaka permanecería con los demás junto al camino, mucho más abajo, esperando al resto de las fuerzas alemanas.

—Tú puedes ir con Iskander —dijo, dirigiéndose a Srebnitz—, y si te dejas ver, ya no me servirás más y los alemanes pueden llevarte.

Luego se dispersaron, y cada hombre desapareció rápidamente de la vista de los otros o de cualquiera que estuviese vigilando la Montaña. Mientras los hombres de Hlaka abandonaban el fuego y terminaban el desayuno, los alemanes comenzaron a aparecer por entre el bosquecillo de pinos, a través del cual había llegado Srebnitz. Iskander y todos los demás habían atravesado el cerro que les servía de defensa septentrional, marchando hacia la izquierda hasta llegar a los vallecitos o grietas a lo largo de los cuales podían avanzar sin ser vistos, y descendieron la ladera que daba al lado ocupado por los germanos. Una vez cruzado el cerro en compañía de Iskander, Srebnitz perdió de vista al resto de los hombres. Llegaron hasta un arroyito robustecido por las recientes lluvias, y a cuya vera crecían árboles de dos y tres veces la altura de un hombre, como no crecían en ningún otro lugar de la cumbre de la Montaña. Iskander llevaba consigo su instrumento de cuerda, receloso de confiarlo a la custodia de sus camaradas que quedaban en las cuevas, donde los alemanes podrían encontrarlo y hacerlo pedazos, pues el fuego fue dejado encendido con la intención de guiarlos hasta la Montaña, más allá de donde las fuerzas de Hlaka estarían esperándolos. Atravesaron un bosquecillo al compás de su música y del canto de las viejas melodías de La Tierra. Al salir del bosque desembocaron en un campo de mirtos y brezos, y desde allí contemplaron en toda su extensión el camino que corría a sus pies.

—Allí los tienes —exclamó Iskander. Y vieron a los alemanes marchando con tres guías al frente, todos sobre el camino.

Srebnitz se descolgó el fusil del hombro y lo apretó en sus manos, llevando los

dedos hacia el gatillo. Iskander cesó de tocar su monótona música, a la vez que le decía:

—Si Hlaka te viera haciendo eso, te haría azotar.

El muchacho retiró con presteza los dedos del gatillo.

—Nadie hace eso nunca —continuó Iskander—, excepto cuando está dispuesto realmente a disparar o en pose para ser fotografiado. Hoy no estamos para fotografías y los alemanes se hallan a dos millas de aquí. Déjate entonces de tonterías.

Srebnitz quedó atónito ante las palabras de su acompañante y aun más avergonzado de su propia torpeza, pero estaba aprendiendo algo nuevo a cada momento. Iskander, con el fusil todavía pendiendo del hombro, siguió ejecutando los aires que en los pasados atardeceres de verano habían adquirido forma en La Tierra, aunque ahora dejó de cantar. Descendieron la ladera hasta arrimarse al camino, sobre el que la colina caía a pico. Sólo tenían que agacharse un poco para quedar ocultos tras el terraplén del camino. Allí se detuvieron, y en primer término Iskander hizo que se escondiera Srebnitz, después de elegir su propio arbusto protector; así lo hizo Srebnitz, sacando provecho de todas las lecciones aprendidas de Gregor el día anterior. Iskander se echó boca abajo y lo observó, quedando satisfecho. Luego se alejó gateando unos cuantos metros de allí, descolgó su fusil y se echó de nuevo en tierra. Desde ese punto alcanzaban a divisar el camino a unos cincuenta o sesenta metros hacia adelante, hasta que éste se perdía tras una curva de la colina; hacia la izquierda no veían nada de él, pues a escasos pasos torcía hacia atrás al descender de las altas cumbres. Iskander continuaba aún haciendo sonar su primitivo instrumento, el que a los oídos de Srebnitz producía un aire marcial, pero en realidad se trataba de una vieja y olvidada canción popular que en la memoria de Iskander se relacionaba con la historia de un pueblo libre. Dejó de cantar, o si lo hacía era ahora inaudible para Srebnitz, a pocos pasos de allí.

—¿Quién disparará primero? —preguntó Srebnitz en voz baja.

—Aquel de los dos que primero consiga tener un alemán dentro de la mira. Pero deja que los guías sigan adelante —replicó Iskander.

Después de lo cual no hablaron más. De tiempo en tiempo Iskander se incorporaba y espiaba a través del brezal, dejándose caer nuevamente. Después de hacerlo por quinta vez, pasó una señal a Srebnitz y se quedó completamente inmóvil. El muchacho vigiló el camino en el punto donde efectuaba una cuna, a cien metros de allí. Entonces oyó el ruido típico de hombres en marcha y muy pronto se dejaron ver dos alemanes con sus pesadas botas. Srebnitz no se movió y los hombres pasaron de largo. Al perderse de vista debajo de él, un tercer hombre apareció en la curva, y cuando hubo desaparecido detrás de los otros dos, el ruido de los pasos se tornó más fuerte.

Entonces hizo su aparición la columna alemana avanzando de tres en fondo. La cabeza de la columna quedaba a sólo un centenar de pasos y Srebnitz estaba a punto de colocar su dedo en el gatillo cuando recordó el escarnio de Iskander. Luego apuntó

su fusil en dirección a los alemanes y se sintió seguro de que no podía errar, pues estaban todos en un solo y apretujado grupo. Nuevamente recordó la orden de no disparar a más de setenta metros, y, sabiendo que sería juzgado por lo que haría ahora que estaba librado a su propia iniciativa, no se atrevió a desobedecer. Los hombres siguieron marchando y no apartó su vista de ellos hasta que le pareció que se hallaban a cerca de setenta metros. Entonces, seguro de su puntería, disparó y sin pérdida de tiempo lo hizo por segunda vez. No oyó el disparo de Iskander, porque aquél coincidió con el suyo.

Los alemanes se dispersaron atropelladamente sobre el camino, arrojándose detrás de los arbustos del costado, mientras Iskander disparaba su segundo tiro y tres hombres quedaban tirados en el suelo. Arrastrándose por entre los brezos, algunos de los alemanes se alejaron en la dirección de donde habían venido, al tiempo que Iskander alcanzaba a otro con su arma. Otros siguieron a la carrera hacia adelante, a la vera del camino, pero agazapados entre los arbustos que los protegían; unos pocos permanecieron delante de Iskander y Srebnitz, disparando llenos de confusión hacia donde ellos suponían que se encontraban los guerrilleros, pero éstos estaban bien escondidos y su presencia era totalmente ignorada.

De pronto Iskander se arrastró hacia adelante, avanzando entre el brezal como una serpiente; y al cabo de un momento disparó un tiro y volvió arrastrándose hasta Srebnitz. Éste oyó por primera vez el intenso silbido de las balas volando sobre su cabeza, pero éstas eran inofensivas, porque él y su camarada quedaban debajo de la línea de visibilidad de los hombres que disparaban contra ellos. Iskander le explicó que los alemanes los estaban rodeando desde ambos costados de la ladera, y que ellos, que ya no podían distinguir a ningún alemán cerca, se arrastrarían hasta un punto más alto del cerro.

—¿Le diste a tu alemán? —le preguntó Srebnitz.

Iskander asintió con la cabeza, y tomó la delantera en la marcha montaña arriba, siempre sin ser vistos por los alemanes. No habían avanzado mucho en esa dirección cuando oyeron el tableteo de una ametralladora, si no eran dos, dirigidas hacia la ladera que quedaba debajo de ellos, desde donde los alemanes estaban atacando el centro de la reducida línea de hombres, el lugar que un momento antes ocuparan los guerrilleros, pero que ahora no era más que brezos y mirtos. Iskander obligó a Srebnitz a torcer más hacia la izquierda, hasta que arribaron a un punto en la montaña que quedaba exactamente arriba del lugar desde donde habían hecho sus primeros disparos, y el mayor de los guerrilleros ordenó a su camarada esconderse allí.

—Subirán directamente por esta ladera —dijo Iskander—, después que hayan terminado con sus ametralladoras. Así lo hacen siempre.

Luego Iskander se escondió mirando hacia abajo. Ahora se distinguían con nitidez las dos ametralladoras, y las balas silbaban sobre sus cabezas. A su izquierda cayeron dos o tres andanadas más, esta vez provenientes del lado derecho, después otra y aun otra más. Los alemanes estaban desarrollando un movimiento de pinzas en

miniatura y los disparos de los costados eran efectuados por los hombres de Hlaka, todos desde cerca y sin malgastar las municiones.

El incesante fuego de las ametralladoras cesó de golpe y el silencio fue roto solamente por dos tiros más a la izquierda y dos a la derecha; de pronto apareció una cabeza por sobre los brezos, subiendo la colina, y luego se vio una línea de diez hombres.

—Aguarda —dijo Iskander. Y Srebnitz esperó hasta estar seguro de que los alemanes se hallaran a menos de setenta metros. Sólo entonces disparó contra uno de ellos, hiriéndolo en el pecho, y en seguida hizo un nuevo disparo, errando el blanco esta vez, mientras Iskander acertaba.

—No malgastes las balas —exclamó éste en voz baja.

Srebnitz recordó que él mismo había malgastado una bala allá en el camino; sin embargo el consejo de Iskander lo tranquilizó.

Los alemanes no los habían visto aún y los tiros que disparaban parecían no servirles de guía, pues no se oyen los fusiles a distancias cortas, sino solamente se percibe el estallido de la bala. Estaban escalando la empinada colina y Srebnitz e Iskander hicieron un nuevo disparo cada uno. Ya no quedaban más enemigos directamente delante de ellos y los seis sobrevivientes que se hallaban a la izquierda de la línea germana ascendieron penosamente la cuesta. Uno de ellos se acercó lo suficiente como para descubrir a los dos compañeros cuando atravesó los arbustos de mirto detrás de los cuales se hallaba Iskander, pero este le dio primero, y los demás continuaron su marcha. Srebnitz e Iskander ya no los veían, y el primero alzó su cabeza por sobre los arbustos, a lo que su compañero le hizo seña para que se volviera a esconder, y se acercó a él. Después, arrastrándose, guió a Srebnitz por entre el brezal, hasta llegar justo debajo de los cinco hombres que ascendieran la montaña unos segundos antes.

Allí se escondieron nuevamente, e Iskander comenzó a entonar un viejo aire marcial de su país. Esta vez lo cantó en voz muy alta, acompañando su canto con la música de su extraño instrumento. Los cinco hombres se detuvieron a escuchar. Iskander no cantó más y sus enemigos descendieron de nuevo la colina. Todavía se oían los tiros de ambos costados. Los alemanes calaron sus bayonetas y bajaron con más rapidez la montaña que la empleada en escalarla, y Srebnitz pensó si podrían detenerlos a tiempo. En ese instante Iskander mató a uno, que cayó junto con su fusil destrozándose contra una roca. Srebnitz le dio a otro, y fue entonces que los alemanes los descubrieron y los tres restantes comenzaron a atacarlos al mismo tiempo que corrían por la montaña. Pero dos de ellos, al atravesar dos obstáculos, una roca y un viejo roble caído, estuvieron por un momento tan juntos entre sí que se convirtieron en un solo blanco, y Srebnitz, sin temor a errar, disparó sobre ellos, derribando a uno de los atacantes.

Ahora se trataba de dos bayonetas contra dos fusiles, dos hombres contra dos.

Los alemanes no podían detenerse a disparar, pues si así lo hacían, mientras se

preparaban a hacer fuego hubieran ofrecido un blanco por demasiado tiempo; así que continuaron descendiendo velozmente por la ladera hasta quedar a pocos pasos de Iskander y Srebnitz, quienes dispararon antes de ser atacados. Iskander y Srebnitz habían dado muerte a quince hombres; si sus tres compañeros de la izquierda y los tres de la derecha habían obtenido los mismos resultados serían pocos los alemanes que quedaban.

Los dos compañeros comenzaron a caminar hacia lo que podía llamarse el flanco derecho, si una línea de ocho hombres puede considerarse suficientemente extensa como para tener flancos. Pero el fuego cesó y los alemanes ya se retiraban bajando la colina, fuera del alcance de aquellos a quienes les estaba prohibido disparar a más de cien metros.

Iskander saltó de su escondite, aconsejándole a Srebnitz que lo siguiera hacia el lugar desde donde habían disparado los primeros tiros, pues tres fusiles se hallaban en el suelo e Iskander temió que los alemanes en retirada, que se encontraban más arriba en la Montaña, recogieran el valioso botín.

Mas estos alemanes se dispersaron entre los arbustos del camino, describiendo un estratégico rodeo para evitar más pérdidas de vidas. Pronto los sobrevivientes de la escaramuza se hallaban a distancia segura, y no había manera de darles alcance, excepto corriendo camino abajo en pos de ellos, lo que hubiera significado ser vistos por los posibles observadores alemanes, estando además prohibido por Hlaka. El grupo de ocho hombres encabezado por Hlaka aguardaba alineado al final de la ruta, oculto entre los matorrales.

Tan pronto como los alemanes desaparecieron de su vista, Srebnitz corrió ladera arriba a recoger el tesoro de los diez fusiles y cientos de municiones, mientras Iskander se apoderaba los tres fusiles que yacían allí y otros dos más a corta distancia.

El fuego había sido tan cerrado que todos los alemanes que viera Srebnitz estaban muertos o moribundos, con excepción de uno de los hombres, que, por ofrecer un blanco tan abierto, había hecho descuidar la puntería de Srebnitz, producto de la excesiva confianza. Este hombre había recibido un balazo entre las costillas, pero no le resultó fatal, y se hallaba echado al borde del camino con el fusil a su lado. Estiró la mano para cogerlo en el mismo momento que Srebnitz se aproximaba a él, pero no pudo conseguir apoderarse del arma. Srebnitz alejó el fusil del alemán herido y con su pañuelo restañó la sangre que manaba del costado del soldado alemán. Lo hizo con una mano solamente, pues no podía confiar bastante en el alemán para desprenderse de su fusil. Sus primeros auxilios fueron en consecuencia lentos, y no había aún concluido cuando apareció Iskander, el que lo contempló con una mirada de tolerancia, pero no le prestó ayuda. Recién al ver a su camarada cerca, Srebnitz dejó caer su fusil fuera del alcance del alemán y observó cuidadosamente la herida del enemigo.

—Ya sabes que Hlaka no quiere prisioneros —observó Iskander.

Pero Srebnitz continuó hasta asegurar su pañuelo sobre la herida con el cinturón del alemán.

—¿Puedes caminar? —preguntóle Srebnitz.

El alemán asintió con la cabeza.

—Entonces huye —exclamó Srebnitz.

El soldado se alejó con paso lento. Iskander lo vio partir en silencio, hasta que llegó al camino y torció hacia la derecha, para regresar por la misma ruta en la que había venido.

—Dile que no nos importa mucho —dijo Iskander a Srebnitz—, pero que si toma ese camino lo matarán.

Así que Srebnitz corrió tras el alemán y le explicó lo mejor que pudo, la mayor parte mediante signos, que sería mejor que encontrara el camino de regreso a través del campo de brezos. El soldado descendió dando tropiezos por la ladera del cerro. No había dicho una sola palabra. Cuando estuvo a una distancia de veinte metros pareció ocurrírsele una idea, y se detuvo un momento a meditar. Entonces, mirando por encima del hombro a Srebnitz, pronunció en alemán una palabra: «Gracias», y siguió su camino.

Srebnitz volvióse hacia Iskander, quien se sonrió como ante una travesura infantil, imprudente pero perdonable, y comenzaron a esconder los quince nuevos fusiles y parte de las municiones, llevando el resto del botín hasta las cuevas de la cumbre.

Los tres hombres que cubrían el flanco derecho estaban ya allí cuando Iskander y Srebnitz arribaron; como uno de ellos era el cocinero, éste ya estaba prendiendo el fuego y preparando la cena. Se preguntaron entre sí cuántos fusiles habían capturado, y luego los tres hombres que llegaron primero saludaron a Srebnitz, mas no se habló mucho y había poco regocijo entre ellos.

Los hombres estaban callados y por primera vez parecían sentir la magnitud de la tarea que habían acometido. Quince hombres escapados del desastre que abrumaba al resto de sus compatriotas y que imponía a miles de ellos la forma más ruda de esclavitud e incitaba a cinco o seis de los más débiles a la traición; quince hombres que no sólo lograron eludir el desastre, sino que se liberaron repentinamente de las leyes y de las restricciones que imperaban en las comunidades, forzados a llevar una vida de frío y hambre y otras privaciones que atraen invariablemente a los hombres que la han conocido; quince hombres unidos por una nueva cadena de amistad, más fuerte que ninguna otra anterior, guiados por un hombre que respetaban y admiraban, aunque a veces los castigaba; estos hombres fueron felices en un principio, regocijándose por los sucesos cotidianos y por su libertad sin límites. Mas ahora, con toda la riqueza de estos nuevos armamentos, cada hombre comprendió que la libertad no era una cosa hermosa y fácil de conseguir, sino que era algo grandioso como una colosal estatua de oro llevada laboriosamente entre los hombres para ser colocada en el centro de la capital. Esto, con lo cual siempre se sueña, no era, en cambio, algo

practicable cuando se disponía tan sólo de quince fusiles; pero ahora, dueños de casi sesenta fusiles, su fuerza parecía ser insignificante y trivial para esperanzarse en liberar con ella un país de manos de un imperio agresor.

Tres hombres más llegaron al campamento y luego de unas pocas preguntas y saludos ellos también se pusieron meditativos y serios.

Y después arribó Hlaka, mas no con todos sus hombres: su ley de que nadie tenía que dejarse ver era bien simple, y la reforzaban con la disciplina que en otros lugares emplean para conseguir que los botones de los uniformes brillen como confeccionados de oro. La Montaña auspiciaba la ley de Hlaka; pero, aun así, las montañas no son fáciles de dominar, y tales reglas no producen siempre el efecto deseado. Dos de sus guerrilleros fueron sorprendidos y cayeron con una bala anidada en sus cabezas.

Hlaka se dirigió en silencio hacia el fuego, sin cambiar la expresión de su rostro. Luego su mirada cayó sobre Srebnitz.

—¿Cuántos fusiles? —le preguntó.

—Quince entre los dos —dijo Srebnitz, señalando a Iskander.

—¿Cuántos cartuchos desperdiciaste? —volvió a preguntar el jefe.

—Dos entre ambos —contestó Srebnitz.

Entonces la dura expresión de su cara cambió; fue un cambio como el que el viento de la noche produce en la Montaña, y Hlaka sonrió.

## X

**S** ENTADOS junto al fuego, los sobrevivientes de los hombres de Hlaka comieron su almuerzo. Era un pequeño fuego hecho con ramitas y pastos secos, pues el límpido cielo les impedía provocar mucho humo.

Habían capturado cuarenta y cinco fusiles, dos ametralladoras y cerca de nueve mil cartuchos.

Hlaka incorporó a Srebnitz a la banda de Libertadores, como él los llamaba, alzando su mano y bendiciendo su fusil en nombre de La Tierra.

—Te nombro —agregó—, como lo son ya todos estos hombres, comandante de una fuerza de cuatro mil soldados. No tenemos aún ese número de hombres, pero nuestras esperanzas los conocen. Vendrán hacia nosotros en el futuro, y tú los mandarás cuando lleguen. Están allí donde nuestras esperanzas los ven y allí permanecerán hasta que nuestras esperanzas desfallezcan, lo que jamás ocurrirá.

Después de esto no habló más. Y todos los demás comentaron la pelea, mientras Hlaka permaneció inmóvil y en silencio, como una imponente roca gris.

A corta distancia, en la pendiente, uno de los hombres de Hlaka manejaba el espejo de señales; mucho más abajo, sobrepasando los picos de los oscuros pinos, se veía el techo de tejas de una iglesia, una réplica en miniatura de la iglesia de Santa Sofía en Estambul, y sobre una de sus oscuras ventanas que miraban hacia la Montaña, una motita de luz oscilaba y bailaba. Esta vez no se usó el código Morse: sólo la manchita de luz tomada del sol sobre el espejo, bailando en él por espacio de cinco minutos.

Y unos pocos minutos después un obispo de la iglesia ortodoxa abandonó la arboleda y el jardín que rodeaban a la iglesia, para dirigirse a una calle de la capital que lo llevaba al pueblo, encaminándose hacia el noreste. Usaba un alto sombrero negro sin alas, una larga sotana negra y una cruz de oro sobre el pecho suspendida del cuello por una cadena, y llevaba un largo bastón negro terminado en un anillo de oro. Tenía una negra barba sedosa y una cara sumamente serena. Atravesó con tranquilidad la ciudad y ningún alemán lo detuvo. Todo lo hacía con una tranquilidad semejante a una puesta o salida de sol.

Cruzó el portón donde Srebnitz había dado muerte al centinela, salió del pueblo por el mismo lado y caminó por el bosque de pinos, y antes de que el sol se hundiera en el horizonte los hombres de Hlaka lo descubrieron. Era una negra figura solitaria, muy pequeña en la distancia, ascendiendo la Montaña. Aún llevaba el mismo ritmo en el paso, caminando sin apuro en lo llano y sin fatiga en las abruptas laderas.

Dos aeroplanos rugieron a lo largo de la pendiente, volando muy bajo, como dos pájaros de presa en pos de sus víctimas, y los hombres de Hlaka se escondieron. El obispo continuó su camino. Los aeroplanos desaparecieron y los guerrilleros volvieron a salir. Hlaka envió a ocho de ellos a recibir y escoltar al obispo hasta su cuartel. Lo escoltaron como los perros escoltan a su amo durante una caminata por el

campo, es decir corrían entre el mirto y el brezo a cada lado del obispo. Mas aunque éste apenas los divisaba desde el camino por donde venía, adivinó sus intenciones, que eran las de hacerle guardia de honor.

Y así llegó por fin a la pequeña planicie entre el círculo formado por el despeñadero. Hlaka lo saludó y le comunicó que dos de los Libertadores de La Tierra, que así se llamaban sus hombres, habían muerto y que envió el mensaje que lo había conducido hasta allí para que fuesen enterrados con las honras a que serían acreedores en los años futuros.

Las dos fosas se hallaban abiertas, justo sobre el límite del despeñadero que miraba hacia la ciudad. Allí entonó el hombre de Dios los servicios religiosos de la iglesia oriental mientras los otros guerrilleros rodeaban el lugar, sin ser vistos desde el valle. Al cabo de la oración las fosas fueron rellenadas, con una piedra sobre cada sepultura, en la que inscribieron los nombres de los camaradas muertos.

Al concluir, Hlaka brindó al obispo la hospitalidad de la Montaña, que consistía en alimento y bebida servidos por los montañeses sobre una gran mesa de piedra a cuyo alrededor tomaron asiento. Pero para Hlaka no era tanto a la Montaña adonde había invitado al obispo, sino a La Tierra libre, de la cual sabía que un día llegaría a ser el libertador. Recibió al obispo como alguien más que el simple jefe de catorce hombres que vivían en unas pocas cuevas perdidas en la Montaña, y el obispo aceptó gravemente la solemne bienvenida. Pudo haber descansado más tiempo en el gran sillón de honor que los hombres de Hlaka construyeron para él; pero Hlaka, que nunca permanecía mucho tiempo en un mismo lugar, estaba ansioso porque el obispo se alejara a salvo de lo que los alemanes podían intentar en cualquier momento.

El obispo observó la ansiedad de Hlaka y pronto se incorporó y bendijo a sus hombres. Luego saludó al jefe y lo bendijo con su mano antes de emprender el regreso. Al volverse, Hlaka le dijo:

—Tengo fusiles para cuarenta y nueve hombres más.

El obispo hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y se encaminó hacia la ciudad.

La escolta acompañó al obispo hasta el bosque de pinos, manteniéndose alejada y ocultándose entre los matorrales. Uno de los escoltas era Srebnitz. Al llegar al límite del bosquecillo, Srebnitz corrió hacia el obispo para preguntarle por la suerte de Sofía. El clérigo no la conocía de nombre, y el muchacho le hizo la descripción: graciosa, de mirada vivaz, iluminada por su propia juventud y por la impresión que le causara a Srebnitz, que era bien distinta a la que podría causar a cualquier otro hombre, como difieren todos los retratos de un mismo rostro hechos por diferentes artistas, pero que logró elaborar una idea en la mente del obispo, suficiente como para poder afirmar:

—Está a salvo. Ninguna joven menor de veinte años ha sido ejecutada en los dos últimos días.

Las sombras descendían sobre la Montaña en el momento en que Srebnitz y el resto de la escolta retornaban a las alturas rocosas, con el frío que anuncia la llegada

de la noche. Las luces doradas comenzaban a parpadear en las lejanas ventanas, y los hombres de Hlaka notaron que una nueva reglamentación permitía encender las luces de la ciudad.

En eso oyeron acercarse a los bombarderos alemanes. La fuerza de la costumbre los ponía probablemente en marcha a la caída del sol, pues ésa era su hora favorita para el ataque y por eso llegaban ahora, aunque no había razón particular para escoger esa hora para atacar a hombres que no poseían cañones. Veinte aeroplanos, desplazándose a fantástica velocidad sobre los despeñaderos, hacían saltar por los aires con sus bombas a las piedras y malezas del lado izquierdo de la Montaña. Y Srebnitz oyó el sonido que la cultura alemana y el genio de Hitler han hecho tan familiar en toda Europa que escasamente necesita ser descrito, el largo y penetrante silbido y el impacto que destroza la tierra y todas las cosas animadas e inanimadas que se encuentran a centenares de metros a su alrededor.

## XI

**E**l escuadrón de bombardeo alemán no causó mucho daño, excepto algunas cicatrices sobre el rostro de la Montaña que atraerán sin duda la curiosidad de los geólogos del futuro. Los alemanes sufrieron una derrota en la Montaña y la golpearon en represalia, quedando así en cierta medida satisfechos. Debieron divisar con sus prismáticos de largo alcance algún indicio de tierra removida en el lugar donde se realizó el funeral, porque de los hombres de Hlaka sobre quienes cayeron más cerca las bombas fueron los dos que estaban muertos.

Srebnitz, y aun el más experimentado Gregor, pensaron que no habría fuego para la cena esa noche; pero Hlaka encendió varias fogatas, retirándose de una tan pronto como llegaba el resplandor de un cañonazo en el valle, y encendiendo otra a poca distancia, alejándose tan pronto como se anunciaba la caída de otro proyectil. En el momento que tuvo ocho o nueve fuegos encendidos, los dejó arder y se trasladó con sus fusiles y demás provisiones a otro lugar distante de la Montaña.

Caminaron al borde de la ladera hacia el este, y más arriba, donde moraban los rebaños de ovejas salvajes, donde no había otro signo de vegetación que algunos árboles diminutos y dispersos. Allí encontraron nuevas cavernas y pasaron varias horas yendo y viniendo, trasladando las armas y acumulando una provisión abundante de agua en sacos de cuero de oveja, pues se hallaban a una altura mayor que la de las fuentes de los manantiales de la Montaña.

Sobre el piso arenoso de una de estas cuevas durmió Srebnitz por espacio de algunas horas, pero cuando los fríos anuncios del alba comenzaron a sentirse sobre la Montaña, Hlaka lo envió a montar guardia a la rocosa extremidad que miraba hacia la ciudad, pues anticipaba alguna acción de venganza por parte de los alemanes en razón de su derrota. La claridad se expandió en el vasto horizonte y Srebnitz oyó el tenue sonido de una descarga lejana, pero ningún otro signo de actividad llegó de la ciudad ocupada.

Cuando el sol estuvo alto en el cielo llegaron otros guerrilleros a relevar la guardia de Srebnitz, y éste descendió hasta una estrecha quebrada en la cual el cocinero había encendido el fuego, y comunicó a Hlaka que ningún alemán había abandonado la ciudad o efectuado algún movimiento visible desde la Montaña, excepto el de llevar a cabo algunas ejecuciones. Hlaka escuchó con gravedad las palabras de Srebnitz y guardó silencio. Se dirigió hacia el pequeño fuego donde se hallaban reunidos los demás, los que le preguntaron cuántos alemanes había visto atravesar los límites del pueblo. Cuando respondió que ninguno, ellos también parecieron impacientarse; hasta el cocinero se detuvo en medio de una sonrisa al oírlo, y una expresión meditativa se estampó en su rostro. Srebnitz miró interrogativamente a Gregor.

—Es que —dijo éste— ellos deberían atacarnos ahora. Nosotros les infligimos un duro castigo, y eso no nos lo perdonarán. Nunca seremos menos de los que somos

ahora. Así que ésta es la mejor oportunidad que tienen de hacerlo.

—¿Pero tú quieres que nos ataquen? —preguntó Srebnitz.

—No —respondió Gregor—, pero Hlaka pensó que nos atacarían al amanecer, y si hasta ahora no hay señales de ellos, Hlaka no sabrá qué se disponen a hacer. Casi siempre lo sabe. No podríamos pelear quince contra cinco mil si él no lo supiera todo.

—¿Y cómo lo sabe él? —interrogó Srebnitz.

—No lo sé —contestó Gregor—. Peleó contra los alemanes hace muchos años y los conoce bien.

—Sí, los conoce muy bien —terció el cocinero.

—Eso complica las cosas, pues no sabemos qué piensan hacer los alemanes, y Hlaka está realmente preocupado —dijo Gregor.

—Ayer bombardearon la Montaña —arriesgó Srebnitz.

—Sí —afirmó Gregor—, Hlaka pensó que así lo harían y que eso sería todo. Mas vemos que no es así.

—¿Cómo lo sabes? —interrogó Srebnitz.

—Porque Hlaka lo afirma —dijo Gregor.

—¿Pero por qué? —insistió Srebnitz.

—Él sabe —fue la respuesta de Gregor—. En primer término ellos no se jactaron por radio de que nos habían matado a todos. Y si hubieran estado satisfechos con su ataque eso es lo que hubieran hecho. Así que están planeando alguna otra cosa, y Hlaka no estará tranquilo hasta que averigüe qué es. No ha llegado todavía el día en que no sepa qué es lo que van a hacer los alemanes.

—Debe de ser un hombre excepcional —dijo Srebnitz.

—Lo es —asintió Gregor—, y ellos son muy metódicos, pronto uno llega a conocer sus hábitos.

Nadie más habló, pues todos se hallaban preocupados e intranquilos porque Hlaka no estaba seguro de lo que sucedería. Y Srebnitz tomó su desayuno en silencio. Luego todos abandonaron la pequeña quebrada y se dirigieron hacia la pendiente del sur y miraron hacia la ciudad, pero no podían ver ningún movimiento de los alemanes en dirección a la Montaña.

La mayor parte del día la pasaron guardando sus fusiles y provisiones en sus nuevos escondites. Pero Hlaka permaneció en la Montaña detrás de una roca casi tan alta como él y observó por largas horas la ciudad. Durante el almuerzo todo parecía gris y triste por la preocupación de Hlaka; casi no se hablaba y esta vez no hubo música ni cantos. Y Hlaka quedóse sentado en silencio entre sus guerrilleros como un mudo profeta. No tenía la pretensión de ser un profeta, pero allí en la Montaña, con su pequeña banda de hombres, el llegar a tener conocimiento de lo que su poderoso enemigo pudiera hacer era tan importante que una especie de intuición se desarrollaba en él por obra de la necesidad sentida de La Tierra.

Cuando terminó su almuerzo se encaminó nuevamente hacia la pendiente rocosa para contemplar una vez más la ciudad, y todo era en vano.

Ni un avión se divisó en el cielo. Envió a Srebnitz más arriba del cerro a matar una o dos ovejas salvajes, pues la ración de carne había quedado reducida. Durante toda la tarde registró las cuevas en las que se escondían las ovejas y vigiló los valles por los que correteaban, y descubrió algunas de sus huellas sin lograr ver a ninguna. Ya comenzaba a ponerse el sol en el esplendor de las nubes rojas y Srebnitz pronto se encontró rodeado por las sombras.

Comenzó a caminar hacia las cavernas que eran ahora su hogar, y de pronto oyó caer una piedra sobre la montaña. Dió unos pasos hacia atrás y miró por sobre un despeñadero, y allí vio un rebaño de unas cincuenta ovejas salvajes en pos de su jefe de grandes cuernos descendiendo la pendiente del lado norte de la Montaña. Apuntó su fusil, pero no pudo ver el blanco con claridad. Si hubiese disparado su arma podría haber herido a una oveja, pero no vio ninguna utilidad en herir a uno de sus magníficos animales, ni quiso desperdiciar los preciados cartuchos. Por un momento se detuvo a contemplar la gran mancha pardusca que formaban en la montaña, siempre descendiendo la pendiente, hasta que estuvo seguro de que se encaminaban hacia la verde planicie del norte, algo que nunca hubiera esperado ver hacer a ovejas salvajes, al menos hasta que no quedara un solo hombre en la Montaña.

Era ya de noche cuando volvió a la caverna deslizándose con cuidado por entre las rocas, bajo la luz de la luna, hasta que tuvo como guía la luz del fuego que encendieron los hombres de Hlaka en la quebrada para ayudarlo a encontrar el camino de regreso.

Allí se reunió con Hlaka y su banda, narrando lo que había observado sin esperar que le creyeran. Pero Hlaka exclamó:

—Sí, eso es lo que hacen. Ellas saben cuándo va a haber guerra en la Montaña. Lo hicieron la última vez y he oído decir que lo han hecho antes, y la mayor de ellas las guía y las dirige hacia otras montañas más al norte. Dicen que son capaces de recorrer cien kilómetros en una noche. No sé cómo hallan el camino ni cómo saben lo que es la guerra. Pero hay muchas cosas que yo ignoro.

Guardó silencio por un instante y ninguno de los hombres habló. Si era cierto que había muchas cosas que Hlaka no sabía, quedaba muy poco por decir a los demás. Y él repitió: Muchas cosas. Y volvió a callar. Por fin levantó la cabeza y sonrió, al tiempo que decía:

—En verdad sólo sé una cosa: que libertaremos a La Tierra.

De pronto quedó en actitud expectante e inmóvil como una roca. Y al cabo de un tiempo se oyó el ruido de pasos en la Montaña y apareció una sombra oscura, hasta que el resplandor del fuego cayó sobre ella. Un hombre se acercó hasta ellos y dijo:

—He venido a unirme a Hlaka.

Y muchos hombres más llegaron esa noche a la Montaña, de la que las ovejas salvajes se habían alejado, emprendiendo el largo viaje. Uno a uno vinieron, o en grupos de dos o tres, durante toda la noche. El fuego alumbró tenuemente para guiarlos hasta el lugar. Antes de la salida del sol habían arribado cuarenta y nueve

hombres, el número exacto que Hlaka había mencionado al obispo titular de Ilion.

Pero mientras los primeros en llegar dormían tranquilamente en el campamento de Hlaka, y antes de que arribara el resto, Srebnitz había ido de nuevo a montar guardia en la Montaña, en la esperanza de obtener algún indicio del misterio que confundía a Hlaka, o tal vez poder descubrir las intenciones de los alemanes en su intento de vengar la derrota sufrida. Todo estaba oscuro y en silencio; hasta la luna ocultaba su rostro tras las nubes, y en las tinieblas Hlaka no había aún descubierto nada.

De pronto se reveló el secreto en medio de la noche. Allá abajo, entre los pinos que atravesara la noche de su llegada a la Montaña, divisó el resplandor de una luz. Los destellos eran regulares; unos cortos, repetidos; otros, largos, también repetidos. Srebnitz trató de grabar en su memoria esas señales que transmitía la luz, mas pronto perdió la cuenta del resto de los signos. No duró mucho la transmisión, y al cabo de un momento concluyó. No conocía el alfabeto Morse y comprendió que era tan importante para la vida que llevaba ahora como lo fue el arte en una época menos turbulenta. Tristemente admitió que debía confesar su ignorancia a Hlaka. Pero llevaba consigo un lápiz y un trozo de papel, sobre el que anotó los puntos y rayas que pudo recordar, y aguardó, con el aliento contenido, que se repitieran las señales. Y de nuevo vio llegar los destellos a través de los pinos del valle tal como si el señalero hubiese esperado el momento en que él estuviera listo para recibirlo. Esperó aún más, y el mensaje fue repetido una tercera vez. Comprobó las sucesivas anotaciones y las encontró coincidentes, resolviendo regresar junto a Hlaka. Lo halló sentado frente al fuego y le confesó:

—No conozco el alfabeto Morse.

Hlaka lo miró sin contestarle. Al mirar el mensaje traído por el muchacho todos observaron un cambio en su expresión.

—Sí —exclamó—, ahora sé lo que intentan hacer.

## XII

**D**ESPUÉS permaneció un rato en silencio contemplando el fuego. Mas cuando parecía haber elaborado sus planes, alzó la cabeza y dijo:

—Debemos partir. Están atacando a las mujeres.

Luego envió a tres hombres a contestar la señal desde tres lugares distintos. Solamente cuatro puntos emitidos por medio de una linterna eléctrica, señalando la letra H. Más tarde indicó a sus hombres dónde debían ir, pues los partidarios de Hlaka no marchaban de a cuatro o de a tres, sino que se deslizaban como perros de caza, sin avanzar uno detrás del otro, pero sabiendo al mismo tiempo dónde se encontraban los demás.

Al bosque de pinos primero, les había dicho Hlaka, y después a una casa que se hallaba cerca del límite de la ciudad. Mientras la describía, Srebnitz la identificó como la casa de las dos ancianas.

—Conozco esa casa —dijo.

—Entonces tú serás el guía —dispuso Hlaka—. Ve al bosque y averigua quién envió el mensaje. Si no encuentras a nadie llégate hasta la casa. Pero antes de entrar en la ciudad vuelve y deja tu fusil en manos de Gregor, el que te esperará más allá del bosque.

El cocinero quedó cerca del pequeño fuego oculto en medio del despeñadero y recibió al resto de los hombres que llegaban para unirse a Hlaka, mientras varios de ellos debían dirigirse a distintos puntos de la Montaña para guiar a los demás. Si Hlaka no estaba de regreso antes del amanecer, el cocinero debía examinar a los recién llegados y entrenarlos de la mejor manera posible.

Srebnitz y Gregor partieron y pronto no pudieron ver ni oír a los otros. Gregor le explicó que se hallaban cerca a pesar de no verlos ni oírlos él tampoco. A veces sentían rodar una piedra, pero aparte de esto las fuerzas de Hlaka marchaban en completo silencio. El avance entre las rocas y en la oscuridad era lento y ni Srebnitz ni Gregor hablaban. Por último llegaron al camino. Y ahora que marchaban sin dificultad, Gregor y Srebnitz comenzaron a hablar en voz baja.

—¿De modo que conoces la casa? —preguntó Gregor.

—Sí —asintió Srebnitz—, ¿qué sucede allí?

—Creo que los alemanes la están atacando —contestó Gregor.

—¡Pero si en ella viven dos mujeres ancianas! Son inocentes e inofensivas. Y también vive allí una muchacha.

—Ésas son justamente las personas que atacarán los alemanes —repuso Gregor—. Ellos cuentan con hombres llamados psicólogos que deducen y saben lo que sienten las gentes como nosotros. Su plan consiste en herirnos haciéndonos mal a otros; y cuanto más inofensivas son las personas a quienes ellos maltratan, saben que más nos hieren a nosotros.

—¿Qué les harán? —interrogó Srebnitz.

—No sé. Si no encuentras a nadie en el bosque debes ir a la casa y averiguar qué pasa allí y luego regresas y me lo cuentas. Más tarde iremos todos.

—¿Qué decía el mensaje? —volvió a preguntar Srebnitz.

—Era un S. O. S. —le informó su camarada.

Caminaron un trecho en silencio al mismo tiempo que pensamientos horribles atravesaban la mente de Srebnitz. No quería pensar que llegarían a maltratar a Sofía, pero también recordó que no había querido creer que matarían a sus padres, y sus temores dominaron la idea de que quizá Sofía estuviera a salvo. Hizo nuevas preguntas a Gregor que éste no pudo responder y siguieron su camino en silencio.

Srebnitz quiso apurar el paso, pero fue detenido por Gregor, quien le explicó que sacarían demasiada ventaja a los demás si apresuraban la marcha. Era el mismo camino que Srebnitz siguiera cuando abandonó el pueblo para huir a la Montaña, el único camino que llevaba al reducto de Hlaka, y sin embargo parecía distinto en la noche.

La luna se hallaba detrás de la Montaña y no tenían más luz que la de las estrellas. Por fin arribaron a la parte del camino que Srebnitz había recorrido de noche. Aunque no pudo distinguir ninguna señal característica en él, la Montaña parecía aún mirarlo con la misma expresión sombría con que lo mirara al ascenderla. Por la fila de despeñaderos que se recortaban contra el cielo pudo Srebnitz reconocer los alrededores. De pronto el bosquecillo de pinos se hizo visible y Gregor repitió las instrucciones que consistían en buscar en el bosque a la persona que había enviado el mensaje. Si no encontraba a nadie seguiría hasta la casa donde vivían las dos ancianas, y una vez averiguado lo que sucedía allí debía volver al lugar en que estaría aguardándolo Gregor. Éste esperaría en el camino para recoger el fusil de Srebnitz si su camarada tenía que seguir hasta el pueblo.

Srebnitz caminó solo hasta el bosque. Abandonó el sendero por si había alemanes en las cercanías, pensando que en medio de la oscuridad del bosque estaría seguro. Ocultándose detrás de cada árbol, avanzó por el bosquecillo, sobre el costado izquierdo de la carretera. Luego siguió más aún hacia la izquierda y finalmente volvió a llegar al borde del camino, con la intención de cruzarlo para explorar los matorrales del otro lado. De improviso oyó quebrarse una rama seca detrás de él. De un salto se volvió sobre sus pasos y aprestó su fusil. Una voz que parecía demandar información le interrogó quedamente:

—No irás a disparar contra mí, ¿verdad?

Era Sofía. Y una vez más Srebnitz experimentó la sensación, tan fuera de lugar en la siniestra penumbra de ese bosque, de que Sofía se estaba mofando de él.

—¡Sofía! —exclamó Srebnitz.

—Sí, soy yo —dijo Sofía.

—¿Fuiste tú quien envió el mensaje?

—Sí —repitió ella.

—¿Qué decía? —le preguntó el muchacho.

—S. O. S. *Sofía* —respondió la joven.

—¿Qué es lo que ocurre? —inquirió Srebnitz.

—Los alemanes están interrogando a mis tías —contestó *Sofía*.

—¿Les están haciendo preguntas? —dijo Srebnitz.

—*Interrogándolas* —recalcó *Sofía*.

Había evidentemente una diferencia, y por el tono de voz de la muchacha dedujo Srebnitz que debía ser muy importante.

—¿Están aún allí?

—Allí estaban no hace mucho tiempo —dijo *Sofía*—. Volví a vigilar después de enviar el mensaje, y recién llego de vuelta para esperarte.

—¿Cómo supiste que captaría tan pronto tu mensaje? —preguntó Srebnitz.

—No iba dirigido a ti —dijo ella.

—¿No era para mí? —volvió a preguntar con sorpresa Srebnitz.

—No —dijo *Sofía*.

—¿A quién lo enviaste, entonces? —insistió en saber Srebnitz.

—A Hlaka —replicó ella.

—¡Hlaka! —se asombró Srebnitz.

—Sí —siguió diciendo la muchacha—. ¿Creíste que el mensaje era para ti?

—No —admitió Srebnitz—. Pero, ¿conoce Hlaka tu nombre?

—Sí —replicó ella—. ¿Te sorprende eso?

—No —dijo Srebnitz—; ¿y tú conoces a Hlaka?

—Lo conozco muy bien —respondió *Sofía*.

—Es claro, muchos lo conocen...

—Naturalmente —dijo *Sofía*.

Srebnitz no estaba satisfecho, pero no quedaba más tiempo para continuar la discusión.

—¿Cuántos alemanes hay en la casa de tus tías? —preguntó Srebnitz.

—Cinco —contestó ella—. Uno se halla en la puerta de calle y hay dos oficiales en el interior de la casa con un cabo y un soldado.

—¿En qué parte de la casa se encuentran? —inquirió Srebnitz.

—Los oficiales están en la habitación que tú conoces —dijo ella—, y los otros dos quedaron en el pasillo.

—¿Están allí desde que enviaste el mensaje? —preguntó Srebnitz.

—Sí —dijo *Sofía*—. Dos de ellos están haciendo preguntas continuamente y no se detendrán hasta que mis tías les hayan dicho lo que ellos quieren saber, lo que no sucederá nunca.

—¿Y después qué sucederá? —preguntó Srebnitz.

—Debes venir inmediatamente —respondió *Sofía*.

Atravesar la ciudad armados de fusiles parecía una empresa imposible de realizar, y Srebnitz no podía comprender cómo se las entenderían sin ellos con los cinco alemanes de la casa.

—Debo comunicárselo primero a Hlaka —dijo.

—¿Está él aquí? —preguntó Sofía.

—Sí —asintió Srebnitz—. Muy cerca de aquí.

—¿Estarás todavía aquí cuando regrese? —inquirió Srebnitz.

—Sí —contestó Sofía—; si no tardas demasiado.

Srebnitz volvió al lugar en que dejara a Gregor y le contó lo que Sofía le había dicho, insistiendo en que debían ir en busca de Hlaka.

—No hables tan alto —dijo una voz muy cerca de ellos. Era Hlaka. Srebnitz repitió las palabras que dijera a Gregor, a lo que Hlaka repuso:

—Debemos ir a la casa.

Luego imitó el grito nocturno de la lechuza y pronto estuvieron rodeados por todos los hombres del jefe guerrillero.

—Iremos al pueblo —dijo—. Dejaremos los fusiles en el límite del bosque y Mihail se encargará de cuidarlos. Sólo hay cuatro hombres dentro de la casa y uno afuera. Yo me entenderé con los tres primeros.

En voz baja impartió instrucciones a cada uno de sus hombres y luego marchó al frente de su banda por el camino que llevaba al corazón del bosque. Una vez en él, detuvo a los guerrilleros con una señal de su mano y continuó internándose junto con Sofía. Srebnitz no alcanzaba a oír lo que decían. Luego todos atravesaron el bosque marchando como de costumbre, es decir, sin separarse mucho el uno del otro y deslizándose de árbol en árbol como sombras en la noche. En el límite del bosque dejaron sus fusiles y botas al cuidado de Mihail, quedando también Sofía junto a él.

Poco después avanzaban apresuradamente por el camino que los llevaba al pueblo. No se veía ningún farol encendido, mas aquí y allí se divisaba el parpadeo de las luces de las casas. Porque los alemanes sabían que los aliados no bombardearían esa ciudad. Al llegar al borde del pueblo Hlaka detuvo a su banda y ordenó a Srebnitz mantenerse cerca de él, al introducirse en el jardín de la casa de las ancianas. También Iskander se hallaba junto a su jefe, quien le ordenó hacer fuego a través de la ventana o la puerta cuando ésta fuese abierta, según la oportunidad que se le presentara.

—Pues temo que tendremos que hacer fuego —dijo Hlaka—. Y debemos huir lo más rápido posible llevándonos a las señoras tan pronto como esto suceda.

—Pero no tenemos fusiles —objetó Srebnitz, dirigiéndose a Iskander.

—Encontraremos uno en el jardín —observó Iskander.

Mientras Hlaka hablaba con Srebnitz en voz muy baja, éste notó por primera vez que su jefe llevaba puesta una ropa vieja y andrajosa y que además se apoyaba en un largo bastón.

El pequeño ejército de Hlaka continuó su camino marchando como lo hacía siempre, no como soldados sino como sombras, con los pies descalzos sobre el pavimento. Se deslizaban en completo silencio por las oscuras calles, una sombra junto a la otra. Sin ser vistos bajaron por la calle que los llevaba al pueblo. También

sin ser vistos atravesaron las dos más importantes avenidas transversales y llegaron a la callejuela que Srebnitz conocía, la senda cuyo romántico encanto parecía haberle pertenecido no hacía mucho tiempo. Ahora todo parecía pertenecerle al inflexible Hlaka. Pasaron bajo los frutales y arribaron al portón a través del cual una vez Sofía llevara a Srebnitz, y doblando hacia la derecha pronto llegaron al costado de la casa que buscaban. Nuevamente doblaron a la derecha, con Hlaka siempre a la vanguardia, hasta que éste hizo una señal para detener la marcha.

Hlaka encorvó su cuerpo y agachando la cabeza siguió adelante, tanteando el camino con el bastón. De pronto se oyó la voz alarmada de un alemán:

—¡Alto! —gritó el centinela desde la puerta de calle de la casa de las ancianas.

—Soy ciego —se oyó decir a Hlaka.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el centinela.

—He perdido mi camino —continuó Hlaka—. Indícame cómo llegar a casa.

Y diciendo esto se introdujo en el jardín dirigiéndose a la entrada donde montaba guardia el centinela.

—Ése no es tu camino —replicó el alemán.

—Muéstreme el camino —insistió Hlaka.

—¿Qué haces fuera de tu casa a estas horas de la noche? —preguntó el centinela apuntando con la bayoneta en dirección a Hlaka.

Pero Hlaka seguía avanzando.

—La noche es mi día —dijo—, como lo es para todos aquellos cuyos días son noches.

Esto confundió al centinela y por un momento trató de descifrar lo que acababa de oír. Mientras lo hacía, Hlaka lo apuñaló. Luego hizo una señal a Srebnitz, quien corrió y tomó el fusil de manos de Hlaka. Éste, en tanto, llamó a la puerta dando tres golpecitos suaves. La puerta se abrió.

—Un mensaje para el capitán —dijo Hlaka—. Me han enviado a mí porque soy ciego, y la noche no es más negra para mí que el día.

Y comenzó a buscar el mensaje en sus bolsillos.

Srebnitz distinguió a tres hombres en la casa cerca de la puerta y a Hlaka balanceándose lentamente mientras revolvía sus bolsillos, cambiando a cada movimiento de lugar.

La cortina de la ventana del cuarto donde se encontraban las señoras se hallaba corrida y las persianas estaban abiertas, tal vez para permitirle al centinela ver dentro de la habitación. Mas aquellos que se encontraban dentro del cuarto no podían ver al centinela.

En un instante que grabó un cuadro por mucho tiempo en su mente, Srebnitz divisó toda la habitación; la repisa de la chimenea, sobre la que había dos candelabros con otras tantas figuras chinas sosteniendo las velas; dos pájaros colocados en sendas cajas de cristal y un reloj en el centro; una carpeta de terciopelo y pequeños retratos en marcos también de terciopelo; dos cómodos sillones forrados con cretona floreada,

y las dos ancianas tejiendo en sus sillas, y dos oficiales prusianos hablando sin detenerse.

Esto vio Srebnitz antes de mirarlo a Hlaka. Éste parecía acercarse más y más a uno de los hombres, mientras el otro atisbo sobre su hombro dando evidentes muestras de estar buscando al centinela. De pronto levantó el fusil. En el mismo momento el primer alemán se desplomó pesadamente en el suelo sin hacer ningún ruido. Hlaka se abalanzó hacia el otro soldado. Iskander adelantóse corriendo a Srebnitz y entró en el pasillo; Srebnitz halló un excelente puesto de observación detrás de la ventana, en tanto que los oficiales se encaminaban a la puerta de la sala para ver qué sucedía en el pasillo, alistando sus pistolas. Un oficial llegó hasta el corredor. En ese instante Srebnitz rompió el vidrio de la ventana con su bayoneta y el segundo alemán viró de golpe y le apuntó con el arma, pero Srebnitz disparó primero. Ése fue el único disparo efectuado, porque Iskander se echó sobre el otro oficial, esgrimiendo su cuchillo y dándole muerte antes de que pudiese emplear su pistola. Un solo disparo no era más de lo que el mismo Hlaka había deseado, y, sin embargo, en medio de la noche silenciosa, un tiro de pistola causa una conmoción considerable, de modo que no había tiempo que perder.

Iskander hizo una señal a Srebnitz para que entrara de inmediato, y empujando al centinela hacia adentro cerró tras de sí la puerta y tomó uno de los fusiles, mientras Hlaka recogía otro.

—¡Dios mío! —exclamó Isabella.

Angélica sonrió sin decir palabra.

—Ahora, ¡a la Montaña! —dijo Hlaka.

## XIII

**H**LAKA cogió la mano de Isabella y juntos atravesaron la cocina, mientras que con un movimiento de la cabeza indicó a Iskander que hiciera lo mismo con Angélica.

—Debo llevar algunas cositas conmigo —dijo Isabella.

—No queda tiempo que perder —exclamó Hlaka.

—Ya lo teníamos todo preparado para el momento que fuese necesario —explicó Isabella—. Tenemos todo lo que necesitamos en dos bolsas.

—¿Dónde están? —preguntó Hlaka, al llegar a la puerta trasera.

—Al lado de nuestras camas —dijo Isabella—. En un minuto las recogeremos.

—Debiste haberlas guardado abajo —dijo Hlaka—. No hay tiempo que perder.

—¡Nos gustaría tanto tenerlas con nosotras!... —dijo Angélica.

—Búscalas —le ordenó Hlaka a Srebnitz—. Dame tu fusil.

—Dos bolsas de raso. Están sobre una silla cerca de las camas —le aclaró Angélica al muchacho.

Hlaka echó el fusil de Srebnitz sobre sus hombros. Su propia arma la tenía en la mano izquierda. Con la derecha tomó de nuevo la mano de Isabella y la encaminó a través del jardincito. Confiaba en la destreza juvenil de Srebnitz para darles alcance, pero su propio ritmo de marcha era el mismo de Isabella y Angélica: los segundos que pudiese ganar de tiempo, así como los metros de ventaja que consiguiera sacar antes de que la población despertara por el disparo del arma de fuego, era todo lo que ocupaba su pensamiento.

Srebnitz corrió al primer piso, donde se hallaban los dormitorios, y encontró las bolsas de raso en el mismo lugar que Isabella le indicara. «Hace mucho frío en la Montaña», pensó. Había una gran cómoda en cada habitación y Srebnitz escogió los dos tapados más gruesos que pudo hallar.

Mientras Srebnitz arrancaba dos frazadas de uno de los lechos, oyó ruido de pasos en la calle, y descendió las escaleras a toda carrera. Entonces le asaltó una idea, que debió habersele ocurrido antes: en la sala había un hombre muerto, ¡y las cortinas estaban descorridas! Apuróse, y los pasos se acercaron más. No quedaba tiempo de correr las cortinas, o tiempo de apagar seis bujías, tres a cada extremo de la repisa en los candelabros chinos. Arrojó los dos candelabros al suelo. Al caer éstos vio la pistola del alemán al que había dado muerte tirada en el piso. Los pasos se hicieron más cercanos. Eran dos hombres que venían a investigar, pues caminaban de prisa y parecían dirigirse con seguridad hacia el lugar sospechoso. ¿Descubrirían la casa desde la cual fue efectuado el disparo? Srebnitz deseó que no. Pues aunque había aprendido los métodos de Hlaka para dominar a esos hombres y sabía que podía defenderse fácilmente contra ellos, asimismo más disparos que provinieran de esa casa atraerían a tantos alemanes que hasta las propias fuerzas de Hlaka estarían en peligro. Un solo disparo era distinto; podía ser accidental. Y aun así los alemanes

escasamente parecían pensar de esa manera, pues ahora sentía aproximarse más gente. Era una patrulla compuesta de varios soldados. En el momento que Srebnitz recogía la pistola los dos hombres pasaron frente a la puerta. Debía de haber otra pistola en el pasillo, de manera que se dirigió allí también, y guardó ambas armas en su bolsillo. Pensó que podrían ser de gran utilidad en la Montaña, pero el pensamiento lo llevó a la cuestión de las municiones. Registró ambos cadáveres en la oscuridad y halló dos bolsitas que contenían veinte cartuchos cada una. Al recoger los cartuchos del oficial de la sala, la patrulla se acercaba en ese momento a la casa. Aunque cargado su cuerpo con tapados y frazadas sobre los hombros y dos bolsas de raso, le quedaba aún una mano libre con la que arrebató un jamón de la mesa de la cocina al pasar corriendo por ella. La puerta de atrás estaba abierta. Al pasar la cerró tras él, pero no se detuvo a echar llave, pues el mayor peligro lo esperaba aún en las calles que tenía por delante, y eso lo hacía tratar de ganar hasta el último segundo.

Todo parecía estar tranquilo en los fondos de la casa, así como en la callejuela lateral; pero pronto una mano se aferró a su hombro mientras se alejaba del lugar a la carrera. Era Gregor, quien lo había estado esperando y ahora le tomaba de las manos las dos bolsas de raso. Después siguieron corriendo uno al lado del otro.

—Tengo una pistola para ti —dijo Srebnitz.

—Pónla en mi bolsillo —exclamó Gregor, con una bolsa en cada mano.

Srebnitz así lo hizo mientras corrían.

Antes de llegar al final de la calle divisaron las sombras de los otros. Estaban ahora todos juntos. Dos hombres caminaban al costado de Angélica y otros dos ayudaban a Isabella. Hlaka miraba con ansiedad a las dos mujeres, casi conteniendo la respiración, porque de la velocidad de sus pasos dependía todo. Cuando una ventana resplandeciente les indicó que se hallaban de nuevo cerca de una calle poblada, hizo que dos de sus hombres las alzaran en brazos, para que no se cansaran por la carrera.

Llegaron hasta la calle, y todo estaba en calma. Allí se dispersaron como lo hacían de costumbre, avanzando descalzos como sombras separadas. Ahora se acercaban a la avenida que debían atravesar y ningún ruido provino tampoco de esa dirección. En eso oyeron el rodar distante de un camión, calle abajo, hacia la izquierda. Pero se detuvo y todo quedó otra vez en silencio. Alcanzaron la ancha calle y todas las esperanzas se redoblaron.

De pronto les sorprendió el resplandor de un haz de luz que cayó a pocos pasos de ellos, en la calle que debían cruzar. Hlaka hizo detener a sus hombres y aguardó. Pero el reflector no se movió y ni siquiera parpadeó, constituyendo una verdadera barrera en medio del camino. Al propio tiempo oyeron a una patrulla que marchaba por el centro de la calle.

Tan quietos como las sombras proyectadas por los árboles permanecieron los hombres de Hlaka. La patrulla de ocho soldados alemanes atravesó el final de la calle en la que se hallaban Hlaka y su banda, para seguir luego en dirección a la avenida.

El jefe alzó la mano indicando a sus hombres que debían quedarse en su lugar, mientras él se deslizó silenciosamente hacia la avenida, en pos de sus enemigos. Al llegar a la esquina de la amplia calle se detuvo e hizo un ademán con la cabeza, y todos sus hombres se aproximaron a él. La vereda estaba en completa oscuridad, en tanto que la calzada recibía la tenue luz de un farol que colgaba de un camión a unos cien metros de allí. Los faros del vehículo iluminaban la calle siguiente y cada piedra del pavimento brillaba como una joya, pero más cerca del camión, entre el haz de luz y el camino, reinaba la mayor oscuridad. Hlaka señaló ese punto y encaminó a sus hombres, dos de los cuales llevaban en vilo a las ancianas, a cerca de cincuenta metros del camión. Allí, donde el rayo de luz se alzaba a un pie y medio del suelo, se detuvieron.

Luego se arrastró hasta el lugar y se acostó debajo del haz luminoso e indicó a sus hombres que lo imitaran. Alzó la mano y la mantuvo cerca del rayo, haciendo que todos pasaran por debajo de ella. Los guerrilleros y las dos viejecitas sólo tuvieron que arrastrarse unos pocos metros bajo la luz. Llegaron a la acera y luego a una bocacalle y doblaron hacia la izquierda dejando la barrera de luz detrás de ellos. Sabían que la patrulla que se hallaba ahora lejos de ellos doblaría a izquierda o derecha al arribar a la bocacalle, pues delante marchaba otra patrulla alemana; pero Hlaka, con su sentido estratégico, estaba seguro de que torcerían hacia la izquierda. Mas ellos marchaban a paso lento, mientras los hombres de la banda de Hlaka lo hacían a la carrera.

Si no hallaban obstáculos en la ruta no tendrían que temer a la patrulla. Mas si algo los detenía podrían caer en una trampa.

Cruzaron la próxima calle a salvo.

Hlaka había hecho pasar en primer término a las dos ancianas bajo la luz, para dar a los más lentos la mayor ventaja, y éstos debían ser los hombres que llevaban a Isabella y Angélica, aun cuando Hlaka los relevó antes de que estuvieran exhaustos.

Otra bocacalle fue atravesada a salvo, la última, y una vez más sus esperanzas se redoblaron. Nuevamente los aguardaba el pelibro frente a ellos. Habían ganado mucha ventaja a la patrulla que los seguía de lejos; pero ahora Hlaka distinguió dos luces que bailaban en mitad del camino delante de ellos. Provenían de las linternas eléctricas que llevaban dos hombres que iban a su encuentro. Rápidamente observó el rítmico movimiento de las luces; entonces entregó su fusil a Srebnitz, pues éste era el menor del grupo y el más capaz de moverse con rapidez. Impartió algunas órdenes a Iskander y a otro hombre que llevaba un fusil con la bayoneta calada. Deberían acostarse en el camino frente a los dos hombres, quienes sólo se hallaban a unos cincuenta metros delante. Tendrían que esperar a ser vistos y luego correr hacia los enemigos y atravesarlos con sus bayonetas. En tanto, Hlaka continuó adelantándose y no detuvo su pequeña fuerza hasta que los dos hombres estuvieron cerca. De ese modo la patrulla que los venía siguiendo sólo pudo ganarles una distancia de treinta metros.

Los tres jóvenes que tendrían que atacar a los alemanes se hallaban al frente del grupo. Pronto vieron llegar a los dos hombres, pero éstos no los descubrieron, pues sus ojos, confiados en la luz de las linternas, podían ver muy poco de lo que no caía bajo sus rayos. Eran dos soldados con los fusiles echados al hombro y que llevaban las linternas en la mano derecha. Los haces cruzaban metódicamente el camino de arriba abajo, a no más de cincuenta metros delante de ellos.

Hlaka había ordenado que sus hombres no debían hacer uso de sus armas de fuego, ni permitir que los alemanes lo hicieran tampoco. Para cumplir la última parte de la orden Srebnitz sabía que tendría que poner a prueba sus piernas. Observó las luces de las linternas que se entrecruzaban y se mecían regularmente de derecha a izquierda a medida que los hombres avanzaban. Entretanto, oyó que la patrulla se aproximaba por detrás. Los dos hombres estaban ya a menos de quince metros de distancia, y las luces seguían balanceándose en medio del camino. Iluminaron la calle a pocos centímetros de los tres hombres que se hallaban agazapados, y se volvieron al centro del camino.

Srebnitz se incorporó y se adelantó corriendo unos cinco metros antes de que volviera a alcanzarlo la luz. Los otros dos se incorporaron en seguida y corrieron detrás de él.

Si los alemanes no hubieran tenido las manos ocupadas con las linternas quizá el tiempo no les hubiera faltado. Pero tuvieron que arrojar las linternas al suelo, preparar los fusiles y apoyar las culatas en sus hombros. El tiempo, factor tan importante en la guerra, no les permitió más que eso. Tres bayonetas se hundieron en sus cuerpos. Uno de los alemanes gritó.

Y los hombres de Hlaka se echaron a correr; todos, menos dos, a quienes se les encomendó recoger los fusiles y las municiones de las cartucheras si llegaban a hacerlo antes de que la patrulla los viera.

Pero la patrulla había oído el grito y se acercaba a todo correr.

De modo que dejaron las municiones, apoderándose sólo de los fusiles cargados, pues temían que, si eran descubiertos y se hacía fuego sobre ellos, el ruido de los disparos alarmaría a toda la ciudad. Se escaparon antes de ser vistos y se adelantaron fácilmente a la patrulla, que parecía estar formada por ocho o diez hombres, uniéndose pronto a los demás. Pero estos avanzaban lentamente, así es que Hlaka indicó a los hombres que conducían a las dos señoras que las dejaran en el suelo y que corrieran junto a ellas teniéndolas de la mano. Se arriesgaban a que se oyera el ruido de sus pasos, pues la patrulla debía saber que se hallaban delante de ellos porque los dos alemanes acababan de ser muertos y los hombres que lo hicieron no se habían topado aún con la patrulla; el camino no llevaba más que en una dirección, y los que venían por él no podían ignorar que los otros se encaminaban hacia la Montaña.

La velocidad era, pues, lo más importante. Isabella y Angélica corrían suavemente y no podían ser oídas por encima del ruido de las botas germanas. El

grupo de Hlaka volvía a ganar terreno. Sólo les quedaba ya por recorrer unos ciento cincuenta metros para hallarse fuera de la ciudad, en el terreno inculto que rodeaba el pie de la Montaña. Allí estarían a salvo, como seres salvajes en sus guaridas.

Pero en ese momento Hlaka oyó, y todos con él, el ruido del motor de un camión detrás de ellos. Era el camión que iluminara la calle que habían cruzado; pero no producía el ruido uniforme de un motor que funciona normalmente, sino el rumor inquieto y sobresaltado de una máquina a la que se trata de hacer girar. El camión, afortunadamente, había tomado una ruta equivocada. Sólo faltaban unos cien metros para el cruce de los caminos, y no habían logrado aún hacerlo dar vuelta. Hasta que lo consiguieron, los hombres de Hlaka habían adelantado otros cincuenta metros; luego avanzó un poco a una velocidad no mayor que la de ellos, tomó impulso y llegó rápidamente al cruce. Allí, en lugar de volverse a la izquierda y perseguirlos, tomó por la derecha, a fin de iluminar la calle por la que corrían delante de la patrulla. Divisaron el resplandor a todo lo largo del camino, y aún les faltaban unos veinte metros para el fin. Luego oyeron el rechinar de engranajes que producen las máquinas al girar, y el camión comenzó a ascender la calle detrás de ellos: su reflector atravesaba la oscuridad buscándolos.

En un momento la luz casi los alcanzó, pero tropezó con una elevación del terreno que arrojó sobre ellos una larga sombra. Después iluminó a la patrulla, y vieron que marchaban de tres en fondo.

En ese instante Hlaka y las dos señoras llegaron a las últimas casas. El camino, al dejar la ciudad, abandonaba la línea recta que seguía regularmente y giraba bruscamente a la derecha. Al dejar atrás la última casa los hombres de Hlaka corrían ya en medio de la oscuridad. Todos pasaron corriendo a través de la primera brecha en el seto, a mano derecha, mientras el seto de la izquierda era iluminado por la fantasmagórica luz del reflector. Detrás del seto se alinearon todos cuerpo a tierra.

Ahora cinco de los hombres de Hlaka tenían fusiles, dos poseían pistolas y a nadie le faltaban cuchillos; pero él no deseaba luchar mientras las dos damas se encontraban a su lado, si la lucha podía evitarse. Aunque a sólo veinte metros del límite de la ciudad, sus hombres sentían una confianza renovada, que parecía fluir hacia sus corazones desde la ladera de la Montaña; aunque la patrulla venía del pueblo con su reflector pisándoles los talones, al ver el campo abierto y la noche y la Montaña ante ellos, tenían la sensación de cruzar la frontera de un país ignorado.

La patrulla no abandonó el camino para buscar a los hombres de Hlaka en medio de la noche, sino que descendió por él una media milla y luego se volvió a la ciudad, mientras los hombres del camión hacían girar el reflector y marchaban un buen trecho camino arriba, asemejándose a un gran cometa que hubiera venido a visitar a la Montaña.

Cuando la patrulla se hubo alejado unos ciento cincuenta metros, Hlaka llevó a sus hombres por el camino detrás de ella; y cuando ésta se volvió, tornaron a esconderse en tierra inculta. Luego el camión también regresó. Su rayo de luz barría

ambos lados del camino mientras volvía a la ciudad, y los hombres de Hlaka casi no tenían dónde guarecerse ahora, excepto en la oscuridad de la noche. Debió haberseles ocurrido a algunos de ellos la idea de atacar al camión, pues se alzaron sobre manos y rodillas con los ojos clavados en él. Pero la patrulla estaba demasiado cerca para ello. Hlaka siguió avanzando solo. Sus hombres lo perdieron de vista en seguida. El camión siguió acercándose cada vez más, con su gran reflector, hasta que la gran sombra que proyectaba estuvo muy próxima a los montañeses. Entonces se oyó un tiro, y la luz desapareció. El disparo procedía del extremo más alejado del camino, en donde Hlaka dejara a sus hombres, y en esa dirección los ocupantes del vehículo comenzaron a perseguirlo; parte de la patrulla vino en su ayuda, mientras los restantes permanecían quietos y en observación. Y continuaron la búsqueda hasta que todos comprendieron la inutilidad de tratar de dar caza a Hlaka, de noche, al pie de la Montaña.

## XIV

**A** campo traviesa, los hombres de Hlaka, son Isabella y Angélica, se encaminaron hacia el bosque de pinos. Pero cuando el camión, con su reflector cegado, retornó a la ciudad, y ya no se oyeron más ruidos de pasos, volvieron al camino, donde la marcha era más fácil para las dos ancianas.

Antes de mucho llegaron al pinar. Srebnitz, atisbando en el bosque, no percibió de pronto a Mihail; estaba de pie, muy quieto, con sus ropas oscuras, en medio de la oscuridad.

Luego distinguió un trozo de tela, algo más claro que el bosque, y a Sofía que venía hacia él. ¿A quién buscaba? Su primera pregunta fue:

—¿Dónde está Hlaka?

—Pronto llegará —dijo Srebnitz, aproximándose a los otros para recoger los fusiles que habían dejado en el bosque, y para distribuirse las demás cosas que tenían que llevar.

Todo esto lo hicieron a la carrera, pues su gran hogar se alzaba allá arriba, y era ya tarde, y el amor a la casa que se despierta en todos los hombres a esa hora, más aún después de un día de dura labor, acababa de apoderarse de ellos. La ciudad se hallaba todavía demasiado cerca, con sus calles pavimentadas, sus puertas cerradas, sus normas y sus reglamentos, todo intensificado ahora por hombres que amaban la reglamentación y eran contrarios a todo lo que significara libertad. Y ellos suspiraban por la Montaña, que les ofrecía libertad a manos llenas y que un día liberaría a La Tierra.

Así es que cada cual tomó su fusil, se calzó las botas, (cinco de ellos llevaban colgado un nuevo fusil sobre su hombro) y todos tomaron el camino que los conducía a la Montaña. Y antes de que hubieran recorrido un largo trecho, Hlaka estaba marchando junto a ellos.

Cuando el declive de la Montaña comenzó a ser más empinado, los hombres podían sentir fatiga después de esa larga noche; pero, alentados por la oscura silueta de su rocoso hogar, trepaban con vigor renovado, y todas las preocupaciones que perturban la mente del hombre en las ciudades quedaron bien pronto a sus espaldas.

Para Isabella y Angélica, que a menudo sentadas en sus sillones con los rostros tranquilos e inmutables leían relatos de aventuras románticas, mientras Sofía andaba de aquí para allí, esa noche en la Montaña y hasta la matanza en su propia casa era como si hubieran recorrido el camino que condujera del país de sus sueños al de esa extraña realidad. Así, cuando el hombre que las estaba interrogando cayó muerto delante de ellas, no fue el contraste entre el cadáver y los cortinados de terciopelo lo que más se grabó en la memoria de ellas, sino la sensación de que el sueño se convertía en realidad.

Para Sofía, el mundo entero estaba lleno de romanticismo: hasta la casa de sus tías en la ciudad, el jardín algo más, el sendero entre los árboles frutales más aún, y

sobre todo el instante entre el crepúsculo en la Montaña y la aparición de las estrellas.

De modo que, al encontrarse entre los hombres armados de la Montaña, las tías vivían escenas que ya habían leído, y Sofía recorría el país de sus sueños: así, la aventura a nadie le resultó extraña.

Sofía marchaba junto a Hlaka, y Srebnitz los seguía en silencio, a cierta distancia. Si eran celos lo que sentía, parecía fuera de lugar que un hombre de la edad de Hlaka fuera el causante: Sofía tenía apenas diecisiete años. Pero existía en Hlaka una energía tal que desafiaba a la edad, como había desafiado a los alemanes con su ejército de quince hombres, como desafiaba ahora a toda Alemania, en la confianza de que sus tropas serían arrojadas fuera de las fronteras de La Tierra.

Srebnitz, pues, andaba solo. Después de un rato, Sofía se le aproximó. Él oyó su voz junto a sí antes de oír sus pasos.

—¿Has conseguido un buen fusil?

—No lo sé —le contestó.

Se produjo un silencio.

Entonces Sofía dijo:

—Ha sido muy amable de tu parte traer las cosas de mis tías.

De pronto se le ocurrió a Srebnitz que Sofía podía no estar definitivamente perdida para él. Pero, como hacía un instante había pensado precisamente lo contrario, se sintió confuso, sin lograr definir la situación. Comprendía recién que su respuesta había sido áspera y, en el deseo de corregir la impresión, dijo:

—Me traje también un jamón. Espero no haber procedido mal.

—¡Perfectamente! —dijo Sofía—. Ahora quemarán la casa.

—¡La quemarán! ¿Por qué?

—Porque no pueden quemarnos a mis tías y a mí —repuso Sofía.

—¡Si se atreven...!

—¿Qué harías?

—Encerraría a muchos de ellos en una casa —dijo Srebnitz— y le prendería fuego para quemarlos vivos.

—Sería muy despiadado —afirmó Sofía.

—Mucho.

Lo dijo con tal vehemencia que Sofía no se atrevió a enunciar una observación graciosa que tenía preparada; por un momento ambos quedaron en silencio, mientras la mente del joven se llenaba de pensamientos dignos de Sofía y que armonizaban con la solemnidad de la Montaña, pero que no podían expresarse con palabras. Nadie podría hallar palabras adecuadas a esos pensamientos, pues se referían a Sofía como a algo indisolublemente unido a la Montaña. Para su imaginación, ella tenía bien poco que ver con la casa de sus tías, o con cualquier casa; la vinculaba en cierto modo al jardín, algo más al sendero entre los frutales, y sobre todo a la Montaña. Las palabras podrían descubrir lo que había de eterno en Sofía y lo que había de eterno en la Montaña, y lo que cada una tenía de común con las estrellas, pero palabras tales no

acuden fácilmente, y para Srebnitz no existían en absoluto.

En ese momento, una luz dorada, demasiado grande y brillante para ser una estrella, algo así como un sol en miniatura, cayó suavemente hacia el otro lado de la Montaña.

—¡Qué hermosura! —exclamó Sofía.

Pero la belleza del pequeño sol era engañosa. La luz caía de un avión, y más de un hombre que viera ese brillo solar jamás volvió a ver el verdadero sol. Dos de los hombres de Hlaka no la conocían: eran nuevos, recién llegados esa noche, y aún no habían aprendido la lección de mantenerse invisibles. La bomba que siguió a esa estrella los encontró observando aún esa luz dorada, y esparció por la Montaña los restos de sus cuerpos destrozados.

Sofía y Srebnitz y todos los que marchaban junto a Hlaka vieron cómo el resplandor de la bomba desgarraba la oscuridad en el mismo lugar en que la fantástica luz había brillado frenéticamente por un instante; y cuando la noche volvió a reinar en las cumbres, oyeron que seguía sacudida durante un largo rato por los ecos errantes procedentes de esa explosión única. Y entre los últimos rumores que quedaban de la explosión oyeron vibrar los motores de la Montaña dejando caer estrellas doradas.

Antes de que cayera la primera bomba, a la vista de la primera estrella, Hlaka hizo apartar a las ancianas del camino y les indicó donde ocultarse, entre el brezal; ante una sola palabra suya sus hombres se desparramaron. Srebnitz condujo a Sofía rápidamente hacia unos mirtos, donde la ocultó, escondiéndose él también. Los bombarderos pasaban sobre las cumbres con sus estrellas doradas que producían largas sombras que brincaban salvajemente, al despertar, cuando la oscuridad se apartaba. Pero ninguno de los hombres de Hlaka fue descubierto, y no cayeron más bombas. Entonces abrieron fuego las baterías que rodeaban la ciudad, lanzando su metralla sobre el sitio en que había caído la primera bomba. De esto Hlaka no se dio por enterado: reunió a su gente, y siguieron camino arriba.

—Están desmoralizados porque los hemos vencido —dijo.

Srebnitz observaba con temor la metralla, cuya explosión de un rojo intenso parecía producirse justo donde el cocinero y los hombres que habían llegado esa noche los aguardaban. Pero Hlaka, confiando en que la Montaña los protegería, se refería a los disparos con despreocupación y, mientras los estampidos de cañones y granadas rodaban de risco en risco, decía:

—Están tratando de darse ánimos. Pero es mejor para eso ponerse a batir tambores.

Quizá su propio método de economizar las balas lo hacía criticar injustamente el ordinario despliegue de artillería. El tiroteo había cesado, ya no pasaban más aviones y en las cumbres reinaba el silencio.

En medio de ese silencio Srebnitz sintió un escalofrío; luego noto que las formas de Sofía, a su lado, que él más había imaginado que visto claramente, comenzaban a

hacerse visibles. Iba distinguiendo también a los demás, cuyas siluetas adquirían manos, rostros y hasta facciones que se destacaban de lo que hacía un rato había sido tan sólo fragmentos de oscuridad, más oscuros tal vez que la noche misma. Srebnitz miró hacia arriba: amanecía. No se notaban aún los colores del alba desde donde ellos estaban (las estrellas no habían desaparecido del todo), pero en las llanuras del otro lado de la Montaña debían verse ya, mientras la noche se batía en retirada. El frío y la oscuridad se marchaban a occidente, y Srebnitz pensó en los alemanes y en el día que sus sueños veían próximo. Y cuando la luz iluminó la Montaña, Sofía vio más que esa luz en los ojos de Srebnitz; notó que brillaban de esperanza.

Regresaron al campamento, a la arena circundada de rocas, y durmieron en sus cuevas lo que restaba de la noche, mientras el ciclo parecía un espacio que la noche hubiera asolado y que el avance del día no había redimido aún.

Hlaka ofreció una cueva a Isabella, Angélica y Sofía, disculpándose por la dureza de su montaña, en nombre de la cual les daba la bienvenida con la timidez del dueño de alguna antigua hostería, y esperaba que, con los abrigos y mantas que Srebnitz trajera para ellas, lograran dormir.

—No tan bien como los dos oficiales prusianos —observó Isabella.

—Pero bastante bien —dijo Angélica.

## XV

**Y** A avanzada la mañana, Hlaka fue a buscar a las tres mujeres y las condujo de la cueva a la arena, en donde brillaba el fuego una vez más. Allí, el jamón aportado por Srebnitz se estaba asando: cortaban tajadas con sus afilados cuchillos y las servían en platos como los que el hombre usara miles de años atrás: trozos de piedra pulidos. De ese modo la guerra, revolviendo entre cosas idas, trae de edades distantes objetos que mezcla con los inventos que en nuestros días se realizan en su honor.

No lejos de allí corría un arroyuelo, cuya agua era más fresca que la que se conoce en ciudad alguna.

Sueño, alimento, agua y calor son cuatro cosas cuyo valor se conoce en tiempos de paz y de orden; pero en esos tiempos y lugares no se aprecian en su verdadero valor, cuando tantas otras cosas, como las finanzas, los horarios de trenes o los boletos de ómnibus, han de ser revaluadas. Aquí, en la Montaña, en tiempo de guerra, se destacan como cuatro objetos primordiales.

Cuando hubieron reposado y entrado en calor, reunieron haces de brezo y mirto que arrojaron sobre el fuego, abandonándolo, para dirigirse al otro lado de la colina, donde se hallaba el nuevo cuartel general en el que habían dejado al cocinero.

El día brillaba en la llanura por millas y millas en dirección al norte. Mirando hacia La Tierra a la luz del sol, hasta donde su vista alcanzaba, Srebnitz no pudo descubrir señal alguna de falta de libertad. Por un instante le resultó extraño. Luego, fue comprendiendo poco a poco que, por muy poderoso que Hitler sea, la maldición que acompaña a su fuerza sólo tiene valor contra los hombres, pues donde daña a la naturaleza, el perjuicio ocasionado a los verdes prados y florestas es apenas mayor que el que les causan las industrias de tiempos de paz, porque en realidad las destrozadas laderas de las montañas volverán a cubrirse de verde color y llenarse de aves y flores, mientras que eso no ocurrirá jamás con las calles y caminos pavimentados de miles de ciudades.

Pero, como quiera que fuese, una maldición pesaba sobre La Tierra, maldición que Srebnitz y cada uno de los hombres de Hlaka habían resuelto y jurado levantar.

Caminando lentamente, al paso de Isabella y Angélica, por terreno escabroso, llegaron al campamento que habían dejado la noche anterior mucho más alto en la Montaña.

Reunieron allí a todos los que habían llegado esa noche; otros se distribuyeron junto a las rocas o cuevas que podían darles abrigo en caso de que se descubriera o se oyera un avión. Entonces el cocinero le habló a Hlaka de la pérdida de los dos hombres.

Hlaka permaneció silencioso: su único pensamiento era para La Tierra; su única idea, la libertad. Si alguna simpatía podía sentir, además, no sería en modo alguno hacia unos hombres que con seguridad no se habían ocultado y que, por eso mismo,

en opinión de Hlaka, no pertenecían a la clase de gente destinada a libertar La Tierra.

Se retiró entonces a una caverna para quedar a solas con sus pensamientos, pensamientos que eran para él lo que la música para los músicos, o la investigación para los sabios; más precisamente, lo que la profecía es para los profetas, pensamientos que sólo se relacionaban con lo que harían los alemanes. Sabía que eran metódicos por naturaleza y que por eso temían tendencia a hacer las cosas como ya las habían hecho una vez o como las habían hecho repetidamente. Sabía también que el industrialismo les había conferido cierto talento, hasta el límite máximo de que su mente era capaz, y por eso era de esperar que no repetirían una acción que había sido un fracaso. En consecuencia, con todo lo germanos que eran, debían intentar algo nuevo.

En una extraña e invisible cacería, los pensamientos de Hlaka, allá arriba en la Montaña, trataban de perseguir los pensamientos de un general alemán que trazaba planes abajo, en la ciudad. Si alcanzó o no su presa jamás se supo, pero ninguno de sus hombres dudaba de la clarividencia de Hlaka.

Pero antes de que el sol abandonara la mañana, para inclinarse hacia occidente, vieron una figura solitaria muy lejana que comenzaba a ascender por el camino que lleva a la Montaña. Lo observaron durante toda la tarde: era un hombre inerte con ropas civiles. Llegó al final del camino, y de allí fue conducido por uno de los hombres de Hlaka a su campamento. Mucho tema él que ver con los planes de Hlaka. Era un barbero con un pequeño negocio en la ciudad. Muy pocos lo conocían, pero todos lo saludaron como a un nuevo camarada, y él los saludó cordialmente. El cocinero trajo una botella de uno de sus vinos dulces: él bebió por La Tierra y por la Victoria.

El cocinero había estado atareado toda la mañana, hasta la llegada de Hlaka, instruyendo a los hombres nuevos a tirar desde corta distancia, con el rifle de aire comprimido de Srebnitz; a no disparar sin hallarse bien ocultos; a evitar ruidos metálicos, tales como los que hace un fusil al chocar contra las rocas; a no esperar hasta que se pudiera apuntar con tal precisión como para que un tiro atravesara un botón a cien metros de distancia, sino disparar con la mejor puntería posible, llegado el caso; y todas aquellas cosas que era capaz de enseñar claramente en una sola mañana.

Pero cuando Hlaka llegó, se apoderó del rifle de aire comprimido diciendo que tenía que usarlo él, y que los hombres podían practicar con fusiles, y que a cien metros de distancia no se podía matar a nadie con ese riñe.

Luego mandó que trajeran buen número de mantas a una de las cavernas y la acondicionó con cortinas y una alfombra para Sofía y sus tías.

Mientras se ocupaba en eso, algunos de sus hombres condujeron hasta él al barbero, pues éste les había contado los proyectos de los alemanes y querían que Hlaka lo escuchara.

Hlaka alejó a todos, excepto al barbero, pues no discutía sus planes con ninguno

de ellos. Cuando se hubieron marchado, preguntó qué pensaban hacer los alemanes. Entonces el barbero dijo que había oído de boca de un oficial alemán que no iban a lanzar más ataques sobre la Montaña, pues ya bastantes hombres les había costado, sino que, ocasionalmente, arrojarían sobre ella algunas bombas. Y el barbero, que conservaba aún en su mano un cuerno con vano dulce, volvió a beber por la victoria, de pie frente a Hlaka, que se hallaba sentado en un roca.

—¿Te han dicho que tengo un fusil para ti? —preguntó Hlaka, indicando la ciudad con un gesto de su cabeza.

—Sí —dijo el barbero.

—¿Quién?

El barbero vaciló un instante, y luego pronunció nombre que no era el del obispo titular de Ilion.

Entonces supo Hlaka que se trataba de un espía.

Inclinó la cabeza y elevó el hombro derecho.

—Es agradable ver el sol —dijo, alzando un poco la cabeza en esa dirección, pero sin sacarle los ojos de encima al barbero.

—Realmente —respondió éste.

—Dime lo que tus amos se proponen hacer —dijo Hlaka—. Y si no pronuncias una sola palabra falsa volverás a ver el sol.

El movimiento de su hombro derecho había aflojado el rifle, que tenía sujeto con una correa, llevándolo hacia adelante. Hlaka lo sujetaba ahora con ambas manos.

—Yo... yo... —dijo el barbero.

—Una sola palabra falsa y será la última.

El barbero observó a Hlaka atentamente y dijo:

—Lo diré todo.

—Entonces vivirás —pronunció Hlaka, con una sonrisa.

—Soy un hombre pobre, y ellos me tentaron —dijo el barbero. Esperó alguna observación de Hlaka, que permanecía silencioso.

Luego continuó:

—Me obligaron a venir a la Montaña para averiguar la cantidad de hombres que tienen.

—Sesenta y uno —dijo Hlaka.

Esa verdad súbita en cierto modo desconcertó al espía. No había contado aún los hombres, pero por la expresión de Hlaka comprendió que era cierto lo que le decía.

—Y a averiguar vuestros planes —continuó el barbero.

—Te los diré una vez que conozca los de ellos.

Elevó la vista en dirección al sol, mientras con un ojo seguía observando al barbero. Y ese ojo era el que realmente miraba, pues el vistazo hacia el sol no pasaba de ser un gesto.

Una vez más el barbero miró atentamente a Hlaka, y suspiró. Entonces hizo lo que no hiciera con frecuencia desde muchos años atrás: dijo la verdad.

—Van a rodear completamente la Montaña con todos sus hombres —dijo.

—Así está bien —dijo Hlaka. Si quería significar que lo que iban a hacer los alemanes estaba bien, o lo que decía el barbero, éste nunca llegó a saberlo.

—Luego —continuó el espía— escalarán la montaña por donde no están vuestros hombres, y la dividirán en dos, llevando a los hombres que se encuentren en la parte desocupada a reforzar la línea que ha de rodear la parte ocupada. Y tendrán un tanque en el camino para evitar que podáis descender a las cumbres más bajas. Esperan apoderarse de todos los manantiales sin luchar, pues suponen que os halláis por encima de éstos. Entonces no perderán al atacaros tantos hombres como la vez pasada, porque vosotros tendréis que atacarlos. Ellos saben lo difícil que es luchar contra los hombres desparramados en la Montaña.

—¿Cómo supiste todo eso?

—¡Oh! —dijo el barbero—, soy pobre, ése es mi oficio. ¿Cómo podría mantenerme y mantener a una familia de cuatro hijos con sólo cortar el pelo y afeitar, en una callejuela, y rasurar unas pocas barbas, y a veces, Dios sabe cuán pocas, un lavado de cabeza? Dios me ha dado dos orejas, y yo escucho para poder contar. Y Él me concedió muy buena memoria. Eso es todo. ¿Debe uno morir de hambre en un huerto lleno de frutas? Lo que yo escucho en mi barbería me preserva del hambre. Sin eso, hace tiempo que mi familia y yo hubiéramos muerto de hambre. Cierta vez oí a alguien que contaba haber visto a un hombre con bastón y un sombrero muy particular, y una corbata de determinados colores, que se encaminaba calle abajo por cierto lugar. Traté de recordar la descripción del hombre: mi memoria sirve para eso, y pasé la información, como lo hace la mayoría de las personas con la mayor parte de las cosas que oye. Describí exactamente la corbata del individuo. Y el hombre al cual se lo conté me pagó por eso una cantidad suficiente como para que toda mi familia comiera un día entero, abundantemente, y con vino para mí a la hora de la cena. ¿Qué mal hay en describir la corbata que usa un hombre cualquiera? ¿Se trata acaso de un secreto militar?

—¿Escapó con vida? —preguntó Hlaka.

—¿Qué? ¿Quién?

—El inglés.

—fue antes de la entrada de los alemanes —repuso el barbero—. Creo que se escapó.

—Y ahora —dijo Hlaka— es tu propia vida la que está en peligro.

—Jefe, lo he dicho todo.

—Cuéntame más.

—No sé más.

—¿Cuándo rodearán la Montaña?

—Dios sabe. Pero me esperan de regreso mañana por la noche.

—Por la mañana les habrías contado todo lo que espiaste.

—Les contaría, quizá, todo lo que vi en la Montaña, como cualquier hombre que

hace un largo viaje.

—Y ellos se pondrían en camino el mismo día —dijo Hlaka.

—Tal vez al día siguiente.

—¿Quién te mandó?

—El mayor von Wald.

—Espero que sea verdad lo que dices.

—Como que hay Dios.

—Entonces conservarás tu vida —dijo Hlaka. Y el barbero se arrodilló para agradecerse.

—Con una condición —añadió Hlaka.

—Amo, a cualquier precio —dijo el espía.

—Tenemos una cuenta pendiente con el mayor von Wald. Págame al mayor von Wald en lugar nuestro, y vivirás.

—¿Con... con el cuchillo? —preguntó el barbero.

—Con el cuchillo —contestó Hlaka—. Su sangre o la tuya.

—¿Cómo lo haré?

—No es difícil —dijo Hlaka—. Como te he dicho, dispongo de sesenta y un hombres. Todos te conocen, y tú conoces al mayor von Wald. Ellos saben dónde encontrarte, y tú sabes dónde él se encuentra. Ambos no podéis vivir. Puede suceder que algún otro le pague nuestra deuda al mayor von Wald antes de que tú lo encuentres. En ese caso pagarás con alguna otra moneda. Pero tú bien vales el mayor von Wald.

—Me honra —dijo el barbero.

—Un villano por otro villano. Vete. —Y Hlaka señaló hacia donde algunos de sus montañeses estaban observándolos a cierta distancia.

El barbero retrocedió, sonriendo, en dirección a esos hombres. Lo que Hlaka le había dicho podía ser muy duro; pero ya había oído antes bastantes palabras duras y, además, no tenía una opinión demasiado elevada de los hombres y por eso no les daba importancia a sus palabras. Por otra parte, su vida, que en un instante la pareció hallarse en gran peligro, estaba, al menos por el momento, a salvo. En cuanto al mayor von Wald, el asunto no sería demasiado difícil de arreglar. El barbero sabía congraciarse con la gente, y pensó que lograría o bien aproximarse hasta él para llegar a su corazón, en algún momento en que se encontrara solo, o bien obtener su protección contra los hombres de Hlaka. En un principio pensó en atraer al mayor a su barbería; pero el negocio era un lugar demasiado público, y rechazó la idea al instante. Si pudiera llegar hasta Alemania —poderosa Alemania que tenía sujeta a toda Europa con su garra tremenda— lograría salvarse de Hlaka y todos sus hombres. Y sin embargo, pensándolo bien y revolviendo entre todo el cúmulo de informaciones que un espía posee mezcladas entre la basura de su memoria, algunas chispitas de luz que se filtraban a través de sus párpados parecían advertirle, aunque aún muchos hombres de Estado no lo sabían de seguro, que de ese fuerte poder dentro de pocos

años podría quedar no más que lo que queda hoy en día del Coloso de Rodas.

Ésos eran los pensamientos del barbero mientras se encaminaba hacia el grupo de hombres armados, algunos de los cuales se ocuparían de observarlo desde ese instante hasta que Hlaka decidiera que podía seguir a salvo hasta la ciudad, a comprar su vida a cambio de la del mayor von Wald.

## XVI

**Y** A conseguida su información, Hlaka se ocupó de las provisiones. Llamó al cocinero, y le preguntó cuántos víveres habían aportado los hombres nuevos, y cuántos tenía aún en reserva. Bien poco quedaba. Tampoco había una cantidad de agua suficiente para más de tres o cuatro días, si los alemanes les cortaban el paso hacia los manantiales.

Su posición en lo alto de los riscos pedregosos era buena para luchar contra los que ascendían por la montaña, pero imposible para defenderse durante un sitio.

Hlaka disponía de suficientes municiones, no para una batalla de infantería en una campaña semejante a las realizadas en los últimos doscientos años, pero sí bastantes para la lucha en que estaba empeñado, en que no hacían descargas de artillería, en que cada tiro se disparaba de cerca y con puntería, pues ninguno de los hombres de Hlaka se atrevería a desperdiciar una bala. Hlaka necesitaba buenos tiradores y, aunque no tenía esperanzas de convertir en buen tirador a un hombre que no sabía manejar un arma, y en el término de dos días, contaba con buenos materiales para la lucha, aptos para herir a un soldado a ochenta metros de distancia, que avanzara, no como un cazador, sino como un hombre disciplinado en tierra desconocida.

El material de que disponía era esa gente de una raza que estaba familiarizada desde hacía unos tres mil años con los instrumentos de música y de lucha. En esas montañas podía oírse el sonido de una flauta en cualquier momento, o una nota de un instrumento de cuerda podía conferir cierto aire de misterio a algún crepúsculo; y si se buscara entre las montañas al músico, no se encontraría, por cierto, a un maestro, y ni siquiera a alguien que hubiera estudiado con alguno: sólo se hallaría a un pastor o a un cabrero en trajes montañeses, pero con muy buen oído.

Pero si se le muestra un rifle a alguno de esos hombres, sus ojos adquieren de inmediato el brillo que se ve en los de los expertos cuando distinguen alguna pieza de porcelana antigua o de gran belleza, o una exquisita aguafuerte, o una rara escultura en jade. Armas y canciones eran conocidas desde hacía tanto por ese pueblo que, si se colocaba en sus manos un instrumento de guerra o de música, los dedos revoloteaban a su alrededor esperando que se les enseñara a manejarlo, si es que no conocían su uso. Podía haber entre ellos alguno que no conociera el arte de la guerra ni el de la música; hasta podía existir alguno, uno entre cientos, que no se sintiera atraído por ninguna de las dos; pero esa clase de gente no cambiaría la primavera por el invierno, la comodidad de su casa por unas rocas y la bóveda estrellada, la tranquilidad, por una guerra como esa.

Hlaka ordenó entonces que la mitad de las municiones se usaran, si era necesario, para entrenar a los nuevos hasta que pudieran dar en una caja de fósforos a ochenta metros, y que supieran ocultarse a la vista de un hombre que se encontrara a esa distancia.

Aunque la preocupación primordial de Hlaka era conseguir tiradores, sabía cuáles

eran los elementos de la guerra y no se atrevería a llevarla adelante careciendo de alguno de ellos. Por eso ordenó a uno de sus hombres que bajara a una granja que él conocía, la que estaba a mayor altura en la Montaña, y se trajera todo el rebaño de ovejas que el granjero poseía: sólo se trataba de veinte cabezas, pero Hlaka consideraba que con eso podría mantener a su gente por más de una semana.

Ese campesino había eludido hasta entonces las sospechas de los nazis, que creían que él sólo aspiraba a una vida tranquila y no se preocupaba más de la suerte de su país o del mundo que si la hubiera entregado en manos del *Herren-volk*. Pero, en realidad, de lo único que él se preocupaba era de la libertad, y esperaba llegar a ver el día en que Hlaka había de liberar a La Tierra. Estaba dispuesto a entregarle a Hlaka todo lo que poseía; lo único que pedía era que, cuando desearan los animales, vinieran en su busca hombres armados.

A otros hombres, Hlaka los envió camino abajo, cargados con bolsas de algodón pólvora, hasta una alcantarilla por la que pasaba un riachuelo. Hlaka tenía también, entre sus pertrechos, una pequeña batería eléctrica y unos cien metros de cable. Este grupo estaba encargado de esconder el algodón pólvora en la alcantarilla y de buscar un buen sitio para ocultar al hombre que había de accionar la batería eléctrica.

Hlaka hizo descender la Montaña a otro hombre, hacia las llanuras del norte, para dirigirse a otra granja y traer de ella cuatro mulas apenas cayera la noche. Sobre esas mulas, el hombre y las cuatro mujeres viajarían hacia el norte durante toda la noche. Allí encontrarían abrigo en una casa, distante unas cuarenta millas, de donde partirían a la noche siguiente para volver a buscar abrigo en otra casa. No se indicaba nombre alguno. El santo y seña era muy simple: *Heil Hitler!*; si en la respuesta se hacía vibrar la r final, todo estaba en orden, y los montañeses sólo tenían que decir: *En nombre de Hlaka*. Entonces se les hacía el mejor recibimiento, como podrían recibir a huéspedes de categoría gentes de suyo hospitalarias.

Mientras Hlaka preparaba sus planes y daba las órdenes, Srebnitz y Gregor recorrían esas cumbres rocosas. Era un terreno bueno para luchar; es decir, para los que luchan desde lo alto contra hombres que van trepando por la montaña. Pero era una tierra mala para vivir, una tierra adonde venían las ovejas salvajes, no porque les gustaran las rocas desnudas, sino porque temían a los hombres: hubieran elegido las verdes praderas si de ellas dependiera. Y ahora la Libertad se pasaba por los dominios de las ovejas salvajes, porque las verdes llanuras de Europa ya no les eran propicias ni a la una ni a las otras. Hacia el norte, muy lejos de allí, se distinguía otra cadena de montañas de un azul más pálido que el del ciclo.

Gregor interrogaba a Srebnitz sobre la lucha en la casa. Srebnitz comenzó el relato, pero muy pronto se alejó del tema.

—Sofía —dijo—. Ya la has visto.

—Sí —le contestó Gregor.

—Es muy hermosa. —Sí.

Quiso contarle a Gregor cuán hermosa era, pero no hallaba los términos precisos;

así es que suspiró y pasó a otro tema:

—¿Por qué acusaban los alemanes a sus tías? —preguntó.

—Porque las descubrieron —respondió Gregor—. Algún espía les habrá contado.

—¿Contado qué?

—Que son las hermanas de Hlaka.

—¡Las hermanas de Hlaka! —exclamó Srebnitz.

Esas ancianas con sus tejidos, sus poltronas, su cálida y confortable habitación. ¿Era ésa la sangre que impulsaba a los montañeses y desafiaba todo el poder de Alemania? Lo pensó por un momento. Entonces comprendió que así era. Su tranquila casa, sus rostros serenos, su jardín, sus viejos frutales, su porcelana de Dresde, por muy alemana que fuera, y sus costumbres antiguas y ordenadas: todas esas cosas debían estar contra Hitler. Y si él provocaba a esa sangre, ¿no era lógico que apareciera una figura como Hlaka para defender hasta el último los tranquilos cuartos, los jardines, desde lo alto de la Montaña desnuda? Sí, ahora comprendía que un Hlaka podía ser hermano de ellas. Y entonces otro pensamiento surgió en su mente.

—¿Sofía, entonces...? —le espetó.

—Es hija de él —dijo Gregor.

—Sí, claro —murmuró Srebnitz, tratando de disimular su estupefacción.

Gregor habló algo de la madre de Sofía, que había muerto hacía tiempo, y que era natural de esas montañas del norte que apenas se distinguían. Pero Srebnitz, con la mente cargada de nuevas imágenes de Sofía que llameaban en ella, no llegó a oír nada. Ningún hombre de ciencia le había enseñado que todos los metales del sol pueden encontrarse en la tierra y en sus hermanos los planetas, pero cierto instinto más seguro que la ciencia le había revelado la unidad del Universo, tanto que, con frecuencia, veía algún hecho trivial de su vida cotidiana reflejado en las estrellas o en las montañas; y de pronto se acordó de un día en que por primera vez se acercó a los grises despeñaderos de la Montaña y halló, donde no había pasto y casi ni tierra, una flor de cisto de color rosa por encima de un precipicio. Por un instante le sorprendió tanto como le sorprendería ahora oír que la rubia y esbelta Sofía era hija del rudo Hlaka.

## XVII

**H**ACIA el atardecer, los montañeses se alejaron un poco de sus refugios y prepararon un gran fuego con ramas de roble para cocinar la cena y mantener el calor y la alegría durante la comida: tenían todavía provisiones suficientes para una cena con carne.

Se reunieron todos alrededor del fuego, sentándose Isabella, Angélica y Sofía junto a Hlaka sobre una pila de mantas.

Srebnitz estaba angustiado por temor de que cayera una bomba mientras Sofía se encontraba allí, pues el fuego lanzaba una gran columna de humo, y hasta su luz comenzaba a brillar al desaparecer el sol, cosa que ocurre tan rápidamente en esas latitudes. Pero observando a los demás vio que estaban contentos porque tenían fe en Hlaka; y era evidente que, sea por experiencia o por profecía, Hlaka sabía que las armas alemanas no funcionarían esa noche. En verdad, nunca trataron de averiguar de dónde procedían los conocimientos de Hlaka: él sabía, y eso era suficiente. Hay que reconocer que lo que Hlaka sabía era una cosa muy simple: tenía consigo al espía, y éste no se marcharía hasta la noche siguiente, y los alemanes no iban a disparar sobre su propio espía salvo que tuvieran algo que ganar con ello.

Sólo dos hombres, además de Hlaka, sabían que el barbero era un espía, pero no daban señales de saberlo. Se hallaban sentados junto a él con los fusiles en la mano, pero simulando vigilar la aparición de aviones. Todos los restantes lo trataban como a un camarada, y los dos hombres que sabían, se conducían de igual manera.

Con el fuego entre Hlaka y él, y los hombres charlando alegremente a su alrededor, el espíritu del barbero se elevó bien pronto de las profundidades a las que Hlaka lo había arrojado, y habló y escuchó como se hubiera deseado que no hablara y escuchara en su barbería, donde desempeñaba sus dos oficios. En el pináculo de su jovialidad, uno de sus guardianes se dirigió a un compañero que estaba a su lado y le pidió que trajera de sus depósitos una botella de cierto vino que sólo se fabricaba en una pequeña islita y que era muy apreciado por la gente de esa región. El hombre que fue en su busca se sorprendió de que se agasajara de tal modo al miembro más reciente del grupo. Pero el guardián había observado que el poco vino que el barbero tomara había aflojado las cerraduras de sus labios, y pensó que el producto de esa rara cosecha las abriría ampliamente y sin cuidado.

La botella llegó y el cuerno de caza del espía fue llenado, y él bebió y se puso más alegre aún. Y cuando estaba tarareando una canción, sus guardianes lo llevaron ante Hlaka, esperando obtener más amplias informaciones. Pero el rostro de Hlaka, a la luz de las llamas, lo serenó al instante. Y empezó a decir que él era un pobre hombre, indigno de hablar con el jefe. Entonces se lo llevaron de junto a Hlaka hasta el otro extremo del fuego, sentándose muy cerca de él para observarlo.

Si alguien, pasando por el campamento, hubiera examinado a los hombres reunidos alrededor de la fogata sin la mirada de un profundo observador, podría

informar que el más feliz del grupo era el barbero, y el más triste, Srebnitz. Y quizá su informe no careciera de veracidad, pues la presencia de la Muerte produce una exaltación, y el barbero había estado muy próximo a ella; como las brillantes cumbres del amor dan sobre un abismo, en el fondo, entre las sombras, vagaban las esperanzas de Srebnitz al ver los preparativos para el largo viaje de Sofía. No sabía cuándo volverían a verse. No sabía cómo lo recibiría ella cuando se encontraran de nuevo; deseaba hablar con ella para tener algún indicio, pero no podía apartarla del terrible Hlaka. fue Sofía misma quien le ofreció la oportunidad que creyera perdida; precisamente cuando ella y sus tías estaban abandonando el campamento, después de haberse despedido de Hlaka, se apiadó ella del hombre que las acompañaba, a causa de la gran cantidad de equipaje que tenía que conducir; entonces, mirando por encima de su hombro como al azar, buscando al que se hallara más próximo, su mirada cayó sobre Srebnitz.

—Ayúdale a llevar algunas mantas, por favor —dijo Sofía—. No podrá cargar con tantas.

El hombre protestó, diciendo que para él no era una gran carga; pero Srebnitz se acercó y tomó una de las mantas para llevarla montaña abajo hasta donde las mulas estaban aguardando.

—No te apures —le dijo Sofía—: tienes tantas cosas que llevar... —Y eso era verdad en cierto modo, pues Srebnitz tenía consigo también su fusil, y la luz iba abandonando las rocas, de modo que era difícil marchar rápidamente. Además, pensaba Srebnitz, Sofía no puede saber con exactitud qué es lo que llevo. Así que fue caminando despacio, como ella le indicara, quedando rezagado. También Sofía fue retrasándose un poco, marchando detrás de sus tías. Isabella miró a su alrededor, buscándola, pero no dijo nada. Cuando llegaron al lugar en que ya se veían volar algunas mariposas, en que, pasadas las rocas desnudas, comenzaban a aparecer algunos arbustos. Sofía marchaba ya junto a Srebnitz.

—El jefe es tu padre —dijo él.

Una mirada fugaz, casi alarmada, lanzaron los ojos de Sofía, como si hubiera aprendido a temer tal manifestación. Pero la Montaña la rodeaba, y sonrió.

—Sí —dijo ella—, pero nunca lo menciones en parte alguna fuera de la Montaña.

—¿Por qué no?

—Las represalias.

—¿Lo sabían cuando fueron a casa de tus tías? —preguntó Srebnitz.

—Lo sospechaban. Y querían hacérselo confesar a mis tías.

Caminaron un rato en silencio. Srebnitz sentía un temor respetuoso al saber que Sofía era hija del Consorte de la Libertad y que pertenecía a la realeza de la Montaña.

La tristeza prolongaba su silencio. Sofía estaba triste porque sabía que al descender por esas laderas se dirigía a una comarca esclavizada; y sobre Srebnitz pesaba la sensación de la despedida próxima.

Entonces los montañeses, allá en lo alto, junto al fuego, comenzaron a cantar una

de las baladas de ese pueblo antiguo, y la canción, derramándose sobre la Montaña, llegó hasta ellos. Y, aunque no podían distinguir las sílabas, conocían las sencillas palabras. En realidad, las palabras eran demasiado sencillas para presentarlas en letras de imprenta, para atreverse a afrontar la mirada de un lector, y hasta es probable que nunca hayan estado escritas. Decían algo de una cabra extraviada que se alejó del rebaño, y de un pastorcillo que la andaba buscando; pero sin la música que las acompañaba, ejecutada en los instrumentos de cuerda de la región, y el sonido del cuerno del pastor, realmente nada podía decirse de ellas. Y sin embargo, despertó en Sofía y Srebnitz ecos de edades pretéritas, y su voz era como la de La Tierra misma, balbuceando quizá en su infancia, que hablaba de los días en que todo su pueblo era libre a aquellos que eran libres aún, aunque sólo en lo alto de la montaña.

Para Sofía, Srebnitz encerraba todo el romanticismo de uno que ayuda a conservar la libertad que en La Tierra reinara durante siglos, y además encontraba en él cierto resplandor que lo iluminaba y que no dependía de él, sino que venía de ella misma: pues ella le había ayudado a seguir su camino en la noche de su primer encuentro, cuando se hallaba perdido y rodeado de perseguidores; y eso también arrojaba sobre él una suerte de encanto que siempre entendemos implícito en la palabra romanticismo.

Para él, Sofía no era algo que pudiera ser descrito lógicamente, sino que pensaba en ella, y la recordaba mucho tiempo después, como algo claramente asociado con la magnitud de los riscos y con la belleza de las hojas, de las flores y de las errantes mariposas, tan mezclado a la luz moribunda del ocaso que brillaba en el cielo y apenas iluminaba su rostro, que podría decirse que en sus recuerdos ella quedaría como una encarnación de la Montaña. Sus laderas rocosas no parecían demasiado ásperas para la gracia de Sofía, pues él pensaba en la belleza de las flores que allí aparecían; y, conscientemente o no, veía una ternura en el inflexible y fiero amor de Hlaka por La Tierra, que había florecido en la belleza de Sofía.

Hablaron de cosas triviales con palabras triviales, como triviales eran las palabras de la canción que, viniendo de edades remotas, acababa de sonar por encima de sus cabezas; pero esas palabras dirían de cosas que perduran a través de los tiempos si pudieran hablar de las visiones de esas dos mentes, que veían el futuro como un país brillante con caminos dorados a la luz del sol, y el pasado como una espléndida sombra iluminada por el romance, mientras que el presente resplandecía entre ambos como una gloria encantada.

Cuando brillaron los planetas y una o dos estrellas, y una vislumbre de luz solar quedaba aún hacia occidente, llegaron a donde, al pie mismo de la montaña, dos de los hombres de Hlaka los aguardaban con cuatro mulas.

Cuando Srebnitz oyó el movimiento de los cascos que manifestaron su inquietud apenas las largas orejas recibieron el ruido de pasos en la montaña, comprendió en seguida que la larga historia de sus días junto a Sofía había terminado, hasta algún tiempo que no podía predecirse. La larga historia... ¿Cuántos días eran? ¿Cuántas

horas? Pero Srebnitz no la contaba por horas o días. Los años de su vida se habían deslizado suavemente, con nuevas experiencias, abriéndose gradualmente ante su vista, y así de la infancia pasó a la adolescencia y a la madurez; pero de repente se convirtió en hombre, como en medio de un alud, cuando en vez de gozar de los cuidados de sus padres, y de ser guiado por las leyes y costumbres de su país, vio alejarse a sus padres para no retornar, y él tuvo que ocuparse en salvar a su país, que había perdido sus leyes. En momentos tales brilló ante su vista la belleza de Sofía, en medio del desastre; y se siguieron acontecimientos de una magnitud tal y con tal velocidad que sintió sus días colmados y sin comparación posible con los otros días de su vida, sólo equiparables, en la influencia sobre su destino, a muchos de sus años anteriores. En su memoria, uno solo de los días transcurridos desde que llegaron los alemanes tenía esa dimensión; y bien podía ser que en su vida el tiempo de esos tres o cuatro días estuviera condensado o intensificado de tal modo que resultara igual a dos o tres años ociosos. Eso no podemos saberlo, pues no existe forma de medir el tiempo, excepto por el tictac del reloj y por el movimiento del sol y las estrellas. Hay, o hubo, alquimistas con el poder de condensar el tiempo, mostrando que, como el aire y a diferencia del agua, tenía la propiedad de resistir ese trato. Esquilo, Eurípides, Sófocles, Aristófanes y Shakespeare son los nombres de algunos de ellos: condensaron e intensificaron los hechos de una vida, tanto que, cualquiera, viendo algunas de sus obras durante un par de horas, veía y sentía, con júbilo o con pena, pero de cualquier modo profundamente, tanto de la vida de un hombre y de su conducta como podría ver leyendo el más cuidadoso diario de la vida entera de más de un hombre de su propio tiempo y de su tierra. Y además de los mencionados hay otro que influye en la historia del hombre y condensa sus días y horas con el mismo poder tremendo que ellos poseían, uno a quien cuatro de ellos llamaban Ares, y el quinto, Marte.

En tiempos así encantados y entre terribles resplandores se movía Srebnitz cuando marchó al encuentro de Sofía. Él no sentía sus emociones como cualquier hombre que anda tranquilamente por las calles en tiempos de paz, y no contaba los días desde que la conociera con las hojas de un almanaque, sino más bien como cuenta el tiempo en el teatro un espectador ante cuya vista pasa una vida entera en el término de una velada. Y a él le parecía una historia muy, muy larga.

¿Y en cuanto a los sentimientos de Sofía? Ella marchaba silenciosa mientras descendían la parte final de la ladera; montó en una mula; Isabella y Angélica montaron también, y lo mismo hizo el montañés que las iba a acompañar. La gente de Hlaka soltó las bridas, y Sofía, con un rápido movimiento de su mano, le tiró un beso a Srebnitz. Isabella, con la misma rapidez, giró la cabeza hacia Sofía, y estuvo a punto de hablar cuando los dos montañeses que habían tenido sujetas las mulas se quitaron los sombreros, hicieron una profunda reverencia a Isabella y Angélica, y les besaron las manos.

—¿Es que todo el mundo se ha vuelto loco? —preguntó Isabella.

Angélica suspiró y dijo:

—Tal vez.

Y a la luz de esa información parece que Isabella decidió adaptarse y le tiró un beso al hombre que le había besado la mano. Y Angélica, antes de que la oscuridad la ocultara del todo, hizo lo mismo que su hermana.

## XVIII

**D**ESDE el triste límite entre el llano y la montaña de donde el grupo partiera, Srebnitz y los dos montañeses volvieron a trepar en busca de la hospitalidad de los riscos.

Cuando Srebnitz y los dos montañeses regresaron al punto de donde habían partido brillaban aún algunas rojas ascuas, y sin embargo no se había arrojado sobre ellos ninguna bomba. Pero Hlaka y todos sus hombres ya habían abandonado el lugar, volviendo a sus cavernas. Entonces los tres los siguieron.

Quizá fuera por la tristeza de su propio pensamiento, ensombrecido por la partida de Sofía, o porque las rocas peladas y sin agua que acababa de recorrer revelaran ante sus ojos una verdad; pero, cualquiera sea su origen, Srebnitz por primera vez sintió la duda. Luchar con sesenta y un hombres contra cinco mil no parecía imposible bajo la dirección de Hlaka; pero tres elementos contribuyen a la fabricación de la pólvora negra, y para llevar adelante la guerra se necesitan algunos elementos más: uno de ellos es el agua. Y era bien claro que en esas cumbres áridas no podrían sostenerse mucho. Y entonces, en medio de la tristeza de su mente, llegó hasta Srebnitz en forma insidiosa, como llegan a los pantanos los insectos letales, las palabras del traidor que pronunciara su discurso en la plaza el día en que arribaron los germanos: ellos no podían luchar contra tanques en esas llanuras. El monte de robles y mirtos, donde podía conseguirse agua, había sido abandonado por Hlaka quién sabe por qué razón; nadie sabía por qué, pues él jamás discutía con ellos sus planes, sino que se basaba en su experiencia de los años pasados y en la lección que había extraído para el futuro.

—¿Qué haremos para conseguir agua? —preguntó Srebnitz a uno de los dos hombres que se hallaban con él.

—Hlaka ya se ocupará de ello —dijo el hombre, y algo en su tono le advirtió a Srebnitz que su duda había sido percibida.

Srebnitz no agregó más nada. Pero la duda persistía. ¿Se la sugería su propia tristeza? ¿Veía fantasmas? ¿O es que sus ojos comenzaban a ver más claramente una verdad que ya era bastante clara de por sí? No lo supo nunca.

Siguió en silencio hasta que llegaron a las cavernas. Cansado, a altas horas de la noche, a varias millas de la civilización, Srebnitz sintió de pronto algo que ya había experimentado con frecuencia en sus días de la Montaña: una sensación de hogar que se le ofrecía cuando más lo necesitaba, la súbita y comfortable idea de que las rocas y las estrellas, los oscuros picos de la Montaña y el vigoroso aire nocturno eran lo mismo que el techo y las paredes para hombres menos libres que ellos.

Llegó a la caverna en que se hallaban sus mantas, se las arrolló alrededor del cuerpo y se acostó. Una pequeña bolsa le servía de almohada; se quedó con las botas puestas, no para hallarse listo más pronto, sino simplemente porque ese pequeño aumento de comodidad que le produciría el quitárselas era una de las frivolidades de una vida pasada que había olvidado en la Montaña, desde que le parecía hallarse más

próximo a las cosas eternas, tales como las estrellas y la libertad. Un viento frío que se filtró en la caverna recorriendo todos sus rincones, algo que en otro tiempo hubiera considerado fastidioso y hostil, le pareció ahora un vecino, un espíritu amigo que residía en la Montaña: le sintió pasar sobre su cara y sus manos, escuchó su leve murmullo durante un rato, y bien pronto se quedó dormido.

Por la mañana le despertó la Aurora misma, pues su cueva daba al este, y apenas el sol saltó del lecho todo el campamento estuvo en pie. Aquí no era cuestión de relojes: apenas aparecía el sol, comenzaba el día: el día era parte de su vida misma y se levantaba con él.

Hlaka se hallaba ya en lo alto de la Montaña, donde hacía rato que inspeccionaba las rocas. Gregor e Iskander se acercaron a la cueva y llamaron a Srebnitz, quien los acompañó hacia el lugar, entre las rocas, donde iban a tomar el desayuno, que había sido preparado por el cocinero en un fuego encendido a una milla de allí.

Las ovejas habían llegado durante la noche, según Gregor le contó a Srebnitz; habían matado tres o cuatro, y a las restantes las tenían ocultas en una caverna. Srebnitz no oía ruido alguno y se preguntaba en qué caverna estarían. Pero Gregor contuvo su curiosidad. Al parecer, no debía hablarse de esas cosas. En realidad, el grueso del rebaño había sido conducido. Montaña abajo, en dirección al norte por uno de los nuevos miembros del grupo, que, aunque fiel a la causa de la libertad y de Europa, no había podido aprender en tan corto tiempo lo necesario para llegar a ser el tirador que Hlaka quería.

En una pequeña hondonada desayunaron todos, mientras un centinela la vigilaba, sin bayoneta ni fusil: sólo utilizaba sus oídos como único instrumento para descubrir aeroplanos a gran distancia.

No habiéndole ocurrido aún nada desagradable al espía, sentía éste una alegría tan exaltada, que parecía el más feliz de la banda.

Cuando Hlaka regresó de las rocas, traía sólo una expresión en su rostro, que quería ocultar a todos los que lo rodeaban: la de una persona profundamente sumida en sus pensamientos. Después del desayuno, llamó con una seña al espía, caminó un rato a su lado y, cuando estuvieron fuera del alcance de los demás, Hlaka dijo:

—Tus amigos te esperan esta noche, así que tenemos que libertarte. De las cosas que ellos desean saber de mí hay muy pocas que puedas contarles. Pero si les refieres algo de esto...

—No les diré nada, amo —dijo el espía.

—Tal vez no —dijo Hlaka—. Hay hombres que les han contado algo sobre mis movimientos; pero nunca te encontrarás con ellos.

—Me cuidaré bien de semejante compañía, amo —respondió el barbero.

—No te librarás de esa compañía —dijo Hlaka— si les cuentas a los alemanes lo que no quiero que sepan.

—Nunca, amo.

Hlaka nada respondió y el barbero sintió un estremecimiento de miedo, algo así

como un presentimiento.

—¿Dónde se encuentran, amo?

—Todos muertos —respondió Hlaka.

El barbero guardó silencio.

—Tu nombre es Trigoloutros —dijo Hlaka—. Tu negocio queda en la Calle de los Mártires. Podemos encontrarte en cualquier momento.

—Sé muy bien lo que tengo que hacer.

—Bueno —repuso Hlaka, y se volvió con sus hombres.

Habiendo quedado solo, el espía se puso a vagar entre las rocas como indeciso, no sabiendo si esperar hasta la hora en que los alemanes lo aguardaban o aceptar de inmediato lo que parecía ser la despedida de Hlaka. Lanzó una mirada hacia la silueta de Hlaka, que regresaba a las cavernas, y dio un paso en dirección a él, pero luego bruscamente se volvió y tomó el otro camino. Y los que vigilaban el sendero durante la mañana lo vieron alejarse de la Montaña y dirigirse a la ciudad.

Todo el día se lo pasó Hlaka ultimando los preparativos, como parecía haberlo hecho durante toda la noche, pues nadie lo vio dormir. Al mismo tiempo que elegía y examinaba su campo de batalla, vigilaba la instrucción de sus reclutas, o lo que allí se entendía por instrucción: aprender a mantenerse ocultos y aprender a tirar con regular puntería desde corta distancia. Ningún desfile de las más espléndidas tropas del mundo podría resultarle tan agradable a Hlaka como un desfile entre rocas y mirtos que fuera invisible para el observador.

Al mismo tiempo envió algunos hombres a traer las provisiones necesarias de lo que podría llamarse sus depósitos. Pues sólo para ojos superficiales Hlaka aparecía como no disponiendo de un comisariato: Hlaka extraía de sus depósitos los víveres y pertrechos que necesitaba con la misma regularidad que cualquier jefe militar, aun cuando sus comisarios se movieran en forma irregular y hasta subrepticia para acercarse a las granjas que tenían almacenadas sus provisiones para ellos. No había que llenar formalidades ni rendir cuentas a un comisario general: lo que Hlaka necesitaba le era entregado por el país entero, a cambio de lo cual él algún día había de dar libertad a La Tierra.

Tres o cuatro sogas de veinte metros de largo era lo que sus hombres andaban buscando ahora entre las granjas que había al pie de la Montaña. De los picos más próximos a la ciudad se descendía entre grises rocas desnudas con grandes curvas como pliegues de un cortinado, hasta que se llegaba al monte de robles y mirtos y luego a los brezales; pero hacia el norte había en las laderas verdaderos cinturones de rocas lisas que formaban precipicios.

A mitad de camino, de ese lado de la Montaña, uno de aquellos precipicios corría por varios centenares de metros sin una brecha ni una grieta, y tenía una elevación de quince a veinte metros. Estaba coronado por un bosquecillo de pinos. No era como defensa que Hlaka había elegido ese precipicio, pues no se necesitaba defensa alguna en esa parte de la Montaña, ya que nadie podría trepar por tal precipicio, y si trataran

de hacerlo, sería eligiendo la parte más difícil de la cuesta y haciendo perder el tiempo a todo el resto de los atacantes, si querían realizar una acción sincronizada.

La misma dificultad presentaba el descenso, y por esa razón Hlaka escogió el lugar como su línea de retirada, por si llegara tal momento. Nadie podría imaginar que se retiraría por un precipicio de más de quince metros de profundidad. Y fue allí donde ató las sogas a los troncos de los pinos, arrollándolas alrededor de los árboles. Eso quedaba al norte de los despeñaderos, desde donde podían verse las montañas azules brillando suavemente.

A Srebnitz y a los hombres que se habían unido a Hlaka antes que él, les explicó lo que pensaba hacer y lo que los alemanes se proponían.

—Los aplastaremos con la superioridad numérica —dijo.

Curiosa observación de un hombre que estaba a punto de luchar con sesenta y un hombres contra cinco mil; y sin embargo tenía razón, pues en un terreno que conocía muy bien, por dondequiera que llevara a sus hombres serían muy superiores en número a una parte de la línea que iba a rodear la montaña. Si pudiera conseguir agua a esa altura podría sostenerse en ella todo el tiempo que durara la guerra. Hlaka había pensado que no podría sostenerse indefinidamente entre los mirtos y brezales donde había agua porque los alemanes podrían apoderarse de las alturas y tirar sobre ellos, mientras vendrían otros desde abajo. Eso no se lo dijo a sus hombres, pues no acostumbraba discutir sus planes con ellos, pero era ésa la razón por la cual había preferido los picos más altos, por encima de los arroyos y los manantiales. Luego Hlaka quedó parado mirando fijamente las lejanas montañas azules, tanto que sus hombres se preguntaron si se propondría realizar un viaje tan largo por tierra que se hallaba en manos del enemigo.

—Pero ¿es que esas montañas se encuentran en La Tierra? —inquirió uno de ellos.

Pues se trataba de un país muy pequeño y, aunque los picos más próximos de las montañas azules se hallaban dentro de sus fronteras, una parte de la cordillera corría por otras naciones.

—Ya no existen fronteras —aseveró Hlaka—. Nada importa si estamos en nuestra Tierra o en otras tierras que nos apoyan, o aunque sea en las que no están con nosotros. Donde hay montañas habrá hombres libres. Pero fronteras ya no hay.

—¿Cómo llegaremos allí, jefe? —preguntó uno de sus hombres.

—Las ovejas salvajes llegan —respondió Hlaka, sin dignarse agregar nada más para explicar cómo los hombres harían lo mismo que las ovejas salvajes habían podido hacer.

## XIX

CUANDO Hlaka llegó con sus hombres a la ladera rocosa donde tenían el campamento, desde la cual se divisaba a lo lejos la ciudad, se presentó ante su vista un espectáculo inusitado en tiempo de paz y más raro aún en época de guerra: un taxi estaba subiendo por el camino de la montaña. Los centinelas de Hlaka, cuerpo a tierra detrás de las rocas y con sus fusiles preparados, lo observaban con curiosidad. Antes de llegar al final del camino se detuvo, y un hombre descendió de él. Lo reconocieron en seguida, aun a tal distancia, por su gesto furtivo: era Trigoloutros. Siguió a pie el resto del camino y empezó a trepar por la ladera desnuda hacia las rocas donde ellos se encontraban, mientras el taxi giraba y luego quedaba aguardando. En tanto Trigoloutros iba trepando no vio a nadie; pero cuando se encontró casi en medio de las fuerzas de Hlaka, apareció uno de ellos y lo condujo a presencia del jefe. Hlaka se hallaba sentado frente a su caverna sobre una pila de bolsas.

—Amo —dijo Trigoloutros—, he sabido algo que le interesará conocer y vengo a contárselo.

—¿Cómo has conseguido el taxi?

El espía miró en dirección al coche con aire sorprendido, como si también él se admirara de ello.

—Lo llamé y le pedí al conductor que me trajera para ver a Su Excelencia.

—¿Cómo sabes cuáles son las noticias que me interesan? —preguntó Hlaka.

—Amo, es mi oficio el conocer tales cosas. Y espero que sea de su agrado que yo haya venido de inmediato.

—¿Cuáles son tus noticias? —dijo Hlaka.

—Mañana, al alba, ejecutarán al obispo de Ilion —respondió el espía.

—Debes ir a ver a von Wald —ordenó Hlaka— y decirle que iremos a rescatar al obispo al amanecer.

—¿Decirle que irán? —preguntó el espía.

—Sí, todos nosotros —repuso Hlaka—. Y luego puedes decirle lo que quieras. Ustedes los barberos saben hablar. Pero, digas lo que digas, has de lograr que den la orden de ejecutar al obispo en seguida en vez de hacerlo al alba. Ha de ser alrededor de la media noche cuando vayas a ver al mayor. Algunos de los nuestros estarán allí, detrás del muro, en el bosque de pinos. Traerán al obispo hasta el muro, con el pelotón de fusilamiento frente a él. Los alemanes esperarán una descarga, y una descarga oirán, pero será la última escena de esa clase, o de cualquier otra, que ha de ver ese pelotón. Pero ten cuidado de no fracasar con von Wald. Pues si el obispo muere... —Hlaka miró al espía y vio que era innecesario agregar más.

—Pondré de mi parte todo lo que pueda —dijo Trigoloutros.

Hlaka no respondió.

El bosque al que se refería el espía era uno que penetraba profundamente en la

ciudad hasta el muro mismo de la prisión. Hay ciudades que tienen características extrañas: Constantina, en Argelia, tiene una profunda hondonada; Bristol y Dublin tienen el mar; Edimburgo, un precipicio, y hay calles pavimentadas que bruscamente ascienden por una montaña; esta ciudad tenía un pequeño bosque.

—Pondré de mi parte todo lo que pueda —repitió Trigoloutros.

Hlaka volvió a mirarlo, pero no habló. Y la mirada produjo tanto temor en el espía, que todas sus astucias despertaron en los cubiles ocultos en la oscuridad de su cerebro donde dormían un sueño ligero. Pensó arteramente cómo seducir al mayor von Wald para que diera la orden fatal que había de salvar al obispo. Le sonrió a Hlaka, esperando apaciguarlo, pues todavía sentía el terror que le produjera su mirada; pero su aspecto heló la sonrisa en los labios del espía, que comprendió que sólo lo lograría si cumplía lo que se le había ordenado.

—Lo haré, amo —dijo Trigoloutros.

Hlaka asintió con un movimiento de cabeza. El espía se volvió para retirarse. Pero antes Hlaka le dijo:

—No trates de conseguir la orden de von Wald hasta que veas un fuego aquí, en la Montaña. Observa la Montaña. Cuando el fuego se encienda, estaremos prontos.

—Estaré atento, amo.

Hlaka no dijo más nada, y el barbero descendió por las rocas hacia el camino, en dirección a su taxi.

Entonces Hlaka llamó a Srebnitz, Iskander y Gregor, y al cocinero con otros tres de sus mejores tiradores, y todos ellos comieron juntos antes de descansar, mientras él les explicaba su plan.

Tenían que ponerse en marcha, como acostumbraba marchar el ejército de Hlaka, no de cuatro en fondo, sino de a uno, no conservando la izquierda o la derecha, sino siendo cada cual su propio guía; no marchando erguidos y en línea recta, sino deslizándose de una puerta a otra, corriendo descalzos por el pavimento, ocultándose en los jardines, y luego echándose a correr de nuevo. Tenían que llevarse mantas oscuras usándolas como capas, con los fusiles bajo esas capas, y cada hombre debía llevar el cuchillo en la mano, pero oculto a lo largo del brazo. Tenían que encontrarse en el bosque de pinos detrás de la baja muralla blanca frente a la cual los hombres de Hitler llevaban a cabo sus ejecuciones. Un poco fuera de los límites de la ciudad había unos cuantos árboles frutales en un descampado; allí cerca aguardaba el resto de las fuerzas de Hlaka, de modo que, si tenían que luchar para abrirse paso al regresar, encontrarán pronto refuerzos como para superar en número a sus perseguidores.

Estuvieron listos tan pronto el crepúsculo tocó la Montaña. Y apenas la luz del sol poniente fue menos intensa que la de la luna, los ocho hombres empezaron a descender, entre mirtos y brezales, para dirigirse a una parte de la ciudad bastante a la izquierda de donde habían estado antes, es decir, hacia el este. Las aves regresaban ya a los árboles, y los murciélagos comenzaban a volar antes de que ellos se

aproximaran a la ciudad. Se movían en medio de una luz que no permitía distinguir a un hombre a cierta distancia.

Cuando iban llegando ya, traían la noche consigo, y caminaban entre sombras, menos visibles que las mariposas nocturnas que se levantaban de entre los brezos que ellos movían a su paso, luciendo sus pálidas alas que brillaban a la luz de la luna.

Al acercarse al borde de la ciudad se veía sobre los muros blancos ese tinte azulado que forma parte del hechizo de la luna. Todo era quietud en el pueblo, entre cuyas reglamentaciones municipales existía una que imponía la pena de muerte para aquel que fuera hallado en las calles después de la puesta del sol, excepción hecha del enemigo, las botas de cuyas patrullas se oían resonar aquí y allí en medio del silencio circundante.

Aunque capital, la ciudad era pequeña, quizá no mayor que Canterbury. Dos o tres calles fue todo lo que tuvieron que atravesar para llegar al bosque que se encontraba en el corazón mismo de la ciudad. Un gato negro, que se arrastraba furtivamente en dirección a la ciudad, oyó ruido de pasos frente a sí, y se detuvo a escuchar, deslizándose en seguida dentro de un jardín, entre magnolias y limoneros: Gregor, cuya silueta oscura de pies descalzos también bajaba por la misma calle, hizo lo mismo que el gato. Y Srebnitz, que lo seguía a pocos metros de distancia, lo imitó. Cuando la calle quedó silenciosa de nuevo, los tres siguieron su camino.

Para cualquiera que observara la calle desde una ventana, la noche le parecería llena de sombras, como toda noche de luna; pero entre esas sombras se movían Hlaka y sus siete hombres. Todos llegaron sin ser vistos hasta el bosque de pinos, tan extraordinario en una ciudad, naturaleza oculta aún de día, y de noche un lugar que puede amparar hasta donde la imaginación alcance cuantos espíritus antiguos hayan bendecido alguna vez La Tierra. Y los que paseaban por ese bosque cuando el mundo estaba en paz se sentían más próximos a las cosas que escapan al entendimiento y a las formas sólo entrevistas por los poetas que lo que la gente de otras poblaciones pueda imaginar.

La floresta llegaba hasta los muros mismos de las casas, como si la Naturaleza no temiera al hombre, ni siquiera al hombre que era hostil. La pequeña pared blanqueada, de apenas un metro y medio de altura, construida de piedras redondas, que penetraba un poco en ella y luego se detenía como perdida entre los árboles, no era bastante sofisticada para turbar la tranquilidad de los pinos y parecía que no lograría jamás amedrentar a una dríada. Y era contra esa pared que los alemanes acostumbraban colocar a todo hombre o mujer que deseaban ejecutar.

Hlaka había hecho señales con una linterna eléctrica a los hombres que dejara detrás de él, antes de internarse entre los pinos, y ellos habían transmitido la señal a la Montaña, en uno de cuyos picos ardía ahora un fuego. Hlaka condujo a su gente hombro con hombro a lo largo de la pared, en el extremo más alejado de la prisión, deslizándose suavemente luego entre los árboles como una criatura feérica. Suavemente se escurrió por las calles de la ciudad hasta llegar a aquella en que

habían vivido los padres de Srebnitz.

Allí quedó escuchando, listo para esconderse si se acercara una patrulla, pero aguardando otros pasos. Y otros pasos se oyeron. Era el barbero. Pasó junto a Hlaka, en la oscuridad, sin verlo. Y Hlaka puso su mano izquierda sobre la boca del barbero y con la derecha le dio un golpe a la altura del corazón, murmurando en su oído.

—Así será si...

Y cuando levantó su mano izquierda y el barbero pudo respirar de nuevo, y quiso empezar a protestar de que él jamás traicionaría a Hlaka, éste le dijo:

—¡Silencio!

Y volvió a deslizarse entre las sombras para regresar junto a su gente, en el bosque.

Hay hombres a quienes los que se hallan en puestos elevados reciben en cualquier momento, pues los que están en las alturas no pueden escoger a aquellos a quienes se asocian, con la misma facilidad que otras personas. Trigoloutros estaba siempre seguro de ser recibido por ellos. Golpeó con los nudillos en la puerta de la casa que había sido de Srebnitz: dos golpes suaves y rápidos seguidos por otros dos más fuertes y espaciados. La puerta se abrió de inmediato y el espía entró.

—Amo —dijo Trigoloutros—, los traidores, los bandidos, se han enterado de lo del obispo y vendrán a rescatarlo al alba con todas sus fuerzas a menos que...

—¿A menos qué? —dijo el mayor.

—A menos que logren impedirselo —repuso el espía—. Ellos creen que la ejecución será al alba.

—Así será.

—Entonces lo rescatarán.

—¿Por qué camino vienen? —preguntó el mayor von Wald.

—Amo, eso no se puede saber con los hombres de Hlaka. Pero vendrán al amanecer.

—¿Es verdad?

—Amo, le juro que es verdad —dijo el espía—. ¿Cómo podría yo mentirle a un oficial tan importante, cuando dentro de unas horas se descubriría todo? Si los hombres de Hlaka no empiezan pronto a bajar de la Montaña yo habré mentido y no mereceré seguir viviendo. Si no vienen, usted lo sabrá. ¿Cómo me atrevería a mentir?

—Enviaré hombres para detenerlos —dijo el mayor, y su mano se apoyó en un teléfono que había ahora en la habitación.

—Pero, amo —dijo Trigoloutros en un tono tan plañidero y extendiendo las manos en forma tan suplicante que el mayor no levantó el auricular—. Ellos se deslizan por todas partes en medio de la oscuridad. No es posible saber por qué camino vendrán. A la luz del día no podrán regresar, si esperan en vano junto al muro de las ejecuciones y el obispo no llega.

El mayor quedó en silencio y sin tocar el teléfono. Cuando Trigoloutros vio que le había inculcado la idea no agregó más nada y dejó el resto para el mayor, que

entonces sí levantó el auricular, se comunicó con la prisión y dijo:

—Que el obispo sea ejecutado inmediatamente.

Eso era todo. Trigoloutros empezó a renovar sus protestas de que la llegada de Hlaka y sus hombres a la ciudad probaría que él no mentía, como jamás les mintió, en ninguna ocasión, a los alemanes. Pero los que tienen acceso a las alturas por razones como las del barbero no permanecen en ellas más que el tiempo en que su hechizo puede obrar. El hechizo era la información que traía y, habiéndola expuesto, no había ya lugar allí para Trigoloutros. Así es que trató de sonreír, hizo una reverencia, se le señaló la puerta, y él regresó a su barbería llevando en la mano un pase que le permitía andar por las calles de noche sin perder la vida.

## XX

**D** MITROPOULOS, Obispo titular de Ilion, había sido arrestado el día anterior y juzgado esa mañana por una corte marcial alemana que lo había sentenciado a muerte.

El obispo no había comprendido del todo los cargos, pero era culpable, sin duda alguna. Él tenía la idea de que recibía sus órdenes sólo del jefe de su Iglesia, y que el jefe de su Iglesia era superior a Hitler mismo. En consecuencia, todas las órdenes que recibía de los alemanes, aunque escuchadas con la mayor cortesía, si estaban en contradicción con el ritual o la disciplina de su Iglesia eran invariablemente ignoradas.

De modo que, poco antes, un sargento alemán y dos soldados con las bayonetas caladas habían llamado a la puerta del obispo y fueron recibidos con una sonrisa; con ellos marchó a la prisión. De allí fue llevado al día siguiente ante la corte marcial, a cuyo presidente le hizo una reverencia, y escuchó una acusación con muchas cláusulas, muchas de las cuales parecían verídicas.

Al obispo le resultaba difícil defenderse sin descortesía y, por eso, muchos de los cargos quedaron sin respuesta. Pero no es probable que de haberse defendido pudiera tener más éxito que el que obtuvo con los restantes; y la muerte era, monótonamente, la pena para todos ellos. Los cargos eran veinte, y la corte marcial lo encontró culpable en todos los casos, sentenciándolo a muerte; el obispo volvió a hacer una reverencia y fue sacado de allí.

De vuelta en su celda, pensó en muchas cosas. Sus pensamientos, intensificados por la proximidad de la muerte, penetraban profundamente en el presente, el pasado y el futuro. Veía con claridad la potencia de los alemanes en el presente, y cómo sus ejércitos, con una fuerza de millones de hombres, enviados a pequeños países podían aplastarlos y mantenerlos dominados por los terribles métodos que él mismo había tenido oportunidad de experimentar y que paralizaban los nervios de la gente más fuerte, dejándolos impotentes, mientras que los débiles y astutos eran llevados por el terror a trabajar para sus opresores. Veía el futuro con singular claridad, quizá difícil de esperar en un hombre sin conocimientos militares, y comprendía que los métodos que habían hecho tan poderosos a los alemanes acabarían por arrojarlos como parias de todas las tierras, hasta que volvieran a la suya propia.

Sus pensamientos, que revoloteaban hacia atrás y adelante, rápidos como una mariposa cogida en la red, veían a Hitler como un coloso de granito, más grande que la imagen de cualquier monarca egipcio; veía a ese coloso un poco más adelante, unos años después, caído por su propio gran peso y hecho pedazos, tan minúsculos pedazos que entre ellos volvían a crecer las flores y el mundo volvía a ser decente.

Luego sus pensamientos se apartaron de esas cosas, del oscuro presente y de la ruina que sobrevendría, sin embargo, sobre el coloso que lo había oscurecido, y se volvieron al pasado, a la belleza de La Tierra antes de la llegada del coloso. Era en

los días en que Hitler aún no había atacado a Rusia, y el obispo tenía muy pocos elementos que lo guiaran en su visión del futuro, salvo que fuera un profeta.

Volvió nuevamente al pasado. Tenía recuerdos muy serenos, y sus pensamientos viajaban por ellos como seres alados cabalgando sobre un rayo de sol. Pasaron por iglesias oscuras en las que brillaban pequeñas iamparitas y los iconos de plata y oro despedían vivo fulgor, y retrocedieron más, hasta los días en que no se había ordenado todavía, y más lejos aún, hasta escenas antiguas que él creía olvidadas.

Las ideas eran sencillas y claras, y podrían referirse, pero no en un volumen, pues esos pensamientos postreros que recorren rápidamente años, contemplando los días desde el punto de mira de las últimas horas, son más numerosos de lo que puede relatarse en un libro, aun por una pluma capaz de hacerles justicia. Había material allí para muchos libros y para muchos poemas. Los pensamientos del obispo, pues, eran más de lo que cualquier pluma pueda recoger y, por lo que sabemos, se han perdido; por eso no podemos conocerlos.

Muy temprano, esa tarde, la poca luz que penetraba en su celda a través de la ventana con barrotes comenzó a desvanecerse, pero las escenas en los jardines de su juventud no perdían brillo; por el contrario, en la penumbra su visión interior se fortalecía, como si se sintiera un poco deslumbrado por la luz del día y empezara ahora a ver más claramente. Debía haber, ¡ay!, muchos hombres, en varios países, que a esas horas estarían así sentados en una prisión, esperando su última hora, con un centinela alemán frente a la puerta.

El carcelero penetró en la celda para traerle su cena. Era un compatriota del obispo, un nativo de La Tierra, y había sido carcelero durante muchos años; cuando llegaron los alemanes lo emplearon en su antiguo oficio sin consultarle. Él no sentía especial interés por los alemanes, ni los conocía mayormente, como no conocía nada fuera de la ciudad, pero cuando llegaron simpatizó con ellos inmediatamente. Le parecía que eso formaba parte de su trabajo, y que él tenía algo de común con Hitler, pues uno puede comparar las cosas más pequeñas con las más grandes que armonizan con ellas. Así, aunque muy humildemente, sintió simpatía por la autoridad que dominaba la mayor parte de Europa.

El obispo le preguntó a qué hora amanecía; eso lo sabía muy bien el carcelero, pues últimamente había llamado a muchos de sus huéspedes a una hora conveniente como para que estuvieran listos para el alba, y calculaba aproximadamente que cada día amanecía dos minutos más tarde. Así se lo dijo al obispo, y éste le dio las gracias.

Entonces el carcelero salió con sus llaves y cerró la puerta, dejando al obispo nuevamente solo con sus recuerdos: como las golondrinas que retornan a los aleros que ya conocen, sus recuerdos cruzaron los años para volver a las aldeas de tejas rojas, al pie de las colinas de La Tierra y al borde de los bosques de alcornoque, en cuyos claros se pasearon por entre el esplendor de la floresta, que nada le debía al hombre; y, sea que volaran por esos claros del bosque o por jardines embellecidos por la mano del hombre, siempre se elevaba al final de cada escena recordada por su

mente una hilera distante de montañas color azul pálido, que parecían observar gravemente a La Tierra. La visión de esas montañas, que a fuerza de verlas durante muchos años eran tan claras en su imaginación, le ayudó al obispo a mirar más fácilmente a través del tiempo que si su mente no hubiera sido ayudada por esas potentes figuras que a él le parecían hallarse a mitad de camino entre el tiempo y la eternidad. Y su belleza era toda una promesa para sus esperanzas, pues si en verdad se hallaban entre el tiempo y la eternidad, la belleza de esa puerta en los límites del tiempo estaba plena de promesas de lo que habría más allá.

A veces, entre sus pensamientos se deslizaba un oscuro temor, como si ya fuera la hora del alba, helando y arrojando una sombra sobre esas brillantes escenas durante unos instantes; pero había espacios serenos entre sus recuerdos a los que podía retornar sin que lo acompañaran esos temores, y la mayoría de esos espacios se hallaban al pie de las montañas azules. Y más allá de esas montañas, más allá de La Tierra, más allá del mundo, ¿qué habría?

Había pensado disponer de gran parte de la noche para sus oraciones, pues no iba a dormir. Y ahora la noche llegaba, y con ella penetraba la oscuridad en su celda. En medio de las tinieblas veía con más claridad en el pasado; y es entonces que se hubiera necesitado la pluma encantada y la gran cantidad de volúmenes. No podría relatarse la vida de ningún hombre en forma adecuada sin muchos volúmenes y una pluma encantada, porque los pensamientos humanos son el material con que se hace poesía dondequiera puedan descubrirse y ser detenidos en su vuelo.

A medianoche las meditaciones del obispo fueron interrumpidas por el ruido de la llave en la cerradura de su puerta, y el carcelero entró. Estaba casi avergonzado, pues cierto sentido de la decencia le revelaba cuán molesto era.

—Será esta noche, y no al amanecer —dijo.

—¿Cuándo? —preguntó el obispo.

—Ahora.

—Pero eso no me deja tiempo para mis oraciones.

El carcelero se encogió de hombros, sin levantar la vista del suelo. En seguida se oyeron los pasos de tres hombres que marchaban por el corredor.

—Pero aún no estoy listo —dijo el obispo.

En ese momento entraron los hombres, un cabo y dos soldados, y una mirada a sus caras le indicó al obispo que ninguna de sus palabras podría surtir efecto sobre ellos ni modificar sus intenciones. En ese mismo instante comprendió que no decía la verdad: estaba listo; siempre estuvo listo. Le hubiera gustado poder dedicar más tiempo a sus oraciones, pero también hubiera querido muchas otras cosas que no era posible lograr bajo el peso de lo que ahora estaba aplastando a La Tierra. Y vió, como entre dos relámpagos, todas las cosas honestas destrozadas, y también una especie de perfume que se levantaba de entre las ruinas, para acabar destruyendo por completo la fuerza que ahora las destruía.

—Perdón —dijo—. Estoy listo.

Y el cabo se lo llevó de allí, junto con sus dos soldados. Una suerte de angustia se apoderó del carcelero, como una flor que aparece entre las rocas; pero desapareció, como una flor que se marchita. La puerta de la prisión daba a la orilla del bosque; cuando se abrió, tres soldados más se les unieron. También había un oficial, que aguardaba en el exterior y, mientras los tres soldados seguían al obispo, él se internó en el bosque. El grupo no había avanzado más de cuarenta metros, cuando el cabo dio la voz de ¡Alto! Luego condujo al obispo hacia el muro y comenzó a vendarle los ojos.

—¿Para qué, en esta oscuridad? —dijo el obispo.

Pero el cabo no dio muestras de haber oído. El pelotón de fusilamiento se hallaba a pocos metros de distancia a causa de la oscuridad de la noche, que hacía difícil la puntería desde más lejos. Los hombres se habían distribuido en dos filas, con un espacio a la derecha de la posterior, para el cabo, que se dirigió a ese lugar. El oficial, un poco a la derecha del pelotón, tenía en la mano una linterna eléctrica, que dirigía ya al pecho del obispo, donde brillaba un crucifijo de oro. Entonces hizo una inspiración para dar la orden, pero se le cortó la respiración, porque en ese instante recibió un tiro de Hlaka. Y la descarga que los alemanes, que escuchaban en la prisión, esperaban oír, se produjo, pero de ocho fusiles en lugar de seis, y desde el muro y no hacia él. Un tiro retrasado se oyó después de los anteriores, como en una descarga desapareja: era Hlaka que disparaba sobre el sexto hombre que no había caído de inmediato. Durante un rato, Hlaka y sus hombres permanecieron inmóviles, para descubrir si los alemanes se habían sorprendido; pero nada se movía en la prisión. El pelotón de fusilamiento y su oficial estaban a cubierto de toda sospecha: el único sorprendido fue el obispo. Hlaka se deslizó a lo largo de la pared, acercándose a él.

—Es Hlaka —dijo en su oído—. Los alemanes están muertos ya.

Empezó a desatar la venda de sus ojos, que estaba anudada sobre un pequeño círculo de cabello trenzado que los sacerdotes de la iglesia ortodoxa llevan en la parte posterior de la cabeza.

—Gracias —dijo el obispo.

—Tenemos que marchar hacia la Montaña —dijo Hlaka—. ¿Sería mucho pedirle que se quitara las botas?

## XXI

**H**LAKA evitaba sobre todo tirar de noche en la ciudad, a causa de la gran dificultad que presentaba la huida después, y prohibía a sus hombres el hacerlo. Pero la descarga esa noche más bien tranquilizó a los alemanes, pues habían sido advertidos por teléfono de que se esperaba una ejecución a medianoche. Un oficial mayor, que fue despertado de su sueño por ese tiro aislado que sonó después de los otros, juzgó que arruinaba de tal modo la descarga que resolvió informar por la mañana sobre el particular y pedir una investigación. Todo asunto militar, de cualquier índole que fuera, debía llevarse a cabo en la forma más perfecta y ordenada: una ejecución, no menos que los ejercicios militares; y quizá más. Pues la descarga se oiría por toda la ciudad, y la población juzgaría a los alemanes por todos sus actos. Además, una ejecución era un castigo ejemplar, y cuanto debía servir de ejemplo, sea en la paz o en la guerra, tenía que ser perfecto en todo sentido. Y una descarga como ésa no podía enseñar con claridad. Era como un maestro de escuela con tos. Así pensaba el coronel.

El mayor von Wald estaba muy disgustado. Sentía que esa era especialmente su ejecución; y el oír que se producía en esa forma le daba la sensación de que su ropa interior estuviera secándose en público y una de las piezas estuviera rota y mal zurcida. A otros alemanes se les ocurrieron ideas similares, pues constituyen una nación metódica. Pero a nadie se le ocurrió que el pelotón de fusilamiento había sido fusilado, o que los verdugos estaban muertos, y el obispo, vivo.

Con la máxima velocidad con que Hlaka podía conducir al obispo, corría por las calles. Estaban tan tranquilas como si nada hubiera sucedido. Como sombras se deslizaban los demás integrantes del grupo de Hlaka, corriendo delante y detrás de él, en dirección a la Montaña. Las calles eran menos oscuras que el bosque, las copas de cuyos árboles ocultaban la luna. El obispo llevaba ropas más oscuras que cualquiera de los hombres de Hlaka, y eso era muy bueno porque él no tenía el andar de pantera de ellos ni su conocimiento intuitivo del peligro y cómo evitarlo.

Cada hombre tenía dos fusiles, excepto Hlaka, y uno que sólo llevaba una pistola además de su fusil, pues habían despojado de sus armas y municiones al pelotón de fusilamiento y al oficial que los mandaba.

Hicieron la mitad del camino a través de las calles, hacia el confín de la ciudad, sin percibir signo alguno de peligro; de pronto oyeron unos pasos que se dirigían a donde ellos se encontraban. Eran demasiado firmes y sonoros como para tratarse de un ciudadano que había salido de noche, desafiando a la muerte. Hlaka detuvo al obispo y lo hizo retroceder un poco hasta un arbusto oscuro que podía ocultarlo. Los pasos se iban aproximando, descendiendo por la calle que venía de la Montaña. Era un hombre solo. Ni el obispo ni Hlaka hablaron. De pronto se oyó un grito, y los pies ya no siguieron andando. El desconocido había caído en manos de algunos de los montañeses. En seguida Hlaka, con el obispo, se lanzó a correr en dirección a la

Montaña; y todos sus hombres corrían también, a fin de alcanzar la orilla de la ciudad antes de que la Gestapo pudiera venir a averiguar la causa del grito. Vendrían, con toda seguridad, pues ninguno de los habitantes de La Tierra tenía derecho a gritar de noche en las calles, y si se tratara de un alemán ya el asunto resultaría mucho más serio. Pero sólo les quedaban ya unos trescientos metros por recorrer, y apenas salieran de la ciudad se encontrarían con toda la fuerza de Hlaka aguardándolos. Antes de cien metros, Gregor le dijo a Srebnitz, que corría a su lado:

—Ahora podemos usar nuestros fusiles, si tratan de detenernos.

Y ambos prepararon sus armas, pues podían fácilmente llegar a los límites de la ciudad antes de que cualquier alemán que hubiera oído sus tiros pudiera alcanzarlos. Es probable que los demás hicieran lo mismo, pero no se oyeron más pasos y ellos no se vieron obligados a disparar un tiro. Todos llegaron a dejar la ciudad, y no habían andado mucho por el campo cuando divisaron unas figuras a la luz de la luna, que resultaron ser los cincuenta hombres que Hlaka había dejado allí. Entonces éste se arrodilló y le calzó las botas al obispo.

Durante una hora estuvieron trepando por la Montaña, a través de los brezales, el obispo delante, con dos hombres para ayudarlo, y los restantes entre él y la ciudad; no había rumores de persecución. Al fin de la hora Hlaka se aproximó al obispo, se disculpó por la fatiga que debía sentir, y le preguntó si no querría irse a la cama por un par de horas. El obispo asintió sonriendo, pues creyó que Hlaka se refería a los brezos. Pero ante su sorpresa vio un colchón a su lado y a dos hombres que acomodaban las sábanas y mantas, una almohada y hasta un almohadón. Pues Hlaka había enviado a varios de sus hombres a las casas de extramuros, donde les habían proporcionado todas esas cosas y además gran cantidad de huevos, pan, queso, manteca y unas cuantas latas de sardinas. El obispo durmió en su cama por más de tres horas, un sueño profundo y reparador, pues su mente estaba demasiado fatigada como para soñar, y sus piernas estaban también cansadas.

Y los hombres de Hlaka durmieron en sus lechos, formados por manojos de brezos, excepción hecha de un semicírculo de centinelas que miraban hacia la ciudad. Una hora antes del amanecer Hlaka despertó al obispo y todos juntos siguieron ascendiendo por la Montaña.

En ese momento los alemanes al parecer se enteraron del asunto de su pelotón de fusilamiento, o habrían mandado a algunos hombres para enterrar al obispo, pues comenzaron a oírse tiros en la ciudad y a estallar sobre la Montaña bombas luminosas que dejaban caer sus pequeños soles dorados, que descendían suavemente entre las rocas, los mirtos y los brezos por toda la ladera de la Montaña. Como una cayera cerca de los hombres de Hlaka, éste les ordenó permanecer quietos; y quedaron inmóviles, como congelados, en cualquier actitud que se hallaran. La bomba los iluminó, pero la noche era muy oscura y los alemanes no podían distinguir sus figuras de las rocas y los mirtos. La siguió una granada de metralla, que se estrelló en vano contra el pico que la gente de Hlaka acababa de abandonar.

Cuando el alba tocó los techos de la ciudad, muy debajo de ellos, y brilló en las grises ventanas, los montañeses se hallaban aún entre los mirtos. Aumentó en intensidad y las ventanas comenzaron a iluminarse con un tono naranja, y las chimeneas a lanzar humo, acá y allá. Uno de los hombres de Hlaka volvió la cabeza y, mirando hacia las casas, quedó un rato inmóvil. Con la luz del alba en su rostro, pareció que Hlaka había leído sus pensamientos, pues de repente le dijo:

—Nosotros no tenemos familia. La libertad es nuestra madre, nuestra hermana y nuestros hijos.

Entonces el hombre se volvió y siguió la ascensión. Volvieron hacia las cavernas, en los picos más elevados, y encontraron el desayuno listo, preparado por los pocos hombres que Hlaka había dejado allí. Todos tomaron su alimento junto a un fuego pequeño pero acogedor, cuyas brasas no despedían humo, y a ratos Iskander cantaba mientras ellos comían.

Hlaka se disculpó ante el obispo por la falta de comodidades. Pero éste le dijo:

—Desde la ventana de mi casa tengo una hermosa vista, pero nunca tuve ante mis ojos un panorama tan bello mientras desayunaba.

Y en realidad la mirada abarcaba medio reino, pues se hallaban justo sobre las cumbres que dan al norte, y desde allí podía verse la planicie a sus pies como un inmenso jardín, cuyo límite eran las montañas azules, que brillaban ahora con un nuevo encanto como si fueran la frontera del país de las hadas. Y en el jardín que se extendía de un confín hasta el otro, desde los picos donde ellos se hallaban hasta las montañas azules, crecían todos los productos que en La Tierra se cultivaban desde remotas edades, y algunos otros, tales como el tabaco, que no llegaron a La Tierra sino mucho más tarde. Y, a gran distancia, la vista distinguía otra frontera: el borde azul oscuro de una región sobre la que los italianos reclamaban el dominio, y a la que los alemanes nunca comprendieron. Junto a esa frontera la Tiranía tenía que detenerse; cruzándola, un hombre podía gritar *Heil Hitler!* tan alto como quisiera y, aunque su voz llegara a oírse por sobre el estampido de la otra voz, no obtendría más respuesta que la mofa universal de lo que el poeta griego llamó las sonrisas infinitas del siempre riente océano.

## XXII

**D**ESPUÉS del desayuno Hlaka condujo al obispo hasta una caverna cubierta por dos mantas, donde su cama estaba preparada de nuevo, pues el obispo no había dormido lo suficiente como para estar descansado ni siquiera después de un día tranquilo.

En seguida Hlaka se abocó a los preparativos para defenderse del ataque que, de acuerdo con la información del barbero, era probable que se produjera al día siguiente. Sobre todo se dedicó a hacerles practicar tiro a sus hombres, para lo cual colocaba unas piedras a ochenta metros de distancia y les obligaba a disparar sobre ellas poniéndose a cubierto, pues disponía de menos tiempo para entrenar a su gente de lo que tuvo el duque de Monmouth antes de la batalla de Sedgemoor. Un centinela hizo un signo desde uno de los riscos, y Hlaka, al acercarse a él, vio a un hombre que subía a toda prisa el camino de la montaña. Era una furtiva figura la que se aproximaba, y sin embargo no se trataba del barbero. Después de un rato Hlaka envió a uno de sus hombres para traer al extraño a su presencia. Resultó ser un hombre que traía una carta de Trigoloutros, que debía entregar en manos de Hlaka. Parecía temer a los montañeses, pero el apuro con que venía de la ciudad demostraba que tenía también otros temores. Si algún hombre puede ser más vil que un espía, éste parecía más vil que Trigoloutros, como si se tratara de alguien que estuviera al servicio de los espías sin haber sido admitido aún en su círculo. Se quitó el sombrero ante Hlaka y le entregó la carta, sosteniendo el sombrero con ambas manos mientras éste la leía. La carta decía:

«Jefe: Sospechan de mí porque dije que ustedes vendrían al alba, y no fue así. Hay hombres que vigilan mi calle. Sé que vigilan para evitar que me escape. Pronto seré interrogado por la Gestapo. A los hombres vigilados se los interroga siempre. Quizá sea interrogado hoy mismo. Venga pronto, amo, con todos sus hombres y sálveme. Yo podré contarle muchas cosas si me lleva a la Montaña, a salvo, pues conozco los planes de los germanos. Oficiales muy importantes han hablado en mi presencia. Yo le deseo bien a usted y estoy dispuesto a servirlo. Pero si no viene a rescatarme, y si la Gestapo me hace preguntas sobre Su Excelencia, puedo verme obligado, Dios sabe hasta qué punto contra mi voluntad, a decirles lo que he observado en la Montaña y lo que sé de los planes de Su Excelencia. Créame, amo, yo observo mucho: no puedo evitarlo; Dios me ha dado esta clase de ojo. No tengo tiempo para más, amo. Auxilio. Auxilio pronto. Devoto servidor de Su Excelencia. —*Andreas Trigoloutros*».

—Contéstale que le enviaré un mensaje verbal —dijo Hlaka.

—El tiempo apremia —observó el mensajero.

—Se lo enviaré en seguida.

Los ojos del mensajero de Trigoloutros giraron por sobre los riscos como a la espera de alguna clase de hospitalidad, pero Hlaka lo despachó en seguida. Cuando se hubo marchado, Hlaka llamó a Srebnitz y le mostró la carta del barbero, impartándole una breve orden. No era frecuente que Hlaka diera alguna explicación al ordenar algo, de modo que el enseñarle la carta del barbero a Srebnitz significaba una especial distinción.

Srebnitz en seguida empezó a bajar por el mismo lado de la montaña por donde habían venido esa mañana, una ruta más corta que si tomara el camino de la derecha. Anduvo toda la mañana por entre mirtos y brezos, mostrándose muy poco hasta que llegó a la ciudad.

Marchó abiertamente por ella a través de sus calles, con el ala del sombrero bien bajada, y evitando en lo posible la mirada de cualquier ojo, la frente cubierta y mostrando sólo un vigoroso mentón. Nadie lo reconoció, ningún alemán lo interrogó, y llegó así a la calle de los Mártires. Allí descubrió a un hombre con ropas de civil y esa mirada vaga propia de los hombres que sospechan y vigilan; pero con ningún disfraz podría mostrarse Srebnitz más necesitado de un barbero que con lo que la Montaña había hecho por él en un par de días. Así es que se encaminó a la barbería de Trigoloutros como cualquier cliente habitual. En el negocio había dos hombres además del barbero. Srebnitz lo miró fijamente de frente, luego volvió la cara y no dijo nada.

Trigoloutros le indicó con un gesto un asiento vacío junto a un hombre que ya estaba esperando, y siguió cortando el cabello del otro parroquiano. Se apuró un poco y bien pronto le aseguró al hombre que su cabello tenía el largo exacto deseado por él; el parroquiano le pagó y se marchó.

Sin mirar a Srebnitz invitó a acomodarse en el sillón al otro hombre y aseguró la toalla alrededor de sus hombros, charlando de cosas tales como las que se podían haber discutido cinco años atrás por gente sin interés alguno en los asuntos públicos.

Cuando hubo terminado, volvió un poco la cabeza hacia Srebnitz diciendo:

—Ahora usted, señor.

Y cuando el otro salió, los dos quedaron, como ambos deseaban, solos en la barbería. Srebnitz se sentó en el sillón y miró ansiosamente hacia la puerta de calle. Trigoloutros, muy gentilmente, fue a cerrarla.

—Un afeitado, por favor —gritó Srebnitz, cuando Trigoloutros se acercaba a la puerta.

El barbero regresó a su lado y colocó la toalla alrededor del cuello de Srebnitz; comenzó a afeitarlo, mientras éste permanecía silencioso. Era costumbre de Trigoloutros aguardar a que sus parroquianos empezaran a hablar. Srebnitz parecía incómodo al principio bajo la blanca toalla, pero pronto se serenó. Después de un rato dijo:

—Un poco de bay-rum para el mentón, por favor.

El barbero pareció sorprendido por ese antojo, pero hizo un signo afirmativo con la cabeza y fue a buscar el bay-rum; nunca discutía, y dejaba que las informaciones llegaran hasta él por impulso propio. Dejó la navaja y la brocha, y regresó con el frasco en la mano. Entonces Srebnitz le dijo:

—Traigo un mensaje de Hlaka.

Levantó la toalla con la mano izquierda, y con la derecha clavó un cuchillo en el corazón del barbero.

Repuso el cuchillo en la vaina, se limpió la mano en la toalla y se encaminó hacia la puerta, dejando al barbero sin vida. La parte baja del vidrio de la puerta se hallaba escarchada, pero la superior estaba clara y, acercándose en puntillas, Srebnitz pudo observar la calle. Estaba desierta. La puerta tenía puesto el cerrojo en la parte interior; él quitó el cerrojo, pero dejándolo de tal modo que volvió a caer al cerrarse la puerta desde el exterior, de manera que ya no era posible abrirla.

Entonces se marchó, andando lentamente por la calle en dirección contraria a la que traía al venir, a fin de no pasar por delante del mismo hombre que lo había visto entrar en la barbería, pues no estaba aún completamente afeitado. Del otro lado había otro guardián, pero él cruzó la calle y se ingenió para volver la cara al pasar cerca del individuo.

Doblando a la derecha por la primera esquina se tranquilizó bastante y, volviendo a doblar nuevamente a la derecha, se encontró ya en el camino que iba a la Montaña, aunque tenía que atravesar todavía muchas calles para salir de la ciudad. Andaba cabizbajo, no con el paso de un hombre de armas llevar o de un montañés, y su cabeza pendía como si, tratándose de un residente de la ciudad, sintiera todo el peso de la tiranía en que estaban sumidos desde hacía varias semanas.

No creía que ningún familiar del barbero entrara en el negocio durante las horas de trabajo, y no temía que la puerta fuera forzada desde el exterior o que llegaran a romper el vidrio de la puerta. A nadie se le ocurriría hacer eso por una afeitada. Pero en cualquier momento podía llegar la Gestapo, como temía el barbero, y ellos sí que romperían el vidrio o abrirían la puerta violentamente aunque el pestillo estuviera corrido. De modo que andaba lo más rápido que le era posible, sin hacer ningún movimiento capaz de llamar la atención ni dar un paso que pudiera asemejarse a una huida.

Caminando así pasaba inadvertido, con un aire de desaliento tan poco atractivo, que no despertaría el interés de los demás. Instintivamente sabía que, aunque sus ojos cayeran sobre un objeto cualquiera durante su marcha, alguien podría fijarse en lo que él miraba y, preguntándose por qué lo miraba, podría llegar a preguntarse quién era el hombre que miraba. Después de eso podía ser interrogado, y hallarse así a un paso de la prisión. No había limpiado bien la sangre del cuchillo, aunque la toalla había protegido sus ropas, excepto la manga derecha, a la cual le lanzó una mirada, y allí ciertamente quedaban unas manchas.

Llegaba ya a una calle que daba al campo abierto. Por esa misma calle había entrado en la ciudad; pero una cosa es llegar a una población, y otra salir de ella. Todo el mundo puede tener algo que hacer en una ciudad, y cualquiera puede tener motivos para entrar en ella; pero ¿qué razones pueden llevar a un hombre de la ciudad al campo abierto? Puede haber varias, pero la mente de un observador puede hacerse esa pregunta, aunque a nadie se le ocurra inquirir por qué una persona entra en una ciudad. Indudablemente, tenía que dejar la calle sin ser observado. Pero había gente en ella, así que, con aire indiferente, dobló a la izquierda para tomar por la derecha al llegar a otra calle que también llevaba al campo. También allí había gente. Trató de hacer lo mismo por otra calle paralela a las anteriores, con el mismo resultado. Pensó que no encontraría probablemente una sola calle desierta en la capital en pleno día.

Caminaba con gran indiferencia y muy lentamente calle arriba, en dirección a la Montaña, preguntándose si se animaría a lanzarse osadamente al campo, solo. Y algo le decía que, con lo agudizada que estaba la curiosidad a raíz de los intensos días vividos, no podría hacerlo. No podía mirar a nadie sin ser mirado de inmediato, sea por la misma persona o por otra; pero dos o tres miradas furtivas que lanzó no llegaron a tranquilizarlo del todo sobre la no existencia de algún miembro de la Gestapo entre los transeúntes. Una catarata de alverjillas se derramaba por el muro de un jardín, floreciendo en toda su belleza; todo el que se aproximaba no podía dejar de mirar el espléndido conjunto de flores o al menos lanzar un vistazo hacia ellas, pero un hombre las estaba admirando con especial interés, como tratando de calcular el número de flores o de examinar sus variadas formas. Srebnitz se hallaba indeciso: no se atrevía a volverse, pero tampoco se animaba a salir al campo.

Una joven venía caminando hacia él, desde el otro lado de la calle; él fue directamente a su encuentro y, al hallarse junto a ella, le dijo en voz baja:

—Es por La Tierra.

Ella lo miró sin pronunciar palabra, y Srebnitz la miró a ella. En tiempos de paz y tranquilidad se hubiera necesitado alguna explicación, o al menos palabras para ponerse de acuerdo, pero en esos días no se daban tantas explicaciones. Ella lo examinó, y su observación la satisfizo; cuando Srebnitz notó que la joven confiaba en él, con un leve gesto de la cabeza le indicó que deseaba que lo acompañara. Ella se volvió, y caminó a su lado hasta el fin de la calle, que ya se hallaba muy próximo: después venía el campo.

—Tengo que hacer en la Montaña —dijo Srebnitz, mientras andaban juntos—. Si voy solo, la Gestapo vendrá detrás de mí y me pegará un tiro.

—¿Por qué? —preguntó la joven.

—Porque se imaginarán que yo soy uno de los que han matado a algunos hombres de Hitler —respondió él.

—¿Y es verdad? —Sí.

—Entonces lo acompaño.

Srebnitz cambió su aire cabizbajo por el de un hombre que lleva a pasear a una

muchacha al campo en una mañana de primavera. Ya no quedaba nadie delante de ellos en la calle. Quién quedaba detrás, y si lo seguían o no, Srebnitz no lo supo porque no acostumbraba mirar en torno. Iba subiendo lentamente, pavoneándose y retorciéndose la punta del bigote; visto de frente, sus bigotes no tenían un largo suficiente como para retorcerlos, pero eso era lo que sugería la actitud de su codo, visto desde atrás. Desde las ventanas podían observarlos, pero Srebnitz no temía a las ventanas, sino a los hombres que acechaban en las calles. Llegaron al límite de la ciudad sin ser objeto de preguntas, y se internaron en los verdes campos donde centelleaban las anémonas, como un par de enamorados. Pero Srebnitz dirigía más bien la vista a la Montaña y no a los ojos azules de la muchacha, como si viera a la Libertad paseándose por sus grises despeñaderos; y la joven, observando esa mirada, estaba contenta. Pues, aunque sabía que difícilmente los ojos de Srebnitz se dirigirían hacia ella, también tenía una visión de la Libertad en la Montaña, que algún día volvería a la ciudad que conocía desde hacía tanto tiempo.

Andaban lentamente, y nadie los seguía. Y no venía de la ciudad ruido alguno que indicara alarma. Tal vez hubieran descubierto la muerte del barbero y, decidido que, como no se trataba más que de un barbero, el asunto podía esperar: no era lo mismo que cuando Srebnitz mató a un centinela. Aunque Trigoloutros era uno de sus espías, se trataba apenas de un instrumento roto, casi ni siquiera un arma; y, desgraciadamente, Europa tenía muchos más, aunque eran raros en La Tierra.

La conversación entre Srebnitz y la joven no tenía nada de embarazoso, como podría ocurrir entre gente que trabara tan estrecha relación sin conocer siquiera sus respectivos nombres. Pero ambos tenían de común el amor a La Tierra, que se había convertido en algo tan ardiente ahora que La Tierra lo necesitaba tanto, que por eso se consideraban casi de la misma familia.

Ella le dijo que su nombre era Marya, y le refirió algo de la vida de la ciudad bajo la dominación de los alemanes; pero sobre todo habló del futuro, preguntándole a Srebnitz cuándo La Tierra se vería libre. Él le transmitió algo de la esperanza que bebiera en la poderosa fuente del corazón de Hlaka, quien, con su mirada fija en el futuro, veía con tanta claridad a la Tierra libre, que su fé le resultaba a sus hombres tan segura como una página de historia. «¿Qué podían hacer cincuenta o cien hombres contra cinco mil, contra cinco millones si necesario fuera?», pensaban los alemanes. «¿Qué puede hacer la Alemania entera contra la certeza de que la victoria será nuestra algún día?», pensaban Hlaka y todos sus hombres.

## XXIII

**C**UANDO Srebnitz y Marya llegaron al pie de la Montaña, vieron que el desaseo de los campos se convertía en desaliño; es decir, que el desaliño de los hombres dejaba su lugar al desaliño de la Montaña. El primero era resultado de un mezquino utilitarismo, con latas herrumbradas y sucios trozos de papel y muchas huellas de pisadas; el otro era el desaliño de un gigante jovial, que perdía rocas de sus riscos y las dejaba desparramadas, y entre ellas se veían huellas más delicadas de seres más salvajes que el hombre, y caminos abiertos por los arroyos que se dirigían al encuentro del mar. No sólo había desaparecido el desaseo, sino también el orden: ya nada era cuadrado; ninguna línea era recta, y la elevación de las laderas era de un diseño más magnífico que el de los proyectos que se hacen en las ciudades.

Llegaron a un arbusto de mirto, que parecía un ser extraviado que, de entre lo salvaje, se había asomado para observar con curiosidad el trabajo de los hombres. Y luego llegaron donde había muchos arbustos más, y Srebnitz notó de repente que ya había abrigo suficiente como para poder seguir viaje solo: no tenía más que agacharse y avanzar unos pasos, y ya era de nuevo un montañés, invisible para cualquiera que quisiera darle caza; así podía pasar al instante de la camaradería de aquellos que se pasean por los pavimentos, a la sociedad de los que son libres de todo lo que oprime a las ciudades.

Se detuvo para agradecer y saludar a Marya. Y cuando ella dirigió la vista a la sombra de los mirtos, oscurecidos ahora por la Montaña, que había ocultado al sol, oyó sonar las cuerdas de un instrumento que se toca en esas regiones, y una voz se elevó para acompañar la música: era una de esas canciones que los siglos han llevado a las montañas, de cuyas laderas surgen en más de una noche de boca de algún pastor o de algún cabrero, una canción que parece demasiado intrascendente para haber perdurado tanto. Y sin embargo, si su contenido fuera más consistente, el aliento de los hombres que cantan en sus horas de ocio no podría haberlo sostenido con tanta facilidad, se habrían hundido entre los argumentos graves y la vieja política, y jamás habrían llegado tan lejos. Ni tampoco, si así fuera, la habría escuchado Marya con la atención con que escuchaba ahora. Por un instante también Srebnitz se puso a escuchar; en seguida dijo:

—No es más que Iskander.

Marya seguía escuchando, en silencio.

—Es uno de nuestros hombres —explicó Srebnitz. Pero para Marya era como la voz de la Montaña misma. Tal vez Srebnitz también sintiera lo mismo, al regresar al hogar después de transitar por las calles regulares y los caminos regulares de la ciudad, de los cuales había abjurado ahora. Sin embargo, al pensar en la canción de Iskander como en la voz de la Montaña, se preguntó:

—¿Por qué no podría la Montaña hablar así?

Iskander no tenía nada de mágico; tampoco era nueva la canción, entonada por

centenares de otras bocas y que había sido cantada por miles de años.

Pero para Marya, la voz de la Montaña, que le llegaba a través de los años, era algo mágico. Un hombre podía cantar una canción de la semana pasada; pero la voz de la Montaña, aunque tuviera dos mil años, parecía siempre fresca y nueva entre esas rocas milenarias; dentro de dos mil años la Montaña podía cambiar de pensamiento y una canción sonaría en sus valles al atardecer. El humor de una montaña no podía cambiar con una frecuencia mayor que ésta.

Pero ¿qué tenía todo eso que ver con Iskander? No más que la noche, o la pálida luna, o los mirtos, o los declives de la montaña. Y sin embargo Marya en cierto modo confundía todas esas cosas mientras lo veía descender por entre los mirtos para ir al encuentro de Srebnitz. Una confusión similar se produjo en la mente de Iskander cuando vio a la muchacha que lo observaba con sus ojos azules, que él ligó vagamente a todas las cosas bellas que había en la Montaña al atardecer, como si ella perteneciera en algún sentido a todo lo eterno.

Iskander iba bajando por la Montaña a causa de la ansiedad que le causaba la suerte de Srebnitz, y a causa de la inquietud de Hlaka por lo que pudiera haber ocurrido con el barbero, pues temía que en cualquier momento el hombre pudiera traicionarlo.

—¿Y el barbero? —fueron las primeras palabras de Iskander.

Srebnitz señaló su cara a medio afeitado.

—Ya no afeitara más —dijo.

—Entonces tengo que encender un fuego para avisarle a Hlaka —dijo Iskander.

Volvió a mirar a Marya. Y Srebnitz le explicó cómo ella le había ayudado.

—Los alemanes vendrán a ver el fuego —dijo Iskander— y hay que darle tiempo para que ella se aleje bastante de aquí.

—Yo puedo avanzar mucho más rápidamente pendiente abajo que ustedes, que tienen que subir —dijo ella.

—Antes de andar cinco metros podemos ocultarnos —aseguró Iskander.

Y luego la acompañó a Marya un corto trecho barranca abajo. Después se separaron, y él regresó al lado en donde tenía preparadas unas ramitas para encender el fuego. Pero antes de despedirse, Marya le elogió a Iskander su canto. Y él le dijo:

—Volveré a cantar para usted, si me escucha, en cuanto esté a cubierto.

Ella dijo que le escucharía.

Iskander envió a Srebnitz hacia arriba; en seguida prendió fuego a las ramitas que había apilado y se alejó corriendo por entre los mirtos hasta alcanzar a Srebnitz. Una columna de humo se elevó, y Hlaka, observándola desde un despeñadero, comprendió que era la pira funeraria del barbero. Si un águila puede lamentar la muerte de un ave o de un cordero que su garra ha apresado, Hlaka lamentó la muerte del barbero. Pero no de otro modo. Si el Destino ha hecho que las águilas devoraran a otras aves y bestias pequeñas, así el flujo y reflujo de la historia, que son seguramente manifestaciones del Destino, han hecho que este hombre, Hlaka, diera cuenta de

alemanes y traidores. Y día a día el método de sus golpes le resultaba más natural, como el golpe de la garra del águila se convirtió en algo natural en el transcurso de los siglos. Había tan pocos traidores en La Tierra, que la muerte del barbero debía significar una apreciable pérdida para los alemanes, y provocó una sonrisa en Hlaka.

Iskander se alejaba lo más rápidamente que le era posible del fuego que acababa de encender, y apremiaba a Srebnitz, que estaba algo más cansado que él, a que marchara con el mismo ritmo. Srebnitz corría, no por el camino, sino entre los mirtos, cuando notó que Iskander iba quedando atrás y terminaba por detenerse del todo, sentándose junto a un mirto que lo ocultaba a la vista, para comenzar de nuevo la canción de la Montaña, mientras sus dedos recorrían las cuerdas de su rústico instrumento. La canción hablaba de una brisa que, elevándose del mar, corría tierra adentro hasta llegar a la Montaña y, perdida en uno de sus valles, preguntaba repetidamente su camino a un eco que encontrara entre las rocas. Y las palabras del eco no tenían un sentido particular, como no lo tenía toda la historia. Sin embargo él la cantaba, sin embargo Marya la escuchaba, y fue cantada así durante mil años.

Srebnitz aguardaba, oculto, con cierta impaciencia, pues temía que los alemanes se acercaran en cualquier momento a ver el fuego, y ellos aún no se habían alejado bastante e Iskander seguía cantando. ¡Qué distinto pasaba el tiempo para estos dos hombres! Para Srebnitz, cada minuto estaba colmado de peligro, más molesto cuanto más inútil; mientras que para Iskander el tiempo parecía no pasar en absoluto.

## XXIV

**I** SKANDER no se entretuvo demasiado cantando entre los mirtos; y antes de que los alemanes hubieran podido acercarse a ver el fuego los dos soldados de Hlaka ya se habían alejado bastante Montaña arriba. Los primeros alemanes que lo vieron informaron de ello por teléfono, y esperaron a recibir órdenes; luego se acercaron otra vez y se volvieron para informar de nuevo; pero no descubrieron a Srebnitz ni a Iskander, y Marya regresó a salvo a la triste ciudad.

Al atardecer retornaron a la altura donde Hlaka se hallaba con todos sus planes hechos para el día siguiente, en que creía que los alemanes habían de atacar, según el espía le había informado. Pues los espías dicen a veces la verdad, como los ricos usan las monedas de cobre: no dándoles gran valor, pero utilizándolas en caso necesario; sólo en un caso así dicen la verdad los espías.

Ante todo, Srebnitz se dirigió a Hlaka para informarle que el espía estaba muerto.

—Murió mientras me afeitaba —le dijo.

—Eso está bien —repuso Hlaka—. Nos hubiera traicionado.

Luego le indicó a Srebnitz una roca en la parte empinada de la ladera que miraba a la ciudad, detrás de la cual debía esperar al día siguiente la llegada de los alemanes. La roca podría protegerlo contra la artillería y, si volaran aviones, debía colgar una manta en la punta de la roca y esconderse debajo; le enseñó a preparar la manta como lo harían los demás hombres: manchándola a trechos con puñados de tierra húmeda. Si Hlaka no conociera algo del alma humana no podría mandar a los hombres, y él sabía que el espía debía tener informaciones de interés para ellos y que le hubiera dicho la verdad al revelárselas.

Mientras Srebnitz escuchaba a Hlaka vio la silueta oscura del obispo que se les acercaba bajando por entre las rocas. Le pareció tan tranquilo, tan ajeno a la violencia de la guerra y a esa forma tan dura que lleva el nombre de guerrilla, que un pensamiento nuevo vino a inquietarlo con un escrúpulo de conciencia. Por primera vez se le ocurrió pensar: ¿es que había sido capaz de matar al barbero? Miró al obispo, y luego se volvió hacia Hlaka.

—Quizá he hecho mal —dijo.

—¿Cuándo? —preguntó Hlaka.

—Al matar a Trigoloutros.

—En esta Montaña —dijo Hlaka— y a través de La Tierra, hasta que retorne nuestro rey, tú me obedecerás. Nuestras viejas leyes han sido rotas por los germanos. Rotas como las tablas de Moisés. Yo he hecho las nuevas leyes. Obedécelas.

Srebnitz quedó silencioso ante la ira de Hlaka, que no toleraba que sus órdenes fueran discutidas ni aun después de habersele obedecido; lo silenció también la serenidad del obispo que venía hacia donde él se encontraba con su manga manchada de sangre. Pero Hlaka llamó al obispo y, señalando el brazo de Srebnitz, preguntó:

—¿Es justo que obedezca él mis órdenes, Vuestra Beatitud?

—Hasta que La Tierra sea libre de nuevo —dijo el obispo.

Luego vio a Srebnitz de pie, sin decir nada, aunque todavía algo perplejo. Tal vez notó la mirada que éste lanzara a su manga derecha recién manchada. Entonces le dijo a Hlaka:

—Si impartes alguna orden sin clara conciencia, y él te obedece, el pecado será tuyo.

—He dado la orden con clara conciencia.

Cualquier duda que hubiera quedado en la mente de Srebnitz en esos momentos desaparecía ante la presencia del obispo. Srebnitz comprendió que éste no hubiera vacilado en condenar a Hlaka mismo, a pesar de que acababa de salvarle la vida, si juzgara que había pecado; pero sentía ahora que la autoridad de Hlaka estaba santificada, y ya no tuvo más escrúpulos de conciencia para obedecerle. El obispo se había acercado a ellos para despedirse de Hlaka y darle las gracias, pues estaba a punto de emprender viaje y cabalgar a lomo de mula toda la noche en dirección al norte, con una escolta de tres hombres. Al principio el obispo se había negado a llevar compañía alguna, pero Hlaka le explicó que en realidad su ejército se fortalecía al deshacerse de aquellos que aún no tenían suficiente entrenamiento como para hacer blanco en una piedra a setenta metros de distancia y a mantenerse ocultos mientras tanto. Los tres hombres que iban a acompañar al obispo eran los que habían asimilado menos la enseñanza de Hlaka, y él quedaba así con una fuerza más fácil de manejar.

Existía un monasterio en un pico de una montaña que los hombres de Hlaka podían ver, desde donde ellos se hallaban, en forma apenas perceptible, lo suficiente como para distinguirlo del cielo, aunque el monasterio no era visible ni siquiera como una manchita sobre el azul pálido del pico. Hacia allí tenía que dirigirse el obispo, para vivir entre esos monjes como uno de ellos, hasta que en Europa volvieran a regir otras leyes que no fuera el antojo de Hitler. Toda la noche tenía que cabalgar, luego ocultarse en una casa durante todo el día, y volver a cabalgar toda la noche siguiente, llegando así al monasterio y a la tranquilidad mayor que conociera desde que era obispo. No porque su trabajo como obispo turbara mucho la calma a la que se aferraba a pesar de las inquietudes de la vida diaria; pero en el monasterio no había zozobras: todo estaba dedicado a la quietud, todo era paz allí.

El obispo había venido a agradecer a Hlaka y a decirle adiós. No se le ocurrió que algún día tendría que agradecer a hombre alguno el verse libre de una ejecución, y no había frases en su mente para una ocasión tal, aunque su gratitud era sincera. Tennyson dijo:

*Ni en medio del bullicio mundano  
Ni del todo fuera de él  
Florece el jardín que amo.*

Como en un jardín así se deslizaba la uniforme vida del obispo hasta entonces.

Pero, súbitamente, el jardín fue invadido; y unos días después tuvo que salir de allí para encontrarse frente al muro de las ejecuciones en un bosque de pinos alumbrado por la lima. Lo que para muchos era el mundo real, era para él tan sólo un extraño espectáculo que estaba muy satisfecho de haber presenciado, aunque no lo asociaba con la realidad; le parecía más bien un panorama como los que se exhiben en las películas, y que él, desde su mundo real, hubiera venido por un instante a contemplarlo. Para él, el director de ese extraño espectáculo había sido Hlaka, y venía a agradecersele.

—Gracias —comenzó el obispo—, gracias.

Pero Hlaka comprendió la dificultad que tenía para expresar su gratitud con palabras, y le interrumpió diciendo:

—Es hora de partir y comenzar a descender la Montaña, para disponer de la noche entera para el viaje.

El obispo hizo un gesto afirmativo, y Hlaka lo acompañó hasta la cresta de la montaña y luego un trecho en su descenso, del otro lado, hasta donde los hombres de la escolta estaban aguardando. Allí se estrecharon las manos y se despidieron, y al final ninguno de ellos pronunció palabra. Todos los montañeses, espontáneamente, descendieron un poco por la ladera para despedir personalmente al obispo; al poco rato él los bendijo por entre los mirtos, justo cuando las estrellas comenzaban a aparecer. Entonces todos, excepto los tres que iban a seguir viaje con el obispo, regresaron a las cumbres, donde Hlaka se hallaba en su caverna, solo, meditando sus planes. Entretanto el obispo y su escolta bajaron la Montaña en medio de la oscuridad hasta que encontraron las cuatro mulas preparadas para ellos; y los cuatro hombres que las cuidaban ascendieron por la ladera para unirse a Hlaka.

Para Hlaka, mientras meditaba sus planes, era cosa clara que el tiempo y el agua estaban contra él, y que no podría sostenerse mucho en la Montaña; los números significaban poco para él, ni han tenido nunca gran importancia en todo el curso de la historia; con respecto a la lucha con fusiles, no sentía temor, ni tampoco se lo inspiraba la artillería, pues sabía que sus hombres podrían ocultarse entre las rocas, si es que se encontraban afuera en medio del fuego graneado, aunque era poco probable que entrara en juego la artillería, pues la infantería alemana se encontraría demasiado próxima.

Mientras duraran los primeros bombardeos que esperaba, sus hombres se encontrarían en las cavernas. Pero no todo sería tan fácil: Hlaka estaba preocupado por los Stukas. Si se presentaran cien o doscientos, lograrían inmovilizar a sus hombres en las cavernas hasta que la infantería estuviera tan próxima que no les permitiría ocupar sus lugares entre las rocas sin sufrir serias pérdidas; y el malgastar vidas le resultaba intolerable, tanto más cuanto que ni podía tolerar que se malgastaran balas.

Si fuera la época de su padre, pensaba Hlaka, podría mantenerse indefinidamente en la Montaña, sin ser descubierto, y casi invulnerable, convirtiéndola en un hogar de

hombres libres, un verdadero jardín de Libertad. Pero los aviones echaban a perder todo ese sueño. Por muy atrayente que fuera soñar con el pasado, Hlaka era demasiado soldado como para perder más tiempo lamentándose de no vivir cuarenta años atrás; y nunca trazaba planes vagos para acomodarse a condiciones imposibles, sino que adoptaba sus planes al terreno real que tenía ante sus ojos. Los detalles más inesperados tenían cabida en sus proyectos, las pequeñeces que parecían imposibles de prever; pero cuando los proyectos descuidan esos detalles tienen que ser forzosamente vagos, y la mente de Hlaka nunca descuidaba detalle alguno.

Se preparaba ahora para una lucha difícil, en la que gran número de aviones podían permitir a la infantería alemana subir a la Montaña sin hallar oposición, hasta aproximarse más de lo deseable, en realidad tanto como se lo permitieran sus propias bombas.

Ninguna de esas preocupaciones inquietaba a los hombres de Hlaka; ellos sólo se interesaban por lo que estaba por ocurrir, y lo veían como algo directamente enviado por el Destino; sólo a Hlaka el futuro le parecía algo sobre lo cual podía influir, en cuyo control podía tener alguna participación. ¿O es que todas las cosas, presente y futuro, incluso los planes de Hlaka, podían moverse únicamente desde los dominios del Destino?

A veces Hlaka se hacía tales reflexiones cuando, de noche, observaba el mundo de las estrellas. Pero no iba más allá, si es que hay forma de avanzar más en esa clase de pensamientos, y hacía sus planes para defender la Montaña mientras daba rienda suelta a su fantasía, como hacía sus planes mientras contemplaba las estrellas, sin tratar de adivinar si lo que había detrás de ellas, detrás de la Vía Láctea, era el vacío infinito o infinitas estrellas.

## XXV

**L**OS montañeses no sólo cenaron esa noche junto a un fuego, sino que Hlaka hizo encender muchas fogatas, sobre todo en las lomas cubiertas de brezos que miraban al oeste. Algunas fueron bombardeadas durante un rato, pero no aquella que brillaba junto a las cavernas en que se encontraban los hombres de Hlaka.

Al terminar la cena, mientras los hombres estaban sentados en silencio junto a las brasas escuchando a Iskander, que tocaba su instrumento y cantaba, el centinela que tenía los auriculares puestos avisó a Hlaka que se aproximaba un avión cuyas vibraciones oyeron todos bien pronto.

Pero la manta húmeda no había sido arrojada aún sobre los restos del fuego cuando se vio entre las estrellas el rojo resplandor producido por el estallido de una bomba, que fue seguida por toda una hilera de ellas que parecían buscar al avión, y algunas estrellas carmesí comenzaban a caer lentamente, según creían los observadores. ¿Qué avión sería ese sobre el que disparaban los alemanes? Pues nadie en La Tierra tenía artillería. Ese extranjero solitario y perseguido iba en dirección al noroeste. Lo oían y podían ver las bombas que iban en su busca en medio de la quietud de las estrellas. ¿Quién sería el que volaba sobre ellos en la noche? La misma idea se les ocurrió a todos al mismo tiempo: un inglés.

Estallaron en vítores cuando el ruido del motor desapareció y ya no se vieron más volar las brillantes granadas. El aplauso pronto se perdió en la noche, y nunca pudo alcanzar al aviador: también él se perdió en la noche. Pero los saludó con el pensamiento de Inglaterra, la vieja patria del rey Ethelred, cuya política se mantenía viva aún en 1939, ese país que es una roca contra la que se estrella siempre la tiranía.

El prepararse es cuestión de meses, pero la cualidad que destruye la tiranía se va formando a través de los siglos. Después de todo, ningún país, excepto Alemania, está siempre preparado para la guerra hasta el último botón. El ejército francés en 1870 estaba preparado, según se le había informado al emperador, hasta el último botón de las polainas, pero las espoletas de las granadas que debían estallar a tres o cuatro mil metros no estaban listas. Europa, fuera de Alemania, es en realidad un imperio del rey Ethelred; pero se necesita algo más que estar listo para ganar una guerra: por dos veces se ha comprobado en este siglo que con eso solo se puede fracasar.

Pero cuando ellos pensaban en Inglaterra no pensaban en sus armamentos, sino que tenían más bien en su mente la idea de una isla con blancos acantilados, contra los que se rompen en vano los mares, pues imaginaban a Inglaterra rodeada de tiempo muy tormentoso; y dentro de la isla, floreciendo simultáneamente, todas las teorías y toda clase de política, que siempre existen en Europa, como crecen las flores y los yuyos en un jardín tan descuidado que el quitar la maleza se convierte en una dura tarea. Y esa imagen indistinta era diferente para cada uno de ellos, pues ninguno había visto Inglaterra; pero el pensamiento de todos se volvía hacia el noroeste, hacia

donde el aeronauta se había marchado, cada vez que esperaban la libertad; lo mismo que los mahometanos se vuelven hacia la Meca durante sus oraciones. No porque Inglaterra fuera para ellos exactamente lo mismo que para el Islam es la Meca el manantial de su fe, pues ellos no olvidaban que eran más viejos que Inglaterra; y sus corazones se enorgullecían, aunque no sus corteses labios, de que ellos habían servido a la Libertad antes de que Inglaterra hubiera sacudido el yugo de los romanos.

Cuando el silencio volvió a la Montaña y la calma a las estrellas, el vino de esa tierra y de las islas próximas fue pasando de mano en mano entre los que se hallaban sentados alrededor del fuego, y se elevó el murmullo de una conversación llena de especulaciones y esperanzas sobre la batalla que esperaban para el día siguiente. Entonces Iskander comenzó a tañer su instrumento, y la charla fue desvaneciéndose hasta morir, a medida que los montañeses iban sintiendo que la música de Iskander expresaba algo que yacía demasiado profundamente dentro de ellos como para hallar palabras con qué decirlo, y se volvieron de sus débiles suposiciones sobre el futuro próximo a las notas de Iskander que habían extraído de la Montaña la fuerza suficiente para perdurar por siglos.

Hlaka se retiró temprano a su caverna para descansar, y el resto de los montañeses pronto siguió su ejemplo; todos, excepto el centinela.

El alba despertó a los hombres; la Aurora volvió a llamarlos; pero ella misma fue saludada por el estruendo de cien cañones. Disparaban todos a un tiempo desde el sur de la Montaña, cerca de la ciudad, y unos pocos disparaban desde el norte: dos baterías que habían llegado por la planicie durante la noche. Todos los picos grises respondieron con gravedad en sus tremendas voces, como si todos estuvieran habituados a hablar con los dioses de la antigüedad, y luego se hubieran dormido, para volver ahora a hablar de nuevo, de cumbre a cumbre, y repetir las palabras de su enorme sabiduría, murmurándolas una y otra vez para sí mismos, hasta quedar dormidos nuevamente. Y de repente volvieron a despertar, y esta vez quedaron mucho tiempo despiertos, vociferantes y furiosos, voces antiguas excitadas por el hombre, como un gigante dormido al que hubiera despertado un jején.

Hlaka había pensado con toda justicia que los alemanes constituían una fuerza terrible y poderosa, y que deseaban demostrarlo. Envió sólo a dos hombres para mantenerse en observación, y a los restantes los retuvo en las cavernas.

El silencio se había marchado de la Montaña, desapareciendo por completo la calma del cielo y de las cumbres, y, mientras las bombas seguían bramando, los montañeses comenzaron a sentir un ansia de silencio, como si se tratara de algo material, un manto propio de la Montaña con el que se protegían, hasta que desapareció de sus vidas arrancado por los cañonazos, las bombas y los ecos.

Durante una hora no hubo silencio ni por un segundo. Entonces los cañones cesaron todos de una vez y, cuando ya no se oyeron estallar granadas en la Montaña, el aire cesó de quejarse y los grises picos empezaron a murmurar como si charlaran sobre lo que habían visto esa mañana; por fin también ellos dejaron de hablar

nuevamente, como de muy lejos, volvió a sus laderas el silencio. Y en medio del silencio el hombre de los auriculares informó que oía llegar gran número de aviones.

Ése era el ataque que Hlaka temía. Trató de observar la Montaña antes de que los aviones estuvieran a la vista, y vio que la infantería alemana lo rodeaba por completo, pero a tan gran distancia que no eran visibles aún ni a través del antejo: apenas se distinguía una línea alrededor de la Montaña. Pero el lente descubría aquí y allí un movimiento, o el brillo de algo que se descubría así imprudentemente, y que revelaba que se trataba realmente de una fila de hombres a uno y otro lado de la Montaña; y Hlaka calculó la posición y hasta el número de hombres que no llegaba a distinguir, pues era un cazador de alma y sabía que de ningún modo las cosas en la naturaleza se presentan alineadas como en un escaparate, y había aprendido a conocer lo que significa una mancha gris o una mancha parda.

Los aviones aparecieron a la vista y la infantería empezó a subir por la ladera. Hlaka había calculado resistir sólo hasta la caída de la noche y tenía suficiente albergue para sus hombres entre la gran cantidad de rocas existentes, pero ninguna roca podía protegerlos del todo contra una bomba que llegara del aire, ni existía en la sangre de Hlaka ciencia alguna, que las montañas hubieran enseñado a su raza a través de las edades, que le indicara cómo luchar contra ese factor nuevo.

Debía de haber ya más de cincuenta aviones a la vista, y Hlaka los observaba con gran inquietud, aunque conservaba la fe, que era natural en él, de que no había dificultad que no pudiera vencer llegado el caso; quizá Hitler tuviera el mismo sentimiento, proveniente de una gran cantidad de confianza en sí mismo que llegaría el día en que había de agotarse por completo. Pero en el caso de Hlaka la fe provenía de la causa por la cual luchaba, y, si estuviera originada en la confianza en sí mismo, esa confianza se veía fortalecida continuamente por la causa, que era para Hlaka un manantial inagotable que brotaba de las profundas entrañas de la Montaña. Ahora las bombas caían por el costado oriental, y las cumbres volvían a hablar con indignada voz.

Los hombres de Hlaka permanecían aún en las cavernas, pero la infantería alemana seguía avanzando, y él pronto se vería obligado a sacar de su reducto a sus escasas fuerzas, para las cuales las pérdidas significarían tanto, sin saber cómo protegerlas.

Hlaka se hubiera considerado perdido, juntamente con sus hombres, a no ser por una cosa: no podía creer que fuera posible arrojar de La Tierra a la Libertad. Su creencia, que más que una creencia era una política práctica, se asemejaba así a las teorías que había sustentado el padre de Srebnitz: después de tres mil años de libertad, La Tierra no podía perderla. No había argumentos lógicos para justificar tal creencia, pero las intuiciones, que son más profundas que la lógica, veían, oscuramente pero con toda razón, ciertas cualidades de la raza que se habían engendrado en esos llanos y en esas montañas, y que podían ser destruidas por la tiranía tanto como un diamante puede ser rayado por un sable.

Y los aeroplanos se iban aproximando. Le parecía que debía de haber ya un centenar. De pronto, en el cielo azul, como una blanca rosa que se va abriendo, una bomba estalló junto a los aviones. Otra comenzó a abrirse, y luego otra, y otra más. Y sonaron cañonazos; y, después de un rato, estallaron granadas. Entonces los despeñaderos volvieron a hablar con sus profundas voces inquietas, y los aviones, que habían salido en busca de Hlaka como grandes bandadas de gansos, empezaron a girar como moscas que danzan en la superficie del agua. Y Hlaka descubrió que en su plan de lucha intervenía ahora un factor con el cual ni había soñado. Las bombas que estaban cayendo en ese instante no se parecían a las primeras que iban dirigidas sistemáticamente a las cumbres: ahora los Stukas eran atacados. Las blancas nubecillas en el cielo eran bombas lanzadas sobre los atacantes por las baterías germanas desde el exterior de la ciudad, sin resultado alguno. Cuando los Stukas volaban sobre la Montaña no buscaban ya a los hombres de Hlaka, sino que luchaban por su propia vida. El bronco rugido del cañón se oía cuando otros aviones picaban sobre ellos, pasaban rápidamente y seguían volando como un ave que persiguiera a una mariposa. Y las blancas nubecillas los seguían, agregando un sonido más al de los cañones y ametralladoras, cual si todo el ciclo fuera de madera y una mano enorme diera en él un puñetazo. Luego, a todos estos ruidos se agregó uno más: un largo y doloroso chillido, que se hacía más y más fuerte, cuando un avión alemán cayó de cabeza golpeando contra la Montaña y haciéndola retumbar con un ruido metálico.

Probablemente unos sesenta y cuatro aeroplanos eran alemanes y había menos de cincuenta ingleses, pero los primeros eran perseguidos cuando pasaban por sobre la Montaña en dirección al oeste. Se oyó otro disparo, y otro avión, chillando, cayó del cielo. Un objeto blanco y redondo brilló por encima de él como una luz, y fue descendiendo lentamente: un paracaídas alumbrado por el sol. Cañones, ametralladoras y bombas se desplazaron hacia el occidente, y los grises riscos quedaron murmurando hasta guardar silencio, y todo calló en la Montaña una vez más.

Hlaka hizo un signo con la cabeza, indicando el lugar donde el paracaídas había descendido en la ladera del lado norte, y dos hombres bajaron por allí con sus fusiles.

La infantería germana había paralizado su avance cuando comenzó la batalla en el aire. Los dos hombres eran Iskander y Srebnitz, y se apresuraron a alcanzar al aviador antes de que éste pudiera ponerse en contacto con la infantería. Mientras lograba ponerse de pie y deshacerse de su paracaídas, Iskander y Srebnitz corrieron más de cien metros, y estaban aún fuera del alcance de la infantería. Cuando se pudo librar del paracaídas, el hombre empezó a subir hacia ellos, en lugar de tomar el camino que esperaban, y muy pronto estuvieron seruros de que se encontrarían con él antes de que pudieran apuntarles desde abajo.

—Hlaka no quiere prisioneros —dijo Iskander, y se arrodilló para tomar puntería. Pero el aviador le gritó:

—*English, anglais*, inglés —y agregó una serie de nombres más con los cuales se imaginaba que los ingleses eran conocidos en Europa; algunos de ellos eran exactos, pero no el acento con que los pronunciaba.

Uno de esos términos se asemejaba al nombre que Iskander y Srebnitz daban a su propio pueblo. Entonces Iskander cesó de apuntar, pero conservó el arma en la mano.

—Miren —dijo el aviador— ustedes no me entienden. *Ne comprenez pas*. Soy inglés. *Anglais*.

Y algo en su actitud hacia ellos persuadió a Iskander y a Srebnitz de que él era en realidad lo que decía, aunque no entendían una palabra de inglés ni de francés; abandonaron gradualmente la idea que se habían formado, de que se trataba de un alemán, porque no se imaginaban que otra gente viniera a la Montaña más que los alemanes y sus propios compatriotas.

—Churchill —dijo Iskander a modo de saludo.

Srebnitz lo repitió en seguida, y el inglés dijo:

—*Bonjour, my boys*.

Y así quedaron presentados.

Entre los alemanes de allá abajo, a uno y otro lado de la Montaña no se producía movimiento alguno. Sus órdenes eran esperar a que las cumbres fueran bombardeadas, y aguardaban el regreso de la fuerza aérea.

El inglés siguió hablando a los montañeses. Cuando se expresaba en inglés a veces le entendían, porque él mismo comprendía bien lo que quería decir, y de algún modo llegaba a transmitirles una parte de su pensamiento; pero a veces hablaba en francés, quizá porque no lo entendía bien, y sentía que la gente que no entendía inglés debía entender lo que un inglés no entendía. Pero hay infinitas ideas difíciles de analizar; tal vez él sintiera sencillamente que, puesto que ninguna palabra inglesa se asemejaba a las que usaba esa gente, el francés, por venir de un país más cercano al de ellos, podía tener algunas palabras similares, y pudiera ocurrir que él las pronunciara al hablar.

—Tu nombre, viejo —dijo después de un rato, señalando con un dedo a Srebnitz—. *Nom, name, nomen*; N o M, cualquier cosa.

Y una de esas palabras llegó al entendimiento de Srebnitz, quien le dijo su nombre; y el inglés hizo con ese nombre lo que sus compatriotas han hecho con pneumonía o con el lago *Tsana*: encontrando que constan de demasiadas letras le suprimen una; y siempre, desde entonces, lo llamó Rebnitz.

En seguida señaló en igual forma a Iskander, diciendo:

—*Et votre nom*, mi amigo?

Y así supo el nombre de Iskander, que había pasado de un hombre a otro a través de muchas centurias, perdiendo en el camino una sílaba aquí, otra allí, de lo que en un tiempo fuera Alejandro. Entonces se detuvo y se señaló a sí mismo vigorosamente, diciendo:

—*Moi, je suis Malone*.

Y ellos le entendieron.

—Rigurosamente hablando —les dijo—, yo soy neutral. *Irlandais*, ¿saben? Pero esos canallas de allá abajo parecen no entenderlo.

—Churchill —dijeron los dos hombres.

Entonces Hlaka bajó por la ladera en dirección a ellos, sonriendo, pues sabía que sus hombres no se atreverían a traerle un prisionero, y, en consecuencia, el desconocido debía de ser inglés. Y el británico lo saludó diciendo:

—*Bonjour*, jefe.

No se necesitaba gran perspicacia para ver que Hlaka era el amo allí.

—Yo soy Hlaka —le dijo éste.

—Lanker, ¿eh? —dijo el británico, haciendo lo que la mayoría de los ingleses hace con Hlangwani—. *Moi, je suis Malone*.

## XXVI

**U**N poco más tarde, Malone se hallaba sentado en una caverna, absorto en una conversación con Hlaka. Se habían encontrado dos intérpretes: el cocinero y Gregor. Y entre ambos lograban que Hlaka y Malone llegaran a entenderse.

—Ustedes no pueden quedarse aquí —decía Malone—. Lo que deben hacer es marcharse hacia el norte. Hay bastante lugar para ustedes en esas montañas.

Lo que Malone sentía era que el Imperio Británico estaba a la cabeza de las naciones libres, y que, siendo él el único inglés presente, tenía evidentemente que hacer lo posible para representar al Imperio, aunque en pequeña escala, y por eso dirigir a los otros. Así es que explicó a Hlaka lo que debía hacer, y el ceñudo jefe lo escuchaba.

—Los alemanes no los van a atacar por ahora —decía Malone—. Empezarán luego, por la tarde.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó Hlaka, cuando se lo tradujeron.

—Yo he manejado muchos caballos antes de ahora —repuso Malone—, y entre ellos había algunos ariscos. Mire usted: siempre supe de antemano lo que un animal arisco iba a hacer, pues de lo contrario me hubiera volteado. Creo que así desarrollé ese don. Como quiera que sea, siempre sé lo que los alemanes están por hacer.

Hlaka meditó sobre eso, y en realidad merecía cierta reflexión, aun en el original. Pero, cuando el cocinero y Gregor lo tradujeron, se convirtió en algo misterioso; y Hlaka se sentía atraído por el misterio. Había algo de categórico en Malone, como k> que había ayudado a ganar la batalla de Inglaterra. Que no eran sólo las cualidades demostradas por los aviadores en esa lucha, ni el humilde de la patria allá en la tierra, ni los centinelas, ni los bomberos, sino cierta tenacidad puesta a prueba en la batalla por las lavanderas de Londres y cualquier otro civil sin condecoraciones, que no puede afirmarse que hayan ganado una batalla.

Sin embargo la batalla fue ganada, y no pudo haber sido ganada sin ellos. Qué cualidad poseían y cómo ganó Inglaterra la batalla es algo imposible de definir; pero, cualquiera que fuera, Hlaka la percibía en Malone, y le parecía ver en ella un cebo para atraer a la Victoria alada, que las de Londres habían logrado atraer del cielo.

—Ustedes se hallarán bien en esas montañas del norte —continuó Malone—. Allí encontrarán a algunos de nuestros hombres que se han cortado del resto y permanecen en ellas todavía. Y con ellos se encuentran también muchos de los vuestros. Allí estarán bien; seguro como la lluvia. *Très bon comme la pluie.*

—Queda a cien millas de aquí —dijo Hlaka.

—Eso es el inconveniente —repuso Malone—. *Quelle damage!* Y hay alemanes por todas partes; invaden todo, como las pulgas a un perro. ¿Ha tenido usted alguna vez, jefe, un perro con pulgas? Es el diablo, se lo aseguro. Bueno, pues los alemanes son así. Mejor será que se pongan en camino por la noche.

—Son cien millas —repitió Hlaka.

—Sí, ya lo sé —dijo Malone—. Lo que necesitarían es ir por el aire. Un hidroavión Sunderland podría llevar cincuenta hombres y dejarle allí en media hora. Tengo que conseguirles uno. Pero lo malo es que los endemoniados no pueden aterrizar. Del otro lado de esas montañas hay un río bastante grande, pero en esta parte de acá no sé que haya agua.

—Está el mar —dijo Hlaka.

—Ustedes no podrían llegar. Está demasiado plagado de pulgas por allí. No, hay que ir hacia el norte. En esa dirección hay un lago que podría servir magníficamente, pero queda a cuarenta millas de aquí. ¿Pueden ustedes hacer cuarenta millas en una noche?

Cuarenta millas en una noche era algo muy sencillo para un hombre acostumbrado a volar cuatrocientas en una hora, pero resultaba sumamente difícil para la infantería.

—Sí —respondió Hlaka.

El cocinero y Gregor se sorprendieron. Pero Malone conocía a los hombres mejor de lo que conocía idiomas extranjeros, y vio que Hlaka lo decía a toda conciencia, así es que no se preocupó más por ello.

—Muy bien —dijo—. Si pueden llegar hasta el lago durante la noche, un Sunderland vendrá por ustedes antes del alba, siempre que yo pueda avisarle. Eso es mejor que hacer todo el camino en medio de la oscuridad. ¿Tiene usted un transmisor?

—No —dijo Hlaka.

—Bueno, muchos de los vuestros lo tienen —dijo Malone—. Tenemos que ponernos en contacto con ellos. Pero hay que vigilar a estos alemanes, ¿sabe? Bien pronto van a hacer un poco de alpinismo.

Él sabía que Hlaka estaba bien preparado, pero sentía que, en su calidad de único representante del Imperio en esas montañas, tenía que organizar muchas cosas y hacerle recordar a Hlaka todo lo que se le ocurría que podía hacer falta.

—Tengo sesenta y dos hombres aguardándolos —dijo Hlaka— y fusiles para cuatro más, si es que vienen.

—Entonces tal vez pueda darme uno de los fusiles —dijo Malone—, y yo también haré algunos ejercicios de tiro cuando llegue el momento.

Gran parte de esa conversación se llevó a cabo con la ayuda de gestos, y ahora Malone tenía que explicar con signos, que quería un rifle, y, señalándose a sí mismo, dijo:

—*Pour moi.*

Hlaka llamó, y le trajeron un fusil, que entregó a Malone, quien lo examinó cuidadosamente diciendo:

—Puedo divertirme un rato con esto.

Hlaka le explicó su teoría de que sólo debía tirarse a menos de cien metros de distancia a fin de economizar municiones. Pero Malone le dijo con despreocupación:

—¡Oh, nosotros podemos mandarle una gran cantidad!

Hacía tiempo que nadie se atrevía a desdeñar los consejos de Hlaka, pero la casual observación de Malone hizo nacer en él nuevas esperanzas. Si los ingleses podían realmente reabastecerlo de municiones hasta ese punto, él podría seguir luchando hasta que Hitler se cansara.

—Bien, lo que ustedes necesitan es un Sunderland —dijo Malone—. ¿Puede ponerse en contacto con alguno de los muchachos capaces de enviar mi mensaje por radio?

—Puedo enviar mensajes por toda La Tierra —dijo Hlaka—, pero no sé dónde hay transmisores. Naturalmente, para el poseedor significa la muerte si se lo encuentran.

—¿Puede entonces enviar un mensaje que le sería transmitido a alguno de ellos?

—Sí, eso puedo hacerlo.

—¿Qué código usa? —preguntó Malone.

—Tengo un código que uso en la ciudad —respondió Hlaka—, pero nadie tiene allí un transmisor, porque sería localizado de inmediato por los alemanes. Y nadie en el norte tiene la palabra clave. Así que tendré que enviar un mensajero.

—Demasiado lento —dijo Malone—. Usted debiera tener palomas mensajeras. Pero no importa. Puedo mandar un mensaje corriente. Tampoco yo tengo palabra clave.

—Puedo mandarlo por helio —dijo Hlaka— y se difundirá por todo el país hasta que llegue al hombre que tenga el transmisor.

Toda esa conversación les llevó algún tiempo; especialmente porque ambos intérpretes no siempre estaban de acuerdo. Los términos técnicos eran lo más fácil de traducir, porque en muchos casos la palabra inglesa era la que se usaba para expresarlo en aquel país del Cercano Oriente.

Luego Malone escribió su mensaje, dirigido a un aeródromo de Egipto, que decía simplemente:

Busca cincuenta hombres que pescan carpas. Si estás despierta, llámalos, madre querida. Dick.

Hlaka lo observó gravemente cuando Malone se lo entregó, y se lo pasó en seguida a Gregor y al cocinero. A ninguno de ellos les pareció muy claro, pero podía serlo para los germanos, y eso había que tenerlo en cuenta al mandar cualquier mensaje.

—¿Lo entenderán los alemanes? —preguntó Hlaka.

—Sí, dentro de cien años. Lo descifrarán y tendrán la respuesta correspondiente, pero para ese entonces ya nos habremos marchado de aquí. La segunda parte está tomada de un poema conocido por cualquier inglés, y se refiere a la mañana temprano. Para ellos significaría, naturalmente, al amanecer. Los alemanes conocen bastante bien qué libros leen los ingleses y qué poemas son populares entre nosotros, pero todas sus cosas están rotuladas y guardadas en archivos, y les llevará un tiempo

el encontrarlas antes de descifrar el mensaje. La otra parte es muy sencilla, o al menos lo será para la gente del Sunderland: ellos siempre tienen la preocupación del agua, porque no pueden descender en ninguna otra parte: y el pescar lleva implícita la idea de agua. Ellos saben dónde estoy, porque algunos me han visto caer. Por aquí no hay más que dos lugares con agua, y las carpas sugieren la idea de agua fresca: luego, tiene que ser un lago. Lo descifrarán perfectamente; los alemanes también, pero dentro de cien años.

Hlaka, pues, envió su mensaje por helio en dirección al norte, repitiéndolo mía y otra vez. Y los alemanes lo anotaron cuidadosamente, lo tradujeron y lo descifraron, y descubrieron su sentido mucho más pronto de lo que Malone imaginara, pero no fue ese día, ni esa noche. Y el mensaje, como todos los mensajes de Hlaka, se desparramó por La Tierra, y esa tarde alcanzó a los hombres que tenían un transmisor oculto, y uno o dos minutos después llegó a Egipto, y el comandante de la tripulación de un Sunderland supo que Dick Malone se hallaba vivo en la Montaña y deseaba que alzaran cincuenta hombres para llevarlos a alguna parte.

—¿Qué piensa hacer con respecto a los tanques? —preguntó Malone.

Pero acababan de informarle a Hlaka que los alemanes estaban empezando nuevamente a moverse, y eso excitó al viejo jefe, al punto de perder un poco del respeto reverente que senda por ese vínculo con Gran Bretaña que significaba Malone; y entonces, señalando el rifle de aire comprimido de Srebnitz, que estaba apoyado en una pared de la caverna, contestó:

—Les tiraré con esto.

Malone comprendió entonces que su pregunta había sido un tanto infantil y que el anciano jefe deseaba no ser interrogado más por él. Respondió, pues:

—Es justo lo que se necesitaba.

## XXVII

**L**OS alemanes iban subiendo por ambos lados de la Montaña, y ya habían llegado a las cumbres occidentales, donde no se encontraba ninguno de los hombres de Hlaka, e iban avanzando por las partes altas. Al mismo tiempo un tanque ascendía por el camino, desde el cual podía barrer las rocas y tomar con un fuego enfilado a los hombres que se dirigieran al sur. En dos minutos los hombres de Hlaka se distribuyeron por las rocas desde las cuales tenían que librar la batalla.

Más granadas llegaban de la ciudad y de la llanura que daba al norte, pero el fuego cesó antes de que los alemanes se encontraran a una distancia suficiente como para que Hlaka les permitiera a sus hombres tirar sobre ellos. Malone empezó a disparar mucho antes que la gente de Hlaka, con el desprecio por las municiones propio de un hombre acostumbrado a tirar con ocho ametralladoras, y no sin éxito. Pero Hlaka no trató de reprimir a ese representante del Imperio, pues estaba muy impresionado por la seguridad con que Malone le prometiera muchas municiones más.

Los alemanes se iban acercando para converger todos a un mismo punto, conociendo evidentemente con toda exactitud dónde se encontraba Hlaka con sus hombres. De pronto el aire se sacudió con un golpe que la Montaña misma pareció haber sentido, y el aire y la Montaña parecieron sacudirse por segunda vez, y luego, más ligeramente, una tercera, y hasta una cuarta; y las cumbres lejanas también temblaron y rugieron con sus terribles voces. Era el tanque germano, y la alcantarilla, y varios metros de camino, que habían saltado por una explosión de algodón pólvora. La alcantarilla rota y los restos del tanque impedirían que otros tanques pudieran subir a la Montaña en ese día. El hombre que hizo estallar la mina nunca volvió junto a los demás: los alemanes estaban demasiado cerca de él, y por los dos lados, cuando disparó sobre ellos: mató a cinco, pero fue atravesado por las bayonetas.

La línea alemana por la parte norte se iba aproximando a los montañeses, llegando al alcance de las granadas de mano que la gente de Hlaka comenzaba a tirar. Los alemanes no podían verlos, y no abandonaban rápidamente sus posiciones porque la cuesta era muy empinada. Y además, estaban demasiado sin aliento por el esfuerzo de trepar para poder tomar buena puntería, aun en el caso de que llegaran a descubrirlos, mientras que los hombres de Hlaka estaban echados tranquilamente. Casi al mismo tiempo, o muy poco después, los que trepaban por la otra ladera se pusieron ri alcance de sus balas.

Los hombres de Hlaka estaban completamente rodeados por un número casi ochenta veces superior, pero la ventaja era de ellos. Los alemanes estaban demasiado cerca de la artillería para que ésta pudiera ayudarles, y sus aviones parecían haber sido ahuyentados. De los cinco primeros tiros que dispararon los sesenta hombres de Hlaka hubo muy pocos que no dieran en el blanco, sin contar los disparos de Malone, que era mucho más pródigo con las municiones. No podían los alemanes seguir

soportando pérdidas tales sin que se rompieran sus líneas. Por ninguna parte podían subir con facilidad, especialmente esos últimos ochenta o noventa metros; y bien pronto estuvieron echados entre las rocas, lo mismo que los defensores, y empezaron a disparar con más tranquilidad, pero siempre con muy poco blanco visible.

Al oír el prolongado redoble de su propio fuego, multiplicado por el eco de las montañas, sentían que estaban luchando bien, pero eran incapaces de cruzar el empinado y rocoso espacio que los separaba de sus contrincantes. Ese tiroteo prosiguió por largo tiempo, mientras que los hombres de Hlaka continuaban disparando sólo cuando veían a un alemán que no se había podido ocultar del todo. A veces, durante un alto, en el fuego de los montañeses, debido a que no había blanco visible entre los alemanes, algunos de éstos se animaban a avanzar un poco arrastrándose, siendo muertos invariablemente.

Cuando Malone, que se hallaba algo más arriba que los demás, no pudo ver nada sobre que tirar dentro de un radio de trescientos metros hacia el norte, trepó un poco por entre las rocas y miró abajo por el otro lado, disparando unos tiros en esa dirección.

Por último, el fuego de los alemanes cesó, y no por falta de municiones, lo que Hlaka les envidiaba enormemente, sino porque se les había dado esa orden. Hlaka comprendió que, quienquiera que estuviera dirigiendo el ataque, tenía un nuevo plan, habiendo visto el fracaso del primero. Le placía a Hlaka que hubiera cesado el fuego, y por una razón muy curiosa, aunque bastante sencilla: los alemanes eran su única fuente de aprovisionamiento de municiones y no le agradaba que las malgastaran.

Como el día iba pasando y los alemanes ni avanzaban ni se retiraban, Hlaka comprendió pronto cuál era el nuevo plan: la cuesta empinada que los alemanes no podían subir con invisibles tiradores apostados frente a ellos, no sería, de noche, un obstáculo igual, pues ambas partes resultarían igualmente invisibles; perderían muchos más hombres si trataran de abandonar sus refugios, aun de noche. Pero los que quedaban de ellos, siendo tan numerosos, era fácil que en la oscuridad pudieran dar cuenta de los montañeses aun sin más auxilio que el de sus manos. Podía haber luna, pero la luz no era suficiente para hacer puntería; hasta a la hora del crepúsculo resultaba difícil un tiro certero. Y el día ya se iba. Espléndido colorido empezaba a mostrar el cielo hacia occidente. Los alemanes estaban echados, perfectamente tranquilos, a la expectativa.

Hlaka sabía que apenas cayera la noche comenzarían a moverse, pero no creía que atacaran de inmediato; suponía que primero pondrían en movimiento toda su fuerza, cuya línea delantera se hallaba a más de cien metros de distancia, a fin de atacar en gran masa, como les gustaba a los alemanes.

Su propio plan consistía en tratar de cruzar la línea enemiga en cuanto oscureciera, y antes de que fuera reforzada, por el lado norte, donde estaba el precipicio y por donde menos podían esperarlo. No había tiempo que perder, a menos que creyera que los alemanes no atacarían hasta muy entrada la noche, y eso sería fiar

demasiado en la fortuna.

Así es que, apenas se extinguió el breve crepúsculo, empezó gradualmente a llevar a algunos de sus hombres hasta el borde del precipicio, quienes marcharon arrastrándose entre las rocas en esa media luz, y cuyo número aumentaba con la oscuridad. Entre ellos estaba Srebnitz. No había disparos ahora, y Srebnitz distinguió a un oficial que los estaba observando a través de sus prismáticos de campaña. Cualquier duda que se presentara en esa clase de guerra en que se hallaban embarcados los hombres de Hlaka debía ser disipada; y, como no hay hombre que pueda saberlo todo, las conjeturas tienen valor y son una parte importante en ese tipo de lucha. Srebnitz suponía que, aun con mala luz, un hombre podía ver con prismáticos de campaña, y suponía bien.

Estaba a punto de ir arrastrándose hasta donde Hlaka se hallaba para contarle que sus movimientos hacia el precipicio estaban siendo observados por ese alemán, cuando algo en su aspecto le llamó la atención. La distancia que los separaba era muy superior a la permitida por Hlaka para tirar, aun con buena luz. Srebnitz volvió a mirarlo, pero a esa hora era difícil la certeza. Se llegó hasta Hlaka, que se encontraba no muy lejos, y le dijo que los estaban observando. Pero había algo más que eso, y le pidió a Hlaka que le permitiera utilizar los prismáticos de campaña que el jefe siempre llevaba consigo. Hlaka se los entregó, y Srebnitz levantó la cabeza y miró a través de ellos; la luz del atardecer pareció aclararse un poco, y él vio distintamente la pesada figura del oficial alemán, y en ese instante los prismáticos alemanes bajaron y Srebnitz distinguió la roja faz y los crueles ojos de von Wald. Se volvió de súbito hacia Hlaka:

—¿Puedo tirar? —dijo.

Hlaka meneó la cabeza.

—Pero es el mayor von Wald —insistió Srebnitz.

Hlaka reflexionó un instante. Tenía dos ametralladoras, pero las miraba como un hombre prudente mira a un manirroto, y nunca las había usado hasta entonces: en pocos minutos hubieran consumido toda su pólvora. Pero el nombre de von Wald estaba en su libro; era un caso especial para la ametralladora. De modo que Hlaka mandó un mensaje que corrió de boca en boca hasta el hombre que estaba a cargo de ellas, y que le llevó una ametralladora. El mayor von Wald estaba aún allí.

Hlaka le dio permiso a Srebnitz para que usara también su fusil, aunque la distancia era de unos buenos ciento cincuenta metros; pero ordenó que no lo hiciera hasta que la ametralladora empezara a funcionar. Él, por su parte, se acercó a las rocas entre las cuales se hallaban los hombres que estaban tomando puntería. Entonces von Wald se sentó detrás de una roca y desapareció de la vista, mientras los tres hombres seguían observando, con las armas preparadas. El tiempo parecía transcurrir lentamente en el silencioso atardecer, y la luz iba desapareciendo.

Von Wald volvió a ponerse de pie y alzó sus prismáticos. Srebnitz apuntó. Sabiendo que, si tiraba en la forma que había preparado el fusil, la bala iría

demasiado alto, apuntó por debajo de las rodillas del mayor. De pronto oyó en su oído derecho el tronar de la ametralladora e hizo fuego. Hlaka, sin que él lo oyera, también había tirado. El mayor cayó. Srebnitz no estaba seguro si había dado en el blanco o no, hasta que oyó a Hlaka que decía a uno de los hombres:

—Borra su nombre del libro.

## XXVIII

**U**N planeta brilló y pronto aparecieron las estrellas. Hlaka, interpretando los pocos sonidos que oía y que ascendían la ladera en medio del silencio, comprendió que los alemanes iban subiendo por todas partes para rodearlos, pero no se notaba movimiento alguno en su línea de fuego.

En cuanto le fue posible mover a sus hombres sin que se los viera desde una distancia de cien metros, los llevó a todos hasta el borde del pequeño precipicio, caminando ahora, aunque agachados, y teniendo tanto cuidado de que no se los oyera como habían tenido antes para no ser vistos. La luna no se había mostrado aún en el norte, y el precipicio aparecía negro. Hlaka aguardó unos minutos; luego dejó caer las cuerdas e hizo descender a sus hombres por ellas de a dos o tres simultáneamente por cada soga, mientras varias manos, arriba, probaban la fuerza de las raíces de los árboles en que estaban sujetas.

Srebnitz estaba entre los primeros que bajaron, con su fusil pendiente del hombro y algunas provisiones atadas a él. La oscuridad y el vacío le produjeron una sensación de frío. Luego la soga pareció quemarle las piernas; y, más pronto de lo que esperaba, tocó tierra, entre mirtos. El ruido que hizo, como el que hicieron sus camaradas, creyó que los alemanes debían haberlo oído con seguridad, si es que se hallaban a sólo ochenta metros de distancia; pero no se oyó ni un tiro.

Al pie del precipicio esperó anhelante, con unos pocos más, para proteger a los hombres que descendían por las sogas, si los alemanes empezaban a moverse. Pero aún no había rumor alguno proveniente de los germanos, el número de montañeses que bajaban era cada vez mayor, y Srebnitz sintió la confianza que inspiraba la cantidad. Ésa era la parte más débil de la línea alemana, pues el precipicio era inescalable, y la mayor parte de los que llegaron hasta allí se habían desplazado a la derecha o a la izquierda, y muchos de los que se habían aproximado fueron distinguidos fácilmente desde las alturas, y muertos. Pero Hlaka esperaba encontrarse con cuerpos auxiliares o reservas a medida que fuera bajando.

Distribuyó a sus hombres en dos filas, hombro con hombro, y los condujo por entre los mirtos. Sólo se toparon con dos alemanes: unos pocos tiros, y ya estaban del otro lado de la línea enemiga; y había dos fusiles más para la gente de Hlaka. Media docena de tiros no iban a revelar por completo el plan de Hlaka, pero él trataba de apurarse por temor de que los alemanes llegaran a descubrirlos. Doscientos metros más adelante encontraron a algunos alemanes más: hombres que subían a la Montaña para reforzar la línea que los había rodeado. Se cruzaron rápidamente con ellos, con una andanada por ambas parte. Aquí perdió un hombre, muerto o herido; no había tiempo para detenerse a ver cuál. En realidad, como para Napoleón en Egipto, o como para algunos mariscales alemanes, según ellos decían, los heridos por una u otra parte eran detalles que no tenían cabida en los planes de Hlaka; sus propios heridos eran un sacrificio que la sagrada causa por la cual luchaban bien podía exigir, tal como él lo

veía, y los heridos alemanes eran algo de lo cual nunca hablaba y por lo cual sus hombres nunca lo incomodaron.

Los tiros disparados en esta segunda ocasión debían haber mostrado claramente cuál era el camino que tomaba, pero él apuró a sus hombres, que se movían como montañeses, lo cual esperaba que aumentaría la distancia que los separaba de los alemanes, no familiarizados en absoluto con sus montañas nativas. Tampoco todos sus hombres eran montañeses, y algunos se le habían incorporado recién el día anterior; pero Hlaka acomodaba su paso al de los más veloces, y dejaba a los más lentos que formarían su retaguardia y que lo siguieran como les fuera posible.

Brillaron varias luces, dándole a la noche un extraño tinte verdoso, lleno de sombras oscilantes, pero no llegaron a descubrir a los hombres de Hlaka. Y llegaron hasta sólidos arbustos de roble, y sintieron que estaban en salvo. La línea que se cerraba alrededor de las cumbres había quedado completamente atrás, y al parecer ya no había más alemanes delante de ellos, excepto los que estaban a cargo de las baterías en el valle. Pero Hlaka conocía la ubicación de los mismos.

Siguieron sin más molestias, pues la pendiente se hizo más suave; la oscura forma de la Montaña se elevaba detrás de ellos, y al frente sólo veían estrellas. Mientras las luces Verev se remontaban y parpadeaban en vano, detrás, ellos llegaban a las últimas pendientes de la Montaña. Entonces Srebnitz oyó palabras sin sentido para él, pues eran pronunciadas en lengua extraña:

—Muy bien, jefe. Hemos llegado a un camino.

Y era verdad que sus pies tocaban un camino, que es siempre algo extraño y bien venido para hombres que han pasado mucho tiempo entre la naturaleza salvaje. No hacía mucho que Srebnitz había visto un camino, pero así y todo sintió un estremecimiento. ¡Qué cosa maravillosa sería un desierto en medio de una ciudad! ¡Cómo jugarían los niños en sus arenas! ¡Cómo pasearían por él los jóvenes, saliendo de las calles de la ciudad! Imagináos los camellos esperando en el punto terminal de un ómnibus. El ruido y el humo detrás, la quietud y el espejismo delante. Tan extraño como eso es un camino para un hombre que sale de una región salvaje.

Ni aun allí se detuvo Hlaka para esperar a su retaguardia, sino que distribuyó hombres de enlace para mantenerse en contacto con ellos. A los demás los organizó en filas de cuatro y marchó con ellos a una velocidad de cinco millas por hora.

—¿Cómo hará para recorrer las cuarenta millas esta noche, jefe? —preguntó Malone.

Hlaka llamó con un gesto a Gregor, para que le sirviera de intérprete, y le explicó su plan a Malone, un plan que llevaba en la cabeza aun desde el momento en que dijo brevemente que los hombres podían hacer lo que habían hecho las ovejas salvajes. El hombre no tiene ni la fuerza ni la rapidez de la oveja salvaje, pero el cerebro le sirve de sustituto. Si ha usado su cerebro sabiamente o no, ¿quién puede decirlo? Pero es indudable que ha logrado cosas maravillosas, tales como los motores. En una de las granjas que proveían de lo necesario a Hlaka, como lo hacían de buen grado todas las

de La Tierra cuando les era posible, Hlaka consiguió un camión, que no se encontraba lejos, por el camino que habían tomado. Era un camión pequeño, que no podría conducir más de doce hombres con sus armas y provisiones; pero el plan de Hlaka, que trataba ahora de explicarle a Malone con la ayuda de Gregor, era que el camión recogiera a los doce hombres más rezagados y se adelantara con ellos unas veinte millas, volviendo luego para alzar a los doce que quedarán atrás, para llevarlos nuevamente unas veinte millas, y volver otra vez a hacer lo mismo, de modo que descansaran en el ínterin y pudieran continuar la marcha al descender. Calculaba que sus hombres podrían fácilmente caminar veinte millas en una noche, haciendo otro tanto en camión.

—Una simple suma, jefe —dijo Malone cuando comprendió la traducción de Gregor—. Cuarenta millas.

Malone aprobaba la idea y sentía que, como único británico presente, tenía que manifestar su asentimiento.

—Muy bien, jefe —dijo.

Al poco rato el camión pasaba delante de ellos, con las luces apagadas, para recoger a la retaguardia de Hlaka.

Toda la noche la pasaron los hombres caminando o sentados en el camión, acomodando el paso a una marcha más lenta después de la primera hora. Hlaka esperaba no encontrar alemanes, pues estaban todos concentrados en la Montaña; y, efectivamente, no fue molestado en toda la noche. En una oportunidad el camión tropezó con una patrulla de ciclistas, que consistía en un cabo y dos soldados, e inmediatamente fueron muertos a tiros por los ocupantes del camión. Una de las bicicletas sufrió desperfectos; las otras dos pasaron a manos de la infantería de Hlaka. A veces los hombres que caminaban se sentaban a descansar brevemente a la orilla del camino; pero ninguno descansaba mucho, a no ser en el camión. Poco antes del amanecer vieron el pálido y frío brillo de las aguas del lago que se hallaba a cuarenta millas de distancia de la Montaña y al que Hlaka había prometido llegar. Allí se pusieron a esperar, mientras el tiempo se arrastraba lentamente. Pero, por muy lento que pasara el tiempo, ya apuntaba la aurora, y no había señales del Sunderland.

Hlaka miraba a Malone, y Malone se sentía bastante incómodo, aunque sonreía confiado; y Hlaka veía su inquietud por debajo de la sonrisa, y no decía nada.

Hlaka giraba su vista en derredor a medida que el panorama emergía de la noche, tratando de encontrar un lugar donde sus hombres pudieran ocultarse y descansar durante el día. Pues el camión no podía bajar por el camino de día sin ser visto por los alemanes, y sus hombres tendrían que librar una de esas batallas que Hlaka siempre trataba de evitar: una batalla a campo abierto. Tampoco podían marchar otras veinte millas sin tomarse un descanso. La oscuridad era cada vez menor y el campo se iba haciendo más visible, mientras Hlaka observaba sus sembrados, sus arbustos y sus rocas, pensando dónde distribuiría a sus hombres si el hidroavión no llegaba.

Envió el camión hasta un bosquecillo no muy alejado del camino. El día avanzaba

velozmente. Los hombres se miraban unos a otros; la luz ya se reflejaba en sus rostros, y la noche que los había encubierto había desaparecido por completo. Un rayo de sol apareció por encima de una colina baja, a la derecha, reflejándose en una nube, y Hlaka decidió alejar a sus hombres del lago para ponerlos a buen recaudo.

En ese momento se oyó un zumbido, como suena el pulso en los oídos. Hlaka escuchaba, y con él todos sus hombres. El ruido aumentaba de intensidad. Todos volvieron la vista hacia el sur, de donde venía el zumbido: allí estaba el Sunderland. En pocos minutos había descendido sobre el lago, sus flotadores se zambullían en el agua y Malone sonreía con una sonrisa perfectamente natural. Hlaka lo miró, y Malone comprendió sin ayuda de intérpretes lo que quería decirle.

—No está a gran profundidad —le contesté—. Todos podemos ir caminando hasta allí.

La mañana era muy fría a orillas de ese lago gris; pero no había otro camino.

## XXIX

— **D** ÍGALE adónde quiere que lo lleve, jefe —dijo Malone.  
El piloto estaba de pie ante una puerta abierta sobre una pequeña escalinata.

Hlaka conversó con Gregor, quien se dirigió al piloto para hablarle de las Montañas Azules y del río. El piloto asintió, y la gente de Hlaka empezó a andar por entre los juncos hasta penetrar francamente en el agua, llevando los rifles por encima de sus cabezas, mientras la tripulación del hidroavión le echaba combustible de una gran cantidad de latas que estaban amontonadas donde acostumbran ir los pasajeros.

—¿Han tenido alguna dificultad en el camino? —preguntó Malone al piloto.

—No —dijo éste—. Tenemos algunos observadores sobre el aeródromo de ellos. Pero mejor es que nos apuremos. Cincuenta hombres, por favor. Todos de pie.

—Espero que mi mensaje haya sido claro —dijo Malone.

—No tanto. ¿Por qué no has seguido con las citas, diciendo algo sobre el brillantísimo día? Eso hubiera indicado con más claridad que se trataba de mañana.

—Bueno, yo pensé en ello, pero eso también podía significar «Primero de Mayo», y como esa fecha está muy cerca, no quise correr el riesgo de una confusión.

—Ya lo veo —dijo el piloto—. Quizá tengas razón. Oye, trata de hacerlos entrar lo más rápido posible.

Y los hombres, chorreando, subieron al aparato. Hlaka había tenido cinco pérdidas en total durante la lucha, y, cuando el Sunderland estuvo lleno, quedaban sólo seis hombres en el camino. A los dos que tenían bicicletas Hlaka les indicó que se ocultaran de día y trataran de hacer por la noche el recorrido hasta llegar a las Montañas Azules, y los otros cuatro tenían que viajar de noche hasta donde les fuera posible en el camión, y, cuando no pudieran seguir adelante, debían abandonar el camión y seguir viaje a pie.

Entonces la puerta se cerró y las hélices empezaron a girar justo cuando el sol se elevaba sobre las cumbres de la derecha y una cortina dorada de rocío ondeaba junto a las ventanas, una cortina que parecía haberse desprendido de una feroz tormenta para quedar flotando en el aire.

La tierra tenía un hermoso aspecto al despertar de su sueño, arrojando de sí el ropaje de gasa de la niebla, espesada aquí y allí por los tempranos fuegos de las chimeneas de las casas de campo y de pequeños campamentos, que una brisa alejaba suavemente.

Las nubes arrojaban una sombra color malva sobre el verde de los campos por cuya libertad luchaban esos cincuenta hombres, y pocos minutos después divisaron todas sus montañas. Luego, el avión, que seguía remontándose, atravesó el borde de las nubes, y ya nada se vio desde las ventanillas, excepto una sombras grises.

De allí pasaron a una luz solar sin sombras, a un mundo que jamás vieran antes, un mundo de llanuras blancas con blancas cumbres emergiendo de entre ellas, y unas

islas de un blanco acerado flotando en un azul brillante. No habían tenido mucho tiempo para contemplar ese mundo blanco cuando volvieron a verse rodeados de niebla. Las siluetas de las nubes pasaban nuevamente ante sus ojos, volvió a aparecer la tierra y las montañas se vieron muy próximas. Un río brilló delante de ellos, la tierra pareció inclinarse y dos abanicos de rocío se agitaron delante de las ventanillas.

Malone estaba encantado: había trasladado un ejército sin sufrir una sola baja; en las orillas del río encontrarían suficiente lugar donde ocultarse hasta la caída de la noche, y las Montañas Azules sólo distaban de allí unas cinco millas. Pero en la pensativa faz de Hlaka no aparecía la menor sonrisa.

—Aquí se está muy bien, jefe —le dijo Malone—. Encontrará fácil albergue, pues hasta hay una casa allá arriba, y las montañas están apenas a cinco millas.

Gregor tradujo, pero Hlaka no contestó.

—Aquí hay mucha gente de su pueblo, jefe —dijo Malone—. Mucha más de lo que imagina; y también algunos de los nuestros. Y todos muy bien armados.

Pero esas buenas nuevas no lograron ni la sombra de una sonrisa de Hlaka.

Entonces dijo:

—Mi hija y dos hermanas mías se hallan en esa casa. Y los alemanes las andan buscando.

—Sería muy duro para las mujeres vivir en las Montañas Azules —dijo Malone, pensativo.

—Sí —repuso Hlaka.

Pero en seguida a Malone se le ocurrió una idea.

—No podemos esperar mucho, ¿sabe? —dijo—. Pero la casa queda a poco más de una milla de distancia. Media hora podríamos esperar. Si ustedes lograran traerlas, podríamos hacer por ellas algo mejor que eso. —Y señalaba las Montañas Azules.

Hlaka meditó un instante.

—¿Egipto? —dijo.

—Sí. Y vale la pena de verse. Pero podemos encontrar un clima mejor aún que ése para ellas. Los khamseen pueden no resultar cosa buena. Estos Sunderland se dirigen a Natal, y, si hubiera lugar para días, podríamos llevárnoslas. Tenemos toda clase de climas en nuestro imperio, y en Natal se está bien.

Hlaka reflexionó. Natal. Una tierra donde no había alemanes. Hizo un signo de asentimiento.

—Bueno, mande a algunos jóvenes a buscarlas, jefe —dijo Malone—, y hágalos correr.

Hlaka volvió a asentir y, llamando a Srebnitz, le indicó la casa.

—He enviado para acá a mi hija y mis hermanas —le dijo—. Tráelas ligero. Dame tu fusil.

Srebnitz quiso decir algo; no sabía qué, pero un tropel de ideas se atropellaban en su mente.

—Rápido —insistió Hlaka.

Entonces Srebnitz se volvió, echándose a correr, y alcanzó la casa en diez minutos. ¡Ver a Sofía de nuevo! Estaba sin aliento y un poco desconcertado, o mejor dicho, con la mente demasiado llena de pensamientos y dominada por la idea de ver a Sofía, como para poder funcionar normalmente. Su cerebro estaba iluminado por imágenes de ella, e inmediatamente oscurecido por el temor de que ella no hubiera podido alcanzar la casa, o que hubiera tenido que abandonarla, o que pudiera haber muerto, y nuevamente iluminado por el recuerdo de sus sonrisas. En medio de todos estos pensamientos contradictorios, llamó a la puerta de la casa, que fue abierta por Sofía en persona. Y sus dos tías estaban sentadas en el interior tan tranquilas como siempre. Había otras personas allí, a las que Srebnitz casi no distinguió. Pero detrás del rostro de Sofía, y alrededor de ella, vio un gran cuarto, más bien oscuro, lleno de objetos que impedían el paso de la luz, pero que en cierto modo ayudaban a fortalecer esa sensación de hogar que parecía flotar en el ambiente, como si las sillas, mesas, cortinas, uno o dos barriles y muchos objetos propios de una granja del sur fueran esos pequeños dioses menores que los romanos conocían con el nombre de lares y penates, reunidos todos alrededor del altar de la gran chimenea. Entre todo eso Srebnitz vio en una ojeada al granjero mayor, que era evidentemente el dueño de casa, y a su mujer, y tres o cuatro gatos y dos perros.

—Sofía —dijo él.

Ella le sonrió y se volvió para presentarlo al jefe de la familia.

—Mi tío —dijo Sofía. Pero el tiempo apremiaba.

—Dice el jefe que ustedes tienen que venir de inmediato hasta el río. Hay allí un avión esperando.

Isabella y Angélica levantaron la vista.

—Él dice que los alemanes saben que ustedes son sus hermanas —continuó Srebnitz—. Quiere que vayan para allá en seguida.

Isabella nunca hablaba. Salió del cuarto inmediatamente a fin de recoger sus bártulos, lanzando una mirada a Angélica para que ella también fuera por los suyos.

—El avión no puede esperar —les gritó Srebnitz.

—Entonces también yo voy a aprontarme —dijo Sofía, y salió corriendo de la habitación.

No había discusión posible en lo que a las palabras de Hlaka se refería.

—Pase —dijo el granjero.

Pero Srebnitz seguía de pie en la puerta, no atreviéndose a perder unos minutos recibiendo hospitalidad.

—¿Usted lucha junto a Hlaka? —le preguntó el granjero.

—Sí —repuso Srebnitz.

—Él se casó con mi hermana.

—Sí —dijo la mujer— ella era de por aquí.

Eso explicaba que Sofía hubiera ido a albergarse en esa casa.

—Ahora vamos hacia las montañas —dijo Srebnitz.

—Allí encontrarán mucha gente —dijo el granjero— todas bien armadas. Los alemanes nunca podrán arrojarlos de ahí. Y tendrán ustedes allí todas las provisiones que necesiten. Todos nosotros se las enviamos a los hombres de allá arriba.

—¿Encontraremos muchos alemanes en el camino? —preguntó Srebnitz.

—A veces hay algunos —respondió el granjero—, pero son muy cautos, y, si los encuentran y se ven obligados a luchar con ellos, recibirán ustedes ayuda de los hombres de las montañas.

—Tenemos que apurarnos —dijo Srebnitz, pues ésas eran las órdenes de Hlaka.

Pero en ese mismo instante regresaba Sofía seguida de sus dos tías. Habían traído muy pocos bienes a esa casa, y pudieron pronto reunirlo todo. Las despedidas hacen perder tiempo, así que Srebnitz se adhirió a la puerta como para no tener que decir adiós, lo que agregaría muchos segundos al retraso; el granjero también salió llevando paquetes para las tías de Sofía.

Srebnitz corrió con Sofía como para animar a Isabella y Angélica a apurar el paso al máximo. Pero, cuando ellas empezaron a marchar con toda la velocidad posible, fue quedando rezagado junto a Sofía, sabiendo que al avión no le sería de ninguna utilidad que él se les adelantara en cinco minutos. Confiado en que él y Sofía podrían alcanzar a las ancianas en cuanto se lo propusieran, no tuvo reparo en quedar atrás con ella.

Y esa breve caminata, sin tiempo que malgastar fue el momento idílico de sus vidas, el momento a cuyo recuerdo volverían siempre, con el escenario que permanecería inalterable a través de los años: la tierra rocosa, los verdegueantes sembradíos de maíz y las anémonas esmaltando la tierra virgen.

También las palabras pronunciadas por Srebnitz, y las respuestas de Sofía seguirían resonando en la memoria de él, para permanecer allí probablemente hasta que lo agobiaran los años y él aprendiera una forma más grave de expresarse, sobreviviendo a los discursos de los hombres de estado, a los inventos de los sabios, a la ciencia de los estudiosos y aun a las palabras de las canciones.

Y no menos claramente seguirían sonando esas palabras en la memoria de Sofía, con ecos inmortales, ecos que siempre le servirían de aliento en los largos días de espera hasta que La Tierra volviera a ser libre de nuevo. Y esas palabras memorables podrían registrarse aquí, si no fueran demasiado triviales, y si no fuera porque en frías letras impresas jamás podrían revelar la magia con que estaban encantadas, magia que a Srebnitz le parecía provenir de las montañas y de las anémonas, de las mariposas y de la luz del cielo, y de infinidad de otros ingredientes con que el Amor prepara sus filtros. Pero el sentido general de su conversación era que se recordarían uno a otro eternamente y que habrían de casarse apenas La Tierra fuera liberada.

## XXX

**L**AS despedidas a orillas del río fueron breves. Si algún Stuka errante pasara por allí no habría escondite posible para el Sunderland y no tendría tampoco la velocidad suficiente para escapar. De modo que cada minuto estaba cargado de peligro.

—Bueno, jefe —gritó Malone desde el aparato—: háganos saber cualquier cosa que necesite. Le enviaremos un transmisor de radio, y no tendrá más que pedir.

Antes de que sus palabras fueran traducidas, él ya estaba dentro del avión para dejar paso a Isabella y Angélica, que dos hombres conducían por el río. Srebnitz llevaba en sus brazos a Sofía. Y ése fue un recuerdo que lo acompañó por dos años en las Montañas Azules.

En el instante en que las tres mujeres estuvieron a bordo se pusieron en marcha los motores, y los hombres de Hlaka agitaron sus sombreros y dieron hurras por la victoria que en el fondo de sus corazones sabían que iban a lograr, como para animarlas en el momento en que abandonaban su tierra natal; no es que los oyeran por encima del rugir de los motores, pero vieron los vítores en los rostros de los hombres y comprendieron que ellos presentían la victoria por entre la niebla de los años por venir.

En seguida la cortina de espuma que levantaba el aparato lo ocultó todo a su vista, y, cuando desapareció, Isabella, Angélica y Sofía vieron realizado el sueño que les era familiar, pues los poetas de su tierra lo habían soñado durante tres mil años, y habían explicado su sueño a los otros, hasta que lo soñaron los hombres de ciencia, y luego los trabajadores: por fin el hombre volaba.

Vieron su amado país a sus pies, con todos sus colores, sus formas y detalles, excepto la altura, pues no podían distinguir entre árboles y arbustos, o entre lomas y montañas.

Pronto, como perros ovejeros, para adaptar una metáfora al propósito, o como mosquitos en verano alrededor de la cabeza de un caballo si sólo nos fijamos en la impresión visual, apareció una escolta de Spitfires para acompañar al Sunderland mientras pasaba cerca del aeródromo alemán que estaba junto a la ciudad, y verlo partir a salvo en dirección al mar. Tan pequeños parecían y tan alto estaban que las damas no advirtieron su presencia. Y Malone, que estaba de pie junto a ellas, no les dijo nada, porque no veía la necesidad de informar sobre las medidas de protección que tomaba el Imperio Británico, siendo suficiente para él que esa protección estuviera sobre ellas como un escudo.

Pocos minutos más y el Mediterráneo, de un azul intenso, estaba a la vista. La Tierra ya quedaba atrás; y las tres mujeres, que habían visto realizados los sueños de los poetas antiguos, veían ahora, tal como Shelley lo había visto con sus dos ojos desde algún acantilado o desde alguna altura inmaterial a la cual su genio se remontara:

*El azul Mediterráneo, donde él yacía,  
Arrullado por las ondas de sus cristalinas corrientes.*

Pues en el fondo del mar duermen extrañas corrientes, envueltas en algas purpúreas, que, desde la altura a que se encontraban ellas, se veían tan claramente entre los verdes y los azules como podría verlas un buzo. De qué se trataba, ninguna de ellas lo sabía, ni Malone se lo podía explicar. Quizá fueran ríos de la tierra que se adentraban en el mar, abriéndose paso en su lecho, y haciéndolo mullido con algas marinas tal como los hombres suelen utilizar sedas y rasos para adornar sus hogares. O serían tal vez huellas de antiguas conmociones que habían dejado las akas en el lugar adonde las condujeran en su loca aventura.

Sofía estaba satisfecha con la pura belleza del mar, pero Isabella quería conocer la explicación de esas corrientes color púrpura que se veían entre el verde cobalto de las aguas, y se volvió hacia Malone para averiguarlo; pero Malone se había marchado para exprimir su empapada camisa.

Viajaron toda la mañana por encima del mar, y al mediodía distinguieron las blancas siluetas rectangulares de las casas de Alejandría; cruzaron la exuberante vegetación del Nilo hasta que las pirámides se presentaron ante su vista: objetos más antiguos que La Tierra, más viejos que toda su historia. Había algo en ellas que quitaba el aliento, algo que inspiraba un reverente pavor, tal como un gran precipicio. Sofía y sus tías no vieron en ellas ninguna belleza especial, pero eran realmente como precipicios entre las edades.

A pocas millas de esos monumentos estupendos, descendieron sobre el agua. Allí, en El Cairo, recibieron las mismas atenciones que muchos de sus compatriotas, quienes pagaron la deuda luchando en el desierto. En aquellos días el jacarandá estaba en flor, embelleciendo El Cairo con sus grandes ramos de color azul malva.

Ellas se dirigieron en seguida a las pirámides para apreciar más de cerca su misterio. Allí estaban, recuerdos de una de esas grandes luchas que un hombre provoca cada tanto, por bravata, ambición o algún otro capricho, contra las cosas que lo amenazan: Cheops contra el olvido, Hitler contra la libertad; ambos ganando al principio, ambos sosteniéndose aún.

Luego se acercaron a la Esfinge y trataron de descifrar lo que ella parecía estarle diciendo al alba. Tan vieja era, que el alba se cansó de ella, al fin, retirándose un poco del lugar en que, en los días de verano, solía sonreír frente al rostro de la Esfinge.

Y cuando las flores del jacarandá caían, se halló lugar para ellas en uno de los hidroaviones que debían partir para Natal. Malone se acercó con un intérprete para saludarlas.

—Diles —le pidió al intérprete— que en Natal se encontrarán bien. Ningún *boche* las va a molestar, y las llevaremos de regreso a su país apenas logremos arrojar de La Tierra a los *heilhitlers*. Y diles que no se preocupen por el jefe. Está rodeado de muchos hombres, y los proveeremos de lo necesario. Y en las montañas sólo ellos

podrán dominar: los germanos jamás lo lograrán. Y... bueno, eso es todo.

A la mañana siguiente Sofía y las dos ancianas partían en un Sunderland. Volvieron a seguir el curso del Nilo, y, más extraño que una alfombra cruzando una calle de Londres, más extraño que una alfombra atravesando una gran ciudad, corría la verde alfombra de cultivos a la orilla del Nilo, que se extendía por centenares y centenares de millas a través del desierto. Y así, hasta que perdieron de vista el Nilo para cruzar el desierto salvaje, donde había montañas, con arroyos en todos sus valles, que aumentaban su anchura a medida que iban bajando y encontrando tributarios en su camino, dorados arroyos sólo de arena, como si la Muerte bebiera en un banquete ofrecido a mediodía, en esa tierra, a las fuerzas que odian al hombre.

Volvieron al Nilo, y sobre su margen derecha vieron las cuatro figuras que guardan la entrada al cerro que fue ahuecado para hacer en él un templo, cuando amanecía un poco más al sur que ahora.

Aparecieron ante su vista verdes palmeras, y llegaron a Wady Halfa, donde descansaron esa noche, y al amanecer siguieron viaje a través de ese tremendo desierto, y cruzaron el Nilo, de paso, y volvieron a encontrarlo en Kartum, volando bastante bajo donde el Nilo Blanco y el Azul se encuentran como para distinguir los colores de ambos ríos.

Doscientas millas más de desierto, y la vida volvía a aparecer, escasa y seca al principio, como espantada por la proximidad de la Muerte en los vastos dominios del Sahara. Pasaron junto a Abisinia, a su izquierda, ya no perturbada por enemigo alguno, pues el imperio de Italia en África se había desmoronado ya por aquel entonces.

Llegaron a Malakal, y allí acechaba un enemigo más mortífero que Italia: la fiebre amarilla; pero a ellos no les causó daño alguno. Al día siguiente arribaron a Uganda. Ya no había allí ni un recuerdo del desierto, y las hierbas en los pantanos del Nilo crecían hasta una altura suficiente como para ocultar elefantes.

Y aparecieron entonces las manadas de animales que aún vagan por el África, aunque los límites de la tierra de sus salvajes correrías van retrocediendo cada vez más. Jabalíes, con sus colas rígidas, galopaban por entre los pastos; rebaños de elefantes permanecían con sus enormes orejas preparadas para escuchar, y sus colmillos brillaban al sol; los cocodrilos estaban echados, inmóviles, sobre el fango, con las mandíbulas abiertas, mientras centenares de hipopótamos tomaban un interminable baño.

Ninguno de esos animales había sido visto jamás por ninguna de las tres mujeres, y uno de los oficiales del Sunderland, que conocía algo de su idioma, les preguntó qué harían en tan extraño ambiente.

—No tendrían grandes probabilidades de vivir allí abajo —le dijo a Isabella, señalando a los elefantes y a un par de rinocerontes que acababan de salir precisamente de entre los cañaverales donde se hallaban echados los cocodrilos.

—Yo creo que sabría arreglármelas —le respondió ella—. He vivido entre

prusianos.

Vieron la espuma que formaba el Nilo en las cataratas de Murchison. Vieron su propia sombra cruzando el África, a veces sobre la tierra y a veces sobre las nubes, o rodeada por el arco iris, pero siempre inseparable. Descendieron sobre el Gran Lago entre azules lirios acuáticos, lo cruzaron para ir a descansar a Kisumu, entre árboles de franchipán; y al día siguiente volaron sobre Kenya, a quince mil pies de altura, donde las montañas contagiaban al aire su aspereza, de modo que marchaban sobre obstáculos invisibles. Vieron a gran distancia la enorme cabeza del Kilimanjaro, que parecía una cabeza negra vetada de gris, pues la masa de nieve que lo coronaba estaba como perdida en el cielo.

De ese frío descendieron bruscamente a una zona de gran calor: estaban en Mqmbaza. De allí, cruzando Zanzíbar, se encontraron en Dar-es-Salam, y caminaron por sus calles arboladas, y volvieron a seguir viaje, volando bajo sobre el río Rufigi; y en el río yacía, como el cadáver de un monstruo, el crucero alemán *Koenisberg*. El oficial que conocía el idioma de Sofía nada dijo, y los demás ni siquiera hicieron un gesto para indicárselo: sencillamente volaban bajo con el Sunderland; y las tres mujeres, exiladas de su Tierra por el inmenso poder de los alemanes, pudieron ver el enorme barco con los flancos destrozados por las bombas, yaciendo allí, perdido en medio del África.

En Lindi volvieron a descender entre azules lirios acuáticos, para luego levantar vuelo y atravesar el Ruvuma, dejando el Imperio Británico, y llegando a Mozambique.

Al día siguiente cruzaron el territorio de Mozambique, volvieron al Imperio y volaron hacia Zubuland. Las últimas mil millas las hicieron volando sobre bosques con pequeños claros de forma redonda, en medio de los cuales se veían grupos de pequeñas chozas bardadas.

Y así llegaron a Durban, ciudad de espléndidos árboles, alineados en hileras perfectas a lo largo de las calles, y con grandes extensiones de terreno virgen, conservándose restos del primitivo bosque africano de árboles más viejos que la más vieja de las casas de la ciudad. Sus suburbios se alzan al oeste, trepando por las colinas, un jardín junto a otro.

Y allí esperaron, y esperan aún, a que amaine la tormenta que ha llevado a la Libertad tan lejos de su hogar natal. Y la espera de las tres mujeres es alentada, y su exilio mitigado por la hospitalidad del pueblo de Natal. Y su vida tiene un solo objetivo: ni la majestad del panorama, ni la belleza de las flores de Natal pueden alejarlas del receptor de radio a la hora en que acostumbran escuchar las noticias.

Como las grandes aves, en el corazón del África, aguardan pacientes e inmóviles la muerte de alguna enorme bestia de presa, así Isabella y Angélica esperan el fin de Hitler; y, desde la distancia, ven muchas señales que les revelan que se halla ya muy próximo, y con esas señales reconfortan a Sofía.

Entretanto Srebnitz, en las Montañas Azules, con Hlaka y hombres de un ejército

muchísimo mejor equipado que aquel al cual se uniera en un principio, vive en una caverna que tiene una tradición que ha pasado de boca en boca, como la tradición de ciertas casas antiguas en que se dice que durmió la reina Isabel; pero ésta es una Tierra mucho más vieja, y no se habla en ella de reinas sino de dioses, y se cuenta que en esa caverna vivió el dios Pan.

Y allí canta Iskander para Marya, que se encuentra a cien millas de distancia, pues el amor lo mismo utiliza los inventos modernos que sueña sueños antiguos. Malone cumplió su promesa y le envió a Hlaka un transmisor; y Marya recibió un mensaje en que se le indicaba a qué hora debía escuchar.

Hacia esas montañas los alemanes no pueden abrirse paso. A veces mandan a italianos o búlgaros para intentarlo, pero sin resultado. Esas montañas son demasiado empinadas, y los hombres de Hlaka afinan su puntería a medida que el tiempo pasa, de modo que ya les es permitido tirar a doscientos metros.

Y los remanentes de regimientos ingleses y neozelandeses que quedan allí, cuando se refieren a los alemanes, resumen así la situación:

—Ellos no tienen ni la probabilidad de un perro.

Y algunos de ellos tratan de traducir al francés la expresión, pensando que les resultará más comprensible que el inglés a Hlaka y sus hombres.

Allí esperan, con todo su glorioso pasado a salvo en la caverna del dios Pan, y ante ellos el futuro, iluminado por las alas de la Victoria, que brilla en los sueños de cada uno de los hombres o en las visiones que la esperanza les trae con frecuencia y que se expanden como dorados meteoros por todo el cielo de La Tierra.



EDWARD JOHN MORETON DRAX PLUNKETT, XVIII BARÓN DE DUNSANY (24 de julio de 1878 - 25 de octubre de 1957). Dramaturgo y novelista anglo-irlandés, conocido sobre todo por sus cuentos fantásticos.

La obra literaria de Dunsany está hoy muy lejos de la inmensa popularidad de la que gozó alrededor de 1920, tras la publicación de algunos de sus libros decisivos como *The Gods of Pegana* (1905), *Time and the Gods* (1906), *La espada de Welleran* (1908), *Cuentos de un soñador* (1910), *The Book of Wonder* (1912), *Fifty-One Tales* (1915) o *Tales of Wonder* (1916), en lo que se estima su década de plenitud creadora. Hijo de un ingeniero que inventó su propio aparato de Rayos X y que instaló el primer tendido telefónico en Irlanda, Dunsany se llamaba en realidad Edward John Moreton Plunkett y tuvo una educación militar que lo llevó a participar en la guerra anglo-bóer, en Sudáfrica. Se sabe que fue un hombre relativamente alto (medía alrededor de 1,80), que se coronó campeón irlandés de ajedrez para aficionados y que enfrentó nada menos que al famoso gran maestro cubano Capablanca. Aficionado a la caza, efectuó diversos viajes por Europa, África y Asia, y volcó buena parte de estas experiencias en tierras exóticas a la hora de escribir sus relatos de atmósfera oriental o incluso su primera novela, *Don Rodrigo* (1922), ambientada en España en tiempos del Renacimiento.

Aunque nacido en Inglaterra (Londres, 1878), aunque de convicciones unionistas y contrario a la independencia de Irlanda (llegó a hablar con amargura del «Reino Desunido», en vez del Reino Unido), Dunsany siempre fue visto como un autor irlandés; su obra fue contemporánea de las de William Butler Yeats, George William

Russel (alias «AE»), James Stephens o Caradoc Evans, entre otros representantes del «Irish Renaissance», en su mayoría poetas o dramaturgos. Varios estudiosos han afirmado que la prosa narrativa no fue el género preponderante del renacimiento irlandés (ni, más ampliamente, del así llamado «renacimiento céltico» de inicios del siglo XX). Al igual que en la de otros prosistas de origen celta, en la obra de Dunsany abundan las anécdotas excepcionales o al borde de lo verosímil, los finales asombrosos, una atmósfera legendaria y, ante todo, cierto gusto por lo misterioso, por lo sobrenatural o, incluso, por las ciencias ocultas. Debido a algunas de estas características, Dunsany no está lejos del galés Arthur Quiller Couch (alias «Q») o incluso de Arthur Machen (hijo de padre galés).

Borges incluyó a Dunsany en su heterogénea lista de «precursores de Kafka», al lado de Kierkegaard, Zenón, Han Yu, Robert Browning o Leon Bloy. No es lo único en lo que podría tildársele de pionero, puesto que su obra ha sido postulada como antecesora de las corrientes más diversas. Sus cuentos de espada y brujería («La espada de Welleran» es acaso el más célebre) marcaron el género de la fantasía heroica. Hay quienes piensan que su dramaturgia prefigura el teatro del absurdo. Y, sobre todo, muchos consideran a Dunsany como precursor de Tolkien o incluso de H. P. Lovecraft por su fantasía mitológica, por cierta idealización del pasado rural o, aun, por su afición a los nombres de resonancia legendaria como Soorenard, Akanax, Mommolek o Babbulkund.

«Dunsany ha influido más en mí que ningún otro escritor vivo. El primer párrafo de *The Gods of Pegana* me impactó como una descarga eléctrica; no había leído ni dos páginas cuando ya era un fanático para el resto de mi vida», dijo Howard Phillips Lovecraft, quien de inmediato lo tomó como su gran modelo literario, al lado de Edgar A. Poe. La influencia se advierte en muchos de los primeros relatos de Lovecraft: «La nave blanca» (1919), «Los gatos de Ulthar» (1920) o «El Árbol» (1921). Dunsany también aparece nombrado en un ensayo de Lovecraft (*El horror sobrenatural en la literatura*), como uno de los maestros de la última hornada, junto con Algernon Blackwood y M. R. James.

Lo que Dunsany logra en *The Gods of Pegana* (y en su secuela: *Time and the Gods*) es crear un panteón imaginario, una cosmogonía completa. «Para Dunsany, que probablemente era ateo, el dios Mana-Yood-Sushai no fue un sustituto del celoso dios del Antiguo Testamento, ni del generoso dios del Nuevo, sino un símbolo de lo fugaz y lo efímero de toda creación», escribió S. T. Joshi en su prólogo a una antología publicada por Penguin, donde afirma asimismo que Dunsany leyó a Nietzsche hacia 1904 y que en su obra temprana pueden rastrearse conceptos y elementos estéticos que remiten a *Así habló Zaratustra*.